

JUEGOS DE ENAMORADOS

Máximo Simancas Fernández

ÍNDICE

PARTE 1: TUTORIAL

Capítulo 1.....	3
Capítulo 2.....	11
Capítulo 3.....	20
Capítulo 4.....	27
Capítulo 5.....	35
Capítulo 6.....	41
Capítulo 7.....	46
Capítulo 8.....	54
Capítulo 9.....	60
Capítulo 10.....	68
Capítulo 11.....	75

PARTE 2: CAMPAÑA

Capítulo 12.....	84
Capítulo 13.....	91
Capítulo 14.....	100
Capítulo 15.....	105
Capítulo 16.....	112
Capítulo 17.....	117
Capítulo 18.....	123
Capítulo 19.....	130
Capítulo 20.....	137
Capítulo 21.....	145
Capítulo 22.....	152

PARTE 3: DLC

Epílogo.....	161
--------------	-----

PARTE 1: TUTORIAL

Capítulo 1: Los jugadores

-¡Me cago en Dios!-exclamó el joven, apretando el mando de la consola con tanta fuerza que se hizo daño en los dedos.

Sin embargo, aquella maldición no le resultó catártica, dada la falta de educación religiosa o incluso de bautismo en su infancia. No tenía morbo cagarse en una deidad que a sus ojos existía en el mismo nivel que Zeus, Tezcatlipoca o el monstruo del espagueti volador. No había peligro, no había tensión, no había nadie a su alrededor para escandalizarse. A veces, en momentos particularmente frívolos, llegaba a pensar que ese era el gran problema de su vida: la ausencia de algo contra lo que encauzar su atávica rebeldía, la ausencia de aquella gran cruzada contestataria que daría sentido a su existencia.

<<Bueno, dejemos el existencialismo por hoy>>-se prometió a sí mismo, sabiendo que no lo iba a cumplir-. <<Además, los postulados del existencialismo son falsos en este momento, porque ahora tengo un objetivo trascendente en la vida, y es matar a este cabrón>>.

Frente al personaje que había escogido, el atormentado Wolfgang, se encontraba un viejo huesudo ataviado con una mortaja y armado con una guadaña. Padre Tiempo, que es como se llamaba ese vejestorio hijo de puta, protegía el Nexo del Pasado y el Futuro, y cada uno de los personajes de *Tempus Fighting* le hacía frente para viajar en el tiempo y reparar algún error u obtener algún premio.

Volvió a combatir, guiando a su personaje con la mano experta que, de adolescente, se había pasado mil veces aquel viejo juego de lucha. Pero sus reflejos ya no eran los mismos, el mando tenía sus años y los trabajos que había ido teniendo que padecer le habían impedido dedicar mucho tiempo a otra cosa que no fuera salir, leer y lamentarse por su vida.

<<Bendito sea el desempleo>>-pensó, con una punzada de amargura. Y le hizo un combo al villano, haciendo que ese poeta romántico le golpeará con la tinta que salía de su pluma.

Wolfgang había sido su favorito de adolescente y era su favorito ahora, principalmente por la estética dieciochesca de sus oscuros ropajes, pero era jodido de manejar. Ese viejo de mierda contraatacaba parando el tiempo y lanzando una lluvia de relojes de arena que habría podido prever si el juego tuviera sonido. Pero su madre dormía y no quería tener que verla más de lo necesario.

-Venga, hostia-susurró, sin gritar como antes. Sus ojos estaban enrojecidos, su vejiga parecía a punto de explotar, pero la barra de vida de aquel vetusto capullo descendía cada vez más. Cual escultor de instantes, el nervioso jugador le daba un puñetazo en el momento adecuado, evitaba aquella caída en picado que su enemigo realizaba después de flotar, bloqueaba los golpes, lanzaba hostias como panes. Si se rendía ahora, habría desperdiciado tres horas de su vida.

<<Y, si no, también>>.

Torció el gesto, continuando con aquella estéril lucha, tratando de arrancarle al cosmos una victoria, por insignificante que fuera. Por ello, se refugió en una de sus tácticas más rastreras pero más útiles: agacharse y puñetazo. Agacharse y puñetazo. Agacharse y puñetazo. Sin darle tiempo a recuperarse, sin darle tiempo a nada.

Aun así, esa macabra guadaña le golpeaba de vez en cuando, quitándole una cantidad de vida con la que los otros combatientes del juego no podían soñar.

-Venga, hostia...-susurró-. Venga, por favor...

Lo intentó, y los treinta segundos que duró la batalla fueron insoportablemente tensos. No apartó la vista de la pantalla, no despegó la mirada en una sola ocasión. Y, cuando a ese viejo le quedaba una micra de vida, dio un último puñetazo, sin atreverse siquiera a desatar un combo sobre él.

Por suerte, no hizo falta.

Abrió los ojos, anonadado, sin creerse su suerte. Contempló aquella animación que no veía desde hacía años, y le hizo gracia el modo en que el anciano (ya podía demostrarle el respeto propio de un caballero de su edad, después de haberlo derrotado) se llenaba de grietas y acababa explotando. Un final de lo más clásico en juegos de ese tipo, pero que nunca decepcionaba.

Pero, por supuesto, esa era la conclusión para todos los personajes. El final de Wolfgang comenzaba, como había comenzado tantas veces en su época convulsa de rabia juvenil, y le resultó tan hermoso como entonces, tal vez incluso más todavía, por lo cercano que resultaba tras las decepciones que había conllevado la madurez.

"Wolfgang contempló el nexa apretando los puños, deseando traer de vuelta a la amada que el destino le había arrebatado. Nada le importaba el torneo, sus sueños eran más modestos que las fantasías de conquista de sus rivales. Pero quería a Alraune de vuelta.

Sin embargo, al ver el portal que le llevaría al momento antes de su accidente, se detuvo, ponderando las oscuras consecuencias que cualquier cambio podría tener sobre el mundo y sobre su persona... y, tal vez, recordando el dinero que los poemas sobre su pérdida le habían acabado reportando. Sin atreverse a cambiar el pasado, volvió a su época y retomó su rutina habitual.

Por ello, pese al romántico espíritu de rebeldía que había demostrado en sus escritos, permaneció toda su vida preguntándose si habría merecido la pena, si había obrado de manera prudente o cobarde".

Antes de los créditos, *Tempus Fighting* recompensó a Gustavo con un último vistazo a su personaje mirando al horizonte, en una imitación del famoso cuadro de Caspar David Friedrich. El jugador sonrió levemente, aplaudiendo su habilidad con el mando. Sintióse, por un momento, el triunfador más envidiable sobre la faz del planeta.

Y, al siguiente momento, el vacío volvió, más profundo que antes, y le hizo preguntarse por qué no se habría leído alguna novela o echado algún currículum en vez de dedicar su tiempo a esa partida inútil.

<<La lógica capitalista habla a través de tu cuerpo, cabrón. De vez en cuando, no pasa nada por hacer algo inútil>>.

Pero, pese a aquella vocecilla irreverente, sabía que llevaba demasiado tiempo dedicando su cuerpo y alma a la inutilidad. Llegó hasta el baño, donde el espejo le castigó con un patético reflejo de su delgadez holodomoriana y de aquella camiseta tan grisácea como su día y tan vieja como el juego que le había distraído durante la noche. Se miró a sí mismo y deseó emanciparse de aquel cuerpo, de aquel cabello moreno y mal rapado, de su achatada nariz de boxeador que no había dado un puñetazo en su vida. Y, sin embargo, lo que más le mortificaba era su mirada perdida, la indiferencia cansada de alguien que había aprendido que el esfuerzo era inútil.

Se dispuso a saltar en picado sobre la cama, pero sabía que no lograría dormir. Pensaría en lo que sucedería cuando sus padres murieran, en su falta de futuro, en todas las cosas que le quedaban por hacer y podrían verse interrumpidas por un desarrollo fatal de los acontecimientos. Hasta que no se cayera al suelo del sueño, no podría entrar en aquel espacio donde todos sus problemas desaparecerían.

Con un suspiro, se dirigió al sofá de nuevo. Igual probaba el modo online, para ver si había aún gente jugando a la una de la mañana. Estaba convencido de que serían gilipollas competitivos que hablarían en un argot críptico y plagado de anglicismos, pero así se sentiría más acompañado en su patetismo.

<<Seguro que esa es la base de la sociedad>>-pensó. Tendría que apuntar esa idea para usarla en su ensayo o en su poemario, si es que alguna vez terminaba de escribir alguno de los dos.

...

-¡Venga, vamos! ¡Tú puedes!

-Lo sé, papá, no me desconcentres...

Gema evitó las guadañas de aquel jefe final, entornando los ojos con una concentración inhumana y comprobando que su barra de vida seguía intacta. Ya había derrotado a ese enemigo en decenas de ocasiones a lo largo del último mes, pero ese no era su objetivo. Su objetivo era acabar con él sin que ni siquiera le tocara, perfeccionar hasta la maestría su dominio de ese personaje. Algunos dedicaban su tiempo a la costura, otros a la poesía, unos pocos a la música. Y ella le dedicaba su tiempo a algo que, aunque a primera vista parecía improductivo, podía acabar reportándole pingües beneficios.

Se mordió los labios, mientras la salud de su enemigo se resentía a una gran velocidad, sintiéndose como Ussain Bolt a punto de batir su propio récord, como Mike Tyson a punto de

ganar el campeonato de los pesos pesados, como Iniesta a punto de marcar el gol del Mundial. Había estudiado el juego, había dominado el juego, había descubierto usos de sus bugs y sus mecánicas que los programadores ni siquiera habían considerado. Había creado su propia historia, ganado con su propia estrategia, algo que ningún otro medio de expresión permitía.

Y, como se había propuesto, derrotó a aquel sucio villano que había jodido tanto a todos los personajes del juego. Contempló, sonriente, cómo explotaba, y un logro apareció en su pantalla: Victoria perfecta.

Su padre alzó la mano, que ella chocó con entusiasmo.

-¿Ves? Anda, déjalo por hoy, que ya es tarde.

Pero Gema negó con la cabeza, a pesar de que aquel hombre enorme y bonachón como un oso gigantesco de relleno algodónado le había hecho prometerle que le daría un final a aquella partida después de vencer al jefe.

-No, tengo que curtirme contra el resto de jugadores, que vencer a la máquina no es suficiente.

-Anda, hija...

-Papá, el torneo se va a celebrar enseguida, y aquí hay gente que se pasa jugando todo el día.

-¿Cuándo fue el examen de la oposición?

-El martes pasado, estoy descansando aún-contestó, en un tono casi suplicante-. Pero, vamos, que si nos llega el dinero del premio...

-Bueno, nos ayudaría bastante-admitió él, incorporándose con un movimiento brusco que hizo crujir sus vértebras-. Pero tampoco daría para vivir toda la vida, así que no te hagas muchas ilusiones.

-¿Qué es la vida sin ilusión?-preguntó, con una sonrisa pícaro-. No te rayes, hombre, que me iré a la cama pronto como una niña buena.

-¿Sí? Pues mira lo que le pasó a Elsa por ilusionarse demasiado.

Señaló a la pantalla, donde el final de aquella maligna luchadora vestida de dominatrix se desplegaba en un bloque de texto acompañado por imágenes. Aunque ya iba por la mitad, se lo sabía de memoria:

"Elsa había obtenido su objetivo: el dominio absoluto del mundo. Viajando al pasado, consiguió someter a los homínidos y crear una teocracia que se extendía a lo largo del espacio-tiempo, convirtiéndose en la única monarca de la historia de la humanidad.

Y, sin embargo, una vez obtenido su objetivo, un nuevo enemigo se apoderó de Elsa: el tedio. Este aburrimiento insoportable, combinado con la añoranza que sentía por los aliados que nunca habían existido en esta línea temporal, habría hecho que cualquier otro acabara con su vida.

Pero, en su lugar, ella redobló su crueldad, eliminando por completo el concepto de amistad o de amor, y convirtiendo el mundo en un campo de batalla por toda la eternidad.

Y aquello tampoco la satisfizo".

Un final triste, pero adecuado para una cabrona como esa. Que le gustara tanto el personaje no decía nada bueno de ella, tenía que admitirlo, pero era de los más balanceados en fuerza, velocidad y resistencia, por no hablar de los combos devastadores que llevaba a cabo con ese látigo de largo alcance. No llegaba hasta los límites de Don Hernán, personaje que había sido prohibido en los torneos de jugadores, pero se trataba de una elección muy agradecida.

-Bueno, yo te prometo que no quiero dominar al mundo, papá.

Este puso los ojos en blanco, aunque quizás la expresión más adecuada debería ser en rojo, a juzgar por el cansancio que sus córneas inyectadas en sangre reflejaban.

-Como tú quieras, pero no te quedes hasta muy tarde. Acuérdate de que mañana viene la abuela.

-Claro que me acuerdo, hombre-mintió-. No te preocupes, que seguro que ni te has terminado de dormir para cuando decida acostarme.

Otra mentira. Como lo de su abuela, o como lo bien que se le había dado su examen de administrativa del Estado. Y, en esa ocasión, ni siquiera se trataba de una mentira piadosa.

Puso fin a esos pensamientos y buscó a alguien que estuviera conectado a esas horas intempestivas. Los servidores no respondieron en un principio, y durante medio minuto sintió las garras sudorosas de la ansiedad, de los temas pendientes, de las horas de esfuerzo que podían acabar cayendo en saco roto. Y vio su reflejo en aquella pantalla de televisión, aquella fea cara que ni siquiera todas las horas de gimnasio que se echaba a la semana podían embellecer.

Por suerte, un perfil apareció en pantalla. Alucard98. Ahora fue ella y no su padre quien puso los ojos en blanco.

<<Vamos a ver qué tal juegas, chico emo>>-pensó, y sintió cierta excitación al enfrentarse de nuevo a un ser humano, al medirse con alguien en aquella fiera competición de corte casi darwiniano que amenazaba con derramar chorros de testosterona a través de su televisor. Su madre le solía decir que los ángeles se habían confundido y le habían puesto un corazón de niño, y ella le había acusado de machismo... pero se había sentido secretamente halagada.

La pelea comenzó de manera prometedora: ¡Wolfgang! Para haber escogido a un personaje de estadísticas tan discretas, debía de estar muy seguro en sus habilidades. Paseó la lengua entre los dientes, preparando un combo para quitarle el aliento a su enigmático rival.

Los golpes encajaron, sin que su oponente intentara bloquearlos, en una catarata de hostias voladoras que tiró al suelo a su rival. Le dejó levantarse, achacando aquella paliza a un descuido.

<<Venga, alégame el día>>.

Sin embargo, aquel luchador no contraatacó. Por el contrario, se refugió en la esquina izquierda de la pantalla, bajo uno de los árboles de la selva tropical donde transcurría ese escenario. Se agachó, manteniendo esa postura y lanzando algún puñetazo suelto al aire. Esperando, sin duda, a que picara.

Con un suspiro, le lanzó un proyectil que le hizo caer de nuevo, y entonces le atacó sin piedad. A pesar de que estaba segura de estar enfrentándose a un enemigo bastante lamentable, siguió bloqueando entre combo y combo, por si su oponente tenía algún momento de lucidez. Pero, cuando terminó la primera ronda, su barra de vida seguía intacta.

La segunda no supuso ninguna sorpresa.

Gema posó su mando en la mesa del comedor y se colocó los auriculares. Emitió una solicitud de conversación, pese a lo que muchas veces había pasado en videojuegos online cuando había hablado con voz de mujer. Sin embargo, decidió probar, porque aquel bisoño jugador le había despertado una ternura más pronunciada que cualquier gif de gatitos que hubiera visto en su móvil.

El pitido que marcó el inicio de la charla le hizo tragar saliva. Se recordó a sí misma la obligación de no dar ningún dato personal en línea.

-¿Has venido a regodearte?-preguntó el extraño, en un susurro. Su voz era grave y sugerente, anticipando un peligro dulzón que le hizo morderse el labio. Puede que, antes de acostarse, concertara una cita con las novelitas eróticas de su *ebook*.

<<Llevas demasiado tiempo sin follar>>-pensó, antes de responder.

-Pero, alma de cántaro, a quién se le ocurre coger a Wolfgang, que tiene combos de mierda. Para los principiantes, es mejor probar con Musashi o Domiciano.

-Pero sus diseños son un coñazo, chica. Igual que el de Elsa... que, por cierto, es una despreciable nazi.

Gema bufó, divertida ante aquel individuo tan poco competitivo que había decidido matar el tiempo con un juego de hacía casi diez años.

-Lo que tú digas, pero así no vas a ganar a nadie.

Casi pudo verlo esbozando una expresión de indiferencia: aunque no conocía su rostro, se lo imaginó como el de un villano gótico de anime.

-Yo no juego para ganar, yo juego para olvidarme momentáneamente de la sombra de la Parca que sobrevuela mi cabeza.

Estuvo a punto de cortar esa conversación (la imagen mental de aquel cadavérico cráneo le había recordado a su difunta progenitora), pero aquella acidez tan *demodé* le resultó encantadora.

-Vaya, qué maduro y oscuro es usted-se burló, tragándose las lágrimas-. Seguro que en tus perfiles de Tuenti tenías a Sasuke o a algún otro personaje de anime con flequillo. Una

curiosidad, si no es indiscreción: ¿el Alucard de Alucard98 es el de *Castlevania* o el de *Hellsing*?

Las ínfulas de superioridad de aquel existencialista insoportable parecieron resquebrajarse a través de la pantalla, para luego recomponerse de nuevo.

-Ninguno de ellos. Es el conde Alucard, de la película de la Universal *El hijo de Drácula*, al que imitan esos dos.

-Venga, me estás tomando el pelo.

-No, qué va.

-Sí, hombre. Eso te lo acabas de inventar.

-Que no, hostia, que lo busques.

El tono indiferente con el que lo dijo ("me da igual que me creas porque digo la verdad", sugería) le hizo buscarlo, y comprobar que era verdad mejoró sustancialmente su día.

-Ahí va, pero si esto es más viejo que la tos.

-Coño, como el buen vino. Y eso que no es mi favorita de los monstruos de la Universal, que esa sería *El hombre lobo...*

-Ya, ya, serás muy culto y te verás pelis muy antiguas, pero te he follado bien follado.

-Ojalá...

Gema tomó aire a través de la nariz, y se pudo oír el anudamiento de garganta que aquello le provocó a su interlocutor.

-Mira, espero que te refieras a follar en general y no conmigo...

-Sí, claro-indicó, claramente perturbado-. Era una broma.

-De muy mal gusto.

-Bueno, lo siento si no te ha gustado-se disculpó-. No era en plan "qué ganas de follarte", porque no te tengo delante y... a ver, tienes la voz bonita, pero no tengo mucho para juzgar. Era en plan "cuánto tiempo llevo sin follar", pero por el micrófono no se transmite bien.

-Qué salidos estáis los tíos.

-Hostia, habló la que se ha cogido de personaje a la dominatrix nazi.

-¡Oye, que es solo un juego!

-Habló la competitiva...

-Y no es nazi. A ver, el traje está inspirado, pero...

-No, no, es nazi pata negra. Míralo, en la versión original del juego lleva una esvástica y todo, y lo censuraron para venderlo en Occidente.

Hizo una pausa para comprobarlo, y se horrorizó al ver a qué clase de personaje había escogido. Se preguntó si un psicólogo podría darle alguna explicación turbia sobre aquella elección.

-Putos japoneses-musitó-. A ver, que quede claro que no soy racista, pero tienen unas cosas...

-Ya ves, Elsa97. Tú tampoco te mataste mucho con el nombre.

Soltó una risita, deseando darle un golpe en el hombro por ondas de WiFi.

-¿No sabes que no se deben dar datos personales a través de Internet? Ahora yo sé, por ejemplo, que eres un chaval emo que nunca maduró.

-Bueno, eso no acota mucho la búsqueda...

-Pues también es verdad. Oye, lo he pasado bien, pero...

-...tengo que dormir-dijo, y lo dijeron a la vez. De nuevo, risas-. Sí, yo estoy para el arrastre. Venga, me despido. Te dejo mi contacto por si quieres follarme otro día.

Gema agachó la cabeza como cuando, de niña, el doctor le preguntaba qué le sucedía delante de su madre. Con la sutil diferencia de que ahora no había madre que hablara con ella.

-No, yo... prefiero no intimar con desconocidos, sobre todo a través de Internet. No es nada personal, pero siempre acaba en una decepción.

Pudo escucharse un chasquido de lengua a través, quizás, de medio mundo. O, bueno, de medio país. O de media ciudad.

-Vale, claro. Pásalo bien y no mates a muchos judíos hoy, que no dan puntos. Ah, y una cosa...

Aguardó, expectante, con las mejillas encendidas.

-...aunque he visto la peli de la Universal, el Alucard de mi apodo es el de *Castlevania*.

-¡Lo sabía!

Se despidieron, sonrientes, y Gema se encaminó al espejo. Allí se despojó de sus ropas y tomó una foto de su cuerpo, analizando minuciosamente sus glúteos y sus muslos en busca de algún avance desde el mes pasado. Pero, por muchas horas de gimnasio que se echara al día, hacía mucho tiempo que su progreso se había estancado: sus piernas le seguían pareciendo de espantapájaros, su espalda seguía estando cubierta de esa capa imbatible de grasa, y su cara...

Gruñó, casi golpeando la pared del baño. En su lugar, se arrancó un par de cabellos castaños, para no despertar a su padre. El dolor le hizo sollozar por un breve lapso de tiempo, pero luego se rió. Matar judíos no da puntos, decía el cabrón...

A decir verdad, sí que le había alegrado el día.

Capítulo 2: Encuentro en terreno neutral

-No lo entiendes, los NFT son una revolución.

-¡Qué coño van a ser...

-Que sí, hostia, que me dejes hablar. Mira, esto es una movida... ¿cómo lo llamaban? Ah, sí. Que crea escasez en Internet. Claro, el comercio se basa en la oferta y la demanda, y la oferta y la demanda se basan en la escasez. Y los NFT crean escasez en el ciberespacio, que es algo que no existía.

-¡Y no tiene por qué existir!-exclamó Gustavo, golpeando la mesa de su cuarto con tanta fuerza que estuvo a punto de tirar el porro que su colega Emilio tenía a medio terminar. El humo de éste ascendía desde su cenicero hasta ellos dos, estableciendo una tenue barrera entre ambos. Frente al esquelético Gustavo, ataviado con un chándal negro y discreto, su amigo parecía el típico rapero que siempre pierde las batallas de gallos: llevaba un chándal mucho más vistoso y caro, un corte de pelo con degradado, una gorra a medio lado que no se separaba de su cabeza ni siquiera en interiores y numerosas cadenas en los brazos. Era un cacho de pan, pero se habría cambiado de acera si lo hubiera visto por la calle sin conocerlo.

-No te pongas así, capullo-comentó, cogiendo el canuto y tomando una pequeña calada antes de apuntarle con él-. Anda, mávalo, que voy a acabar trifásico.

-Tío, trifásico voy a acabar yo como fume, que no he tomado un porro en dos años. Y tú no deberías fumar tantos.

Su amigo se encogió de hombros, con aquella risita cannábica que ya parecía un mero trámite, muy alejada de aquellas carcajadas que habían soltado en tiempos pretéritos mientras veían los vídeos del tiburón fumeta o de aquel horrible cantante ecuatoriano. Ahora, una música relajante enmarcaba aquel momento de esparcimiento y rutina.

-Pareces mi madre, tío-prosiguió Emilio-. Que no fume porros, que no compre NFT...

-¡Ah, los NFT!-recordó Gustavo, que últimamente perdía la concentración con mayor facilidad, pese a no recurrir a los porros-. Ah, perro, que creías que me olvidaba. Escasez, decías. ¡Pues claro que no hay escasez en Internet, ni debe haberla! Internet es... o surgió, por lo menos, no como un lugar competitivo, sino como un lugar comunal. Un lugar donde alguien puede traducir y compartir un manga del siglo pasado que ninguna editorial traería al país, compartir datos interesantes sobre su cultura o dar consejos desinteresados para asuntos del día a día. Pero ahora los putos mercaderes se han colado en el templo y pretenden que paguemos por una gorra virtual o por un cochino jpg. No, amigo, la gracia de Internet es que es ilimitado. Y debe seguir siendo así.

Su amigo se terminó el porro y, entre aplausos y carcajadas, le echó el humo encima.

-¡Cabrón, que luego viene mi madre!

-Ya, ya. Pero, vamos, que menudo coñazo de discurso me has soltado. Deberías presentarte a las elecciones.

Pese a que consiguió contener su desprecio, Gustavo no pudo evitar sentirse desolado ante el panorama que se le presentaba. Era ponerse a hablar de cualquier tema que no fueran las pibas o los deportes y la gente enseguida empezaba a despotricar y a pedirle que parara. Sí, lo entendía, necesitaba un respiro... pero a veces, solo a veces, deseaba tener a alguien enfrente para hablar de aquellas cosas.

-Anda, no te pongas así, bro.

Aunque Emilio sabía que detestaba ese apelativo, como la mayor parte de neologismos que venían de aquellas tierras colonizadoras, ya formaba parte tan intrínseca de su vocabulario que no merecía la pena enfadarse.

-Bueno, anda, vamos a poner la consola, que desempolvé el otro día el *Tempus Fighting* y...

-Qué va, bro, tengo que ir a ver a mi colega del curro, este que nos va a traer las pastillas esta noche. ¿Seguro que no quieres?

Gustavo suspiró.

-No quiero ni ir a la fiesta, así que imagínate.

-Hostia, pues precisamente por eso, para que se te haga más llevadero.

-No, qué va, peor todavía. ¿Me imaginas drogado delante de una turba de desconocidos? Ni siquiera conozco al de la casa.

-¿Al Guille? ¿No? Pues lo vas a flipar, tiene una casa de la hostia.

-Pues supongo que, si es de la hostia, habrá que moverse del barrio... y últimamente cada vez me cuesta más.

-¿Y eso, tío?-preguntó, olvidándose del "bro" por un instante.

Emilio, por suerte, era más dulce y comprensivo de lo que sugería su indumentaria y su limitado vocabulario. Aunque no pudiera hablar con él de la decadencia del sindicalismo o la muerte de la clase media, le había sacado de más de un aprieto emocional.

-No sé, es que... mira, es que es consecuencia de estar en casa. No sé si porque en Internet tengo de todo, libros o pelis o lo que sea, o porque me siento culpable por gastarme el dinero de mis padres en chorradas, pero es que cada vez me cuesta más salir de casa. Y echo currículums, ¿eh? Y miro ofertas, y los carteles de los bares... pero nada...

Bufó, nervioso.

-Bueno, no es del todo verdad, que bien que te veo gozar cuando sales de fiesta.

-Ya, ya.

-Y en el follar no te va mal, no como a mí...

Una sonrisa forzada apareció en su semblante.

-Bueno, eso es porque tú vas a por modelos, cabrón.

Emilio se encogió de hombros.

-Soy ambicioso, tío. Tengo metas, y eso a las tías les gusta. Un día te tengo que invitar a la conferencia de criptos que da en Twitch el primo de un colega...

Continuó aquella conversación con el piloto automático, mientras pensaba en aquellas mujeres con las que había estado. En las neuras que las habían acabado expulsando de su vida, en las inquisiciones atosigantes de la matriarca de la casa, en los celos, en los rollos placenteros pero inconsecuentes que habían nacido y muerto en la misma noche. Pensó en la voz aguda y socarrona de Elsa97, que llevaba dos semanas colándose en aquellos momentos inmediatamente anteriores al sueño.

-Bueno, te paso ubicación luego-le dijo su amigo al despedirse-. Y no te rayes, hermano, que no es bueno darle mucho al coco. Ya verás, hoy pillamos los dos seguro.

Gustavo sonrió. Deseó preguntarle cómo estaba tan seguro, y desafiar aquella afirmación tan osada, tan optimista y en consecuencia tan improbable. Pero era su amigo, y con él no tenía que ponerse intenso.

-Venga, allí nos vemos.

...

Durante su adolescencia, Gema había descubierto el feminismo, algo que la sedujo: por fin había podido entender cómo funcionaba el mundo (¡qué ingenua!), por fin tuvo la certeza de estar en el bando correcto por primera vez en su vida, de estar en la retaguardia de una revolución que cambiaría el mundo y a la humanidad. Por eso, con la fe inquebrantable del converso, había despreciado todo lo femenino y había comenzado a vestirse con sudaderas viejas de su hermano y a descuidar su apariencia. Había quemado metafóricamente sus cocinitas y sus pintalabios, y lo habría hecho literalmente... de no ser porque estaba segura de que su madre le habría correspondido con un guantazo que le habría hecho poner en duda el concepto de sororidad.

Con el paso de los años, se había reconciliado con su feminidad, con las muñecas hipersexualizadas y con las chicas que se metían con ella por la asimetría de su rostro y la anchura de sus hombros. Por ello, ahora podía disfrutar junto al espejo de su cuerpazo serrano embutido en aquellos coquetos pantalones de campana y en aquella blusa de un adorable color rosa. Sin renunciar a los ideales que le habían dado una cosmovisión con la que medir el mundo, tenía que admitir que estaba fabulosa.

-Mírala, qué emperifollada viene-se burló Carmen, dándole una cachetada-. Y, oye, igual luego le tenemos que quitar el prefijo.

Gema se sonrojó, no sin antes llevarse la mano instintivamente al bolsillo. Pero aquel día, por suerte, su socorrido spray de pimienta tendría que seguir escondido.

-Qué gracia tenéis las filólogas-bromeó-. Ya te he dicho que voy a divertirme, a nada más.

-Ya, ya-intervino Silvia, guiñándole el ojo-. Por eso te veo tan arreglada...

Sus dos amigas se miraban en el espejo de su baño y reían juntas, intercambiando indirectas tan diabólicas como divertidas. Las había conocido en la carrera de Biología, antes de que Carmen cambiara de disciplina y después de una adolescencia de decepciones amistosas y amorosas, y eran la sal de su vida. Y la pimienta. Y el orégano, y hasta la mozzarella que se añade a las pizzas precocinadas cuando a uno no les gusta su sabor.

Pero a veces podían ser muy pesadas.

-Chica, mira quién habló, que parece que vas a desfilas en la Fashion Week.

Silvia aceptó aquel cumplido posando para una cámara invisible, y las tres rieron de nuevo. La verdad es que la jodía parecía una modelo, y no de las muñecas hinchables de Instagram, sino de aquellas esbeltas mujeres que aparecían en viejas películas de terror italianas para ser destripadas. Tenía una elegancia que ninguna sesión de danza rítmica podría aportarle a Gema.

<<Da gracias por lo que tienes y no pienses en lo que no tienes>>-pensó, recordando los consejos de una de sus youtubers favoritas.

-Pero, a decir verdad, no me vendría mal echar un polvo de vez en cuando.

-Tía, descárgate Tinder-intervino Carmen. Su pelo negro y sus ojos castaños eran más discretos que aquella explosividad rubia de Silvia, pero era una tía majísima que conseguía seducir a todo aquel con el que se encontraba-. Los tíos están salidísimos, y...

-Ya. Y lo mismo me encuentro con un loco, o con un violador, o con un manipulador. No, tía, tiene que haber feeling en persona, tiene que haber química. De verdad, no sé cómo lo hacéis para traeros a casa a alguien que ni siquiera conocéis bien.

Sus dos amigas intercambiaron una mirada que discurría entre la malicia y el cariño.

-Vale, sor Gema del Sagrado Corazón.

El codazo que le dio a Carmen hizo que chillara.

-Sabes de sobra que no lo digo por movidas religiosas.

-Ya, tía, pero no hay que tenerle miedo a la vida-intervino Silvia, dándole un beso en la frente. Gema arrugó la naricita como si fuera un gato-. Y es verdad que Tinder es una mierda para tíos y para tías, pero tienes que... no sé, beber un poco más. Liberarte.

-Ya, lo sé. Igual tenéis razón. ¡Ojo, pero de beber nada! Que mañana por la mañana tengo que retomar las oposiciones y practicar para el torneo.

Ellas asintieron más por compromiso que por comprensión: en materia de videojuegos, no habían ido mucho más allá del Nintendogs en la infancia, y sospechaba que sentían cierta animadversión condescendiente hacia ese tipo de aficiones. Sin duda, el que una chica tan responsable y modosita como ella dedicara gran parte de su tiempo a un juego de lucha suponía un trastorno para las estructuras mentales que manejaban.

Como siempre que quedaban después de un tiempo sin verse, recordaron viejos episodios de la carrera, situaciones y diálogos legendarios que habían pasado a los anales de su

historia particular, y que nunca fallaban en rescatar. Gema obtuvo cierta satisfacción en aquellas viejas anécdotas, en todas esas veces que la omnipresente ley de Murphy se había revelado falible y las cosas que habían podido salir mal habían salido excepcionalmente bien. Por unos momentos, dejó de tener miedo.

Se despidió de ellas cuando llegó su padre, que les ofreció unos canapés que declinaron con una elegancia y una gracia que habría deseado para sí. Cuando les preguntó si no querían un spray de repuesto, ellas rechazaron su oferta, burlonas. Se apoyó en la pared de su cuarto, rezando para que todas salieran sanas y salvas de la fiesta.

...

Las copas que cada uno de los asistentes había llevado desde su casa no habían hecho su efecto todavía. Por ello, las conversaciones que podían escucharse en aquella casa, en primer lugar, no eran escuchadas nada más que por los pequeños grupúsculos formados por los distintos amigos o conocidos del anfitrión. Sin el aliciente del alcohol, los invitados se limitaban a darse codazos e intercambiar susurros, evaluando las caderas o los pectorales de las personas de su sexo predilecto, en aquella obertura tan necesaria para el cortejo y que a veces resultaba más placentera aún.

Pero, incluso si hubieran escuchado aquellas conversaciones ajenas, no habrían oído nada de interés. Por el momento, los asistentes se ponían al día, contando las aburridas rutinas que habían adoptado desde que habían dejado de verse con sus amigos, o relatando lastimeramente los últimos desaires de sus jefes o sus parejas. Nadie había vomitado aún, nadie chillaba, nadie bailaba. Pero, como el agua de una olla a presión, las hormonas comenzaban a conformar una atmósfera que parecía a punto de estallar. Esa era una de las noches en las que todo podía suceder, y en la que aquellos jóvenes que se acercaban a la adultez volvían a ser adolescentes con toda la vida por delante. Sus aparatos reproductores, listos para la procreación, agradecían ese respiro.

-Este tipo de fiestas, donde hay tanta gente que se conoce, son un ejemplo perfecto de las distintas funciones del lenguaje-explicaba Carmen, con una fascinación poco empática con sus dos amigas que preferían hablar de mitocondrias o esporas-. Ahora, impera principalmente la función referencial, se dicen cosas como "el otro día me enteré..." o "ayer vi a tu hermano...", pero pronto el alcohol hará su efecto. Y entonces la función expresiva se adueñará de este lugar, con los "me pareces un tío de puta madre" o "eres preciosa" o incluso los "te quiero".

Silvia le hizo a su amiga un gesto para que siguiera bebiendo y se dejara de análisis, mientras que Gema se limitó a asentir nerviosa y a estudiar la casa: parecía de película, enorme y espaciosa, de un color naranja que disimularía bien las manchas que irían dejando. Se preguntó por dónde convendría escapar en caso de incendio, y evaluó el número de mujeres

a las que acudir en caso de agresión sexual. Eran un poco menos numerosas que los hombres, habría jurado...

-Bueno, yo no estoy de acuerdo del todo-intervino una voz masculina, interrumpiendo ese tren descarrilado de pensamiento-. O no con ese optimismo, por lo menos: también podrán escucharse los "me debes cinco euros", "ya no me tocas como antes" o incluso los "voy a romper esta botella y te la voy a meter por el culo".

Aquel timbre era grave y, para Gema, extrañamente familiar. Perteneía a un chaval cuya espalda, cubierta de una camiseta negra de *La novia de Frankenstein*, se había dado la vuelta al oír aquel razonamiento, y que le había dado un susto a Silvia por la tez cadavérica que presentaba. Bebía un Bloody Mary junto a un amigo mucho más gordo con pinta de fantoche.

-Mira, Gema, este es como tú-comentó Carmen-. Siempre viéndole el lado negativo a las cosas.

-¿Ves? Te lo tengo dicho-le comentó el amigo, dándole un codazo en el hombro-. Y también, metiéndote en conversaciones ajenas...

Silvia les sacó la lengua y agarró a sus amigas de los brazos.

-¡Tenemos cosas de las que hablar!-exclamó, y su figura atrajo la vista nada disimulada de Emilio-. Pero, oye, que igual dentro de unas cuantas copas nos demostráis cómo de expresivos sois.

Unas risas sellaron su despedida, que duró unos pocos segundos. Gustavo se apoyó en un sofá mientras estudiaba a las tres con ojo depredador. Vio que una le miraba con especial interés, como tratando de desenterrar algún secreto, y él le dedicó una sonrisa débil. En su vista pudo notar un destello de inteligencia vivaz, o quizás simplemente estuviera agradecido con ella porque se había reído con el apunte que le había hecho a su amiga. En cualquier caso, pronto desapareció de su campo de visión, dejándole con la miel en los labios. Volvería a por ella, estaba seguro.

-¿Has visto a la rubiaca esa, bro?-le preguntó Emilio, con los ojos nerviosos y hambrientos-. Joder, es que... me cago en todo, me estoy poniendo cachondo solo de verla...

-Ya, la verdad es que está para hacerle un hijo rubito. Prueba a hablar con ella luego, que te ha mirado bien. Pero me mola más la amiga.

-¿La del lenguaje? Ya, perro, ya me imaginaba que no querías hacerle una corrección.

Gustavo colocó la lengua sobre sus dientes superiores.

-No, bueno... bueno, esa también... pero me refería a la tercera.

Su colega le miró como si se acabara de cagar en sus muertos.

-Macho, tienes tan mal gusto para las mujeres como para las películas. ¿Le has visto el narizón?

-Hombre, eso es lo interesante, muy helénica. Pero, vamos, que tampoco nos hagamos ilusiones.

-Tío, si te lo propones, pue... ¡eh, ven aquí! ¡Guille!

Gustavo resopló, no queriendo hablar con nadie nuevo que tuviera lo mismo que él entre las piernas, y mucho menos con aquel al que su colega llamaba con tanta insistencia. Iba vestido de manera similar a Emilio, pero su apariencia despreocupada le separaba de él. Su camiseta de manga corta mostraba dos brazos cubiertos de llamaradas tatuadas. Pero en la cara de chico bueno y su pelo rubito, en el modo de moverse, podía verse que era un niño de papá disfrazado de macarra callejero. Aunque había que admitir que le había puesto ganas al disfraz.

-Hola, bro, ¿qué tal?

-Bien, tío, bien. Gracias por dejarnos la casa.

El anfitrión le dio un abrazo, con una bobalicona sonrisa de THC.

-De nada, tío, todo para los colegas. ¿Quién es tu novio?

Los dos rieron como si hubiera dicho una parida digna de ser incluida en algún programa de humor, o incluso en algún contexto genuinamente divertido.

-Este es mi amigo Gustavo. No sale mucho, pero es mi colega de toda la vida.

-Ah, sí, el raro... nah, estoy de coña. Bienvenido, tío, soy Guille. ¿Qué te parece?

El raro. Por algún motivo, no le ofendió. Raro, fuera de lo común, excepcional. Pero, por algún motivo, no era eso en lo que se centraba la mayoría cuando mencionaba la palabra.

-Bien, está de puta madre. Dime la verdad, ¿esto es dinero de la droga?

El tipo estalló en una carcajada artificial, exagerada, seguramente para agradecer aquella insinuación sobre unas ficticias actividades criminales que debían de llenarlo de orgullo.

-Qué va, es de mis padres. Me matarían si se enteran de lo que está pasando, pero... me suda el rabo, en verdad.

<<Qué malote>>.

-Ya, bueno, si quieres te ayudamos a limpiar...

-Nah, ni te rayes. Oye, mola el tatu. ¿De qué es?

Reprimiendo un suspiro, se arremangó la manga derecha. "Todos sueñan lo que son, pero ninguno lo entiende". Se lo había hecho en un momento de fervor adolescente como una especie de *memento mori*, cuando la muerte de abuelos y tíos abuelos le había hecho darse cuenta de que era muy probable que su vida acabara llegando a su final sin pena ni gloria. Se había inyectado esa tinta como recordatorio de que debía escribir más poemas, leer más libros, intimar con más mujeres, probar más cosas nuevas. Pero no había servido de mucho.

-Moola, chaval. Estoy de acuerdo, tío: para cambiar el mundo solo hace falta soñar, aunque la gente no se dé cuenta.

Quiso decirle que aquella interpretación tan optimista no se correspondía con el mensaje del autor ni con el que él había querido dar al tatuarse, pero lo dejó por inútil.

Por suerte, un repentino griterío puso fin a esa conversación.

-Bueno, os dejo, chavales, que me reclaman en otro lado. Encantado de conocerte, tío.
Mientras Guille iba de un lado a otro de aquel espacioso salón, Silvia le echó un vistazo poco elegante.

-No está mal. Si me invita a algo, igual me lo follo.

Aunque sabía que hablaba en broma, Gema se mostró algo aturdida por aquella frase. Miró a su alrededor, deseando que no hubiera atraído ningún tipo de atención no deseada.

-Y yo que creía que estabas colada por el gordito-contestó Carmen.

-Bueno, ya veremos. De momento, a pasarlo bien, chicas, que mañana será otro día y no sabemos dónde estaremos-dijo Silvia, dando un extenso trago a su roncola-. En serio, os quiero, chicas.

-Mira, la filóloga tenía razón-intervino Gema, tras dar un sorbito a su batido de limón-. Pero eso de que mañana no sabremos dónde estaremos... no sé, algo ceniza, ¿no? Me recuerdas a uno que conocí jugando...

-Ya, ya, Julieta. ¿Seguro que no te recuerdo a ese tío delgaducho al que te has quedado mirando?

La chica se mordió los labios, evitando sus miradas inquisitivas.

-Bah. Solo me ha hecho gracia lo que ha dicho.

-Ahí donde la ves, tiene un sentido del humor muy siniestro-se burló Carmen-. Anda, vamos a acercarnos, que ya estoy un poco ebria, contentilla, achispada... borracha.

Y esta vez fue ella la que las cogió del brazo, llevándolas hasta el lugar donde esos dos amigos tan distintos conversaban entre sí. Ella levantó la mano con timidez para saludar mientras sus dos colegas hablaban entre chillidos.

-¿Y de qué conocéis a Guille?-preguntó Silvia. El gordo contestó sin perder un segundo mientras su acompañante contemplaba la situación con mirada melancólica. Ay, ojalá ella pudiera estar tan tranquila en una situación como esa en vez de seguir temblando como un flan.

La conversación no distó mucho del típico intercambio fiestero de pullas, en el que ellos intentaban evaluar el interés de ellas y ellas intentaban dilucidar si el grado de locura de ellos era tolerable. Gema apenas intervino en un par de ocasiones, respaldando las palabras de sus compañeras, hasta que surgió el tema de Tinder.

-No. Por ahí sí que no paso-explicó-. No es bueno intimar con desconocidos, siempre... siempre suelen decepcionar. Es mejor conocer a una persona antes de decidir tener nada con ella.

Al decir eso, notó cierto cambio en el ambiente. Observó que ese chico del tatuaje la miraba de otra forma, como tratando de reconocer algo en su timbre de voz, o quizás en las palabras que había dicho. ¿De qué le sonaba?

-Bueno, eso depende de qué busque uno allí-dijo el chaval, encogiéndose de hombros-. A ver, si uno busca pareja, pues la inmediatez favorece unas relaciones de consumo, más... impersonales, más vacías. Pero, si uno busca divertirse... para mí, Tinder es como los videojuegos: a veces se gana, a veces (muchas veces) se pierde, pero me sirve para distraerme de la presencia cada vez más cercana de la Parca.

Y, en esa ocasión, fue ella la que lo supo. Abrió los ojos y, como en rítmica sintonía con la música de trap que empañaba aquel ambiente hediondo de licor barato, preguntó en un tono dubitativo:

-¿Alucard98?

Capítulo 3: Partida en HD

Gustavo no pudo sino enmudecer: le había pillado con el culo al aire, pero tenía todo el sentido del mundo. Pronto se recompuso y, con su mejor expresión seductora (en su caso, de moderado interés), le dijo:

-Hola, señorita. ¿Ha abandonado usted el nazismo desde la última vez que hablamos?

Los dos sufrieron un ataque instantáneo de risa que sus acompañantes se tomaron como si les acabaran de decir que la Tierra era plana. Solo Carmen, después de pensar por unos momentos, le dijo:

-¡Ah! ¿Este era el chico ese al que diste una paliza al juego ese? ¿El intensito de la voz de sugar daddy?

Gustavo no tuvo tiempo de sonrojarse antes de que Emilio reconociera también esa divertida anécdota.

-Anda, esta es la viciada, ¿no? A la que le intentaste meter ficha, ¿verdad?

Ambos hicieron grandes esfuerzos para evitar mirarse el uno al otro, lo que divirtió aún más a sus amigos. Silvia susurró algo al oído de Carmen, y esta esbozó una mueca maliciosa al oírlo.

-Tú, Emilio, vente un momento con nosotras. Dejemos solos a los tortolitos, a ver si pueden seguir con la conversación...

Al aludido se le hizo la boca agua, seguramente imaginándose una situación repetida hasta la saciedad en multitud de vídeos porno que había visto en Internet. En aquel momento, la amistad parecía ser algo secundario, aunque Gustavo estaba convencido de que creía estar haciéndole un favor. Quizás incluso fuera así realmente.

-Qué se le va a hacer, yo no hago las normas. Vámonos, señoritas.

Ellas rieron, dejando a aquellos dos amigos inadaptados mirándose de manera incómoda. Gema en concreto parecía a punto de sufrir un paro cardíaco.

-Perdónalas. Es... son majas, pero están loquísimas.

-Bah, no es nada. Así podemos hablar de por qué Wolfgang es el mejor personaje de *Tempus Fighting*.

La chica puso los ojos en blanco, pero estos brillaban de un modo que dejaba claro que no estaba molesta realmente.

-Bueno, ahora me siento algo culpable por escoger a Elsa, pero me sigue gustando más jugar con ella.

-Pues yo he estado jugando estas semanas y me ha molado también el karateka este...

-Akira.

-¡Ese! Pero, vamos, que Wolfgang a muerte.

-Sí, la verdad es que te pega. Oscuro, intensito...

-¿Con voz de sugar daddy?

Deseó que se le tragara la Tierra, pero contestó. Por algún motivo ignoto, se sentía relativamente segura cerca de él.

-Bueno, ya sabes... añadí eso para darle vida a la anécdota, como... como tú cuando dijiste que me estabas entrando... espero. Pero, oye, que el personaje te pega a ti, que estás todo el rato pensando en cosas turbias. Mira, hasta tienes un tatuaje de *La vida es sueño*.

Gustavo se había sentido algo incómodo al oírla hablar tan deprisa, temiendo estar poniéndola nerviosa, pero escuchar aquello le hizo pegar un respingo.

-La gente no suele darse cuenta de qué es. ¿Te gusta el teatro?

<<Ahora es cuando se da cuenta de que no soy tan culta como parezco>>-pensó Gema.

-No, no. Es que me acuerdo del instituto, pero... yo soy más de mangas y videojuegos.

Aquello le provocó una ligera decepción a Gustavo, que sin embargo tenía gratos recuerdos adolescentes del anime y los videojuegos.

-Sí, ya me di cuenta con la paliza que me metiste. Y yo que me sentía poco productivo por dedicarle algo de tiempo a un juego, cuando hay gente tan viciada...

Ella hizo un amago de exclamación, risueña ante aquella ignorancia tan atrevida.

-Oye, oye, perdona, que si estoy practicando tanto es para ganar el concurso regional de *Tempus Fighting*.

Gustavo hizo un esfuerzo consciente y justificado por enarcar una ceja.

-Me estás tomando el pelo.

-¡Que no!

-La verdad es que eso no añade mucho a la conversación. ¿Qué me vas a decir? ¿Que sí?

Gema gruñó, frustrada, y sacó el móvil: si él podía demostrarle que su personaje favorito era una nazi, ella podía enseñarle que no estaba perdiendo el tiempo. Así que buscó el cartel, rodeada de ojos divertidos que ya anticipaban su noche de bodas o, de un modo más realista, la noche que pasarían juntos después de la fiesta. Pero a ella, en ese momento, solo le importaba demostrar que estaba en lo cierto.

-¡Mira!

Y Gustavo miró el cartel que le mostraba, en el que se podía ver un dibujo en el que Musashi hacía frente a Padre Tiempo, enarbolando su espada. Debajo de aquellos dos combatientes, en una topografía similar a la del título, se leía: "Campeonato regional de Tempus Fighting en parejas. Inscripciones abiertas".

-Veo que le han intentado dar un toque épico, como de anime de peleas, pero el dibujante es demasiado amateur como para que resulte impactante...

-¡Anda, qué tío! ¿Y tú lo harías mejor?

-No, claro. Pero, si alguien se estrella mientras conduce borracho, no hace falta saber conducir para criticarlo. A él y a los que le han preferido contratar a su primo para ahorrarse una pasta.

-Bueno, me la suda. El caso es que hay toda una comunidad de jugadores bastante activa, sin casi amenazas de muerte, y que está esperando llevarse el premio. Por lo visto lo ha organizado una sucursal de la compañía, y eso ha hecho pensar a algunos que quieren sacar una secuela y están promocionándola. Pero, vamos, que eso no me interesa. Me interesan los veinte mil euracos que me voy a llevar.

Gustavo silbó: con ese dinero, bien podría marcharse de la gruta de la vieja y alquilar un piso donde hacer lo que le diera la gana.

-Bueno, vale, me has convencido de que no estás perdiendo el tiempo... pero no me convencerás de que las competiciones de videojuegos son alguna suerte de olimpiada infravalorada.

En aquella frase creyó reconocer a todos los profesores elitistas cuyas lecturas le habían provocado urticaria en su juventud.

-¡¿Cómo que no!? ¿Iráis a ver a veintidós millonarios dándole patadas a un balón al Bernabéu pero no a una competición de *Tekken* o de *Pokémon*?

-Bueno, lo primero, a mí no me gusta el fútbol. Pero el fútbol, el ajedrez, los deportes en general... no sé, es algo más universal. Cualquiera con una pelota o un tablero puede jugarlo. Y entiendo que con los juegos se pueda cultivar la mentalidad estratégica o los reflejos, pero al final te estás especializando en algo muy concreto y dedicándole una gran cantidad de tiempo a un producto de temporada que cualquier día pueden chapar. No sé, creo que el ajedrez o el baloncesto son algo más primario. Ya no hablemos del boxeo o las artes marciales. No creo que pueda compararse con darle a botones en un mando. En todo caso, el virtuoso será el que programó el juego.

Gema se llevó la mano a la barbilla, tomando en consideración sus palabras. Esto sorprendió a Gustavo, acostumbrado a que aquellos discursos encendidos acabaran desembocando en un impenable "no te rayes, tío".

-Quizás tengas algo de razón, pero precisamente eso favorece la versatilidad. Alguien que juegue al *Tekken* podrá jugar también al *Street Fighter*, y tendrá que adaptarse más que alguien que solo juegue al ajedrez durante toda su vida. Precisamente, creo que la estacionalidad de los videojuegos es lo que les da vida. No voy a jugar al *Tempus Fighting* para siempre, pero me llevaré sus lecciones.

Aquello le sentó a Gustavo como un guantazo en la cara, pero en una interpretación masoquista del término. Coño, por fin alguien le daba coba, por fin alguien se metía al lodo con él, a debatir sin miedo y sin cambiar de tema.

-Ya, ya, si no digo que dejéis de hacerlo...-comentó, aturdido-. Pero no podrás convencerme de que los adultos que juegan a *Pokémon* puedan compararse a alguien que cultiva su cuerpo durante años. Vamos, es que, que un juego tan sencillo como ese sea el más rentable del mundo...

-¡Eh, eh, eh!-interrumpió ella-. Ahora es la Gema de seis años la que habla, pero esos juegos tienen su misterio. En un RPG tienes normalmente a cinco o seis personajes jugables, pero ahí tienes a cientos, con todas las combinaciones posibles. A mi madre... a mi madre le costaba jugar conmigo, ¿eh? Al principio, siquiera entendía que agua le gana a fuego, y los tipos más complicados nunca los llegó a comprender. Le tenía que explicar yo todo.

Parecía que se le ahogaba la voz al mencionarla, pero Gustavo no quiso indagar.

-Y no me digas que no entiendes por qué es tan rentable: la premisa es oro, tío. Cientos de bichitos adorables que te quieren y que echan rayos y fuego por el culo. Estéticamente son la polla y, claro, con una base tan potente como esa pueden sacar animes, mangas, peluches, películas... de todo.

Su mente humeante comenzó a elaborar un contraataque, atraída (¡seducida!) por aquel desparpajo tan seguro de sí mismo, por las capas que demostraba aquella muchacha de cara peculiar y timidez selectiva, por la seguridad con la que debatía sobre un tema tan llano y por su negativa a dar su brazo a torcer. Sonrió, disfrutando de aquel juego tan irrelevante, de aquella lúdica demostración de erudición de andar por casa. Si así discutía sobre videojuegos, cómo discutiría sobre el posmodernismo.

-Ya-comentó él, tras una larga deliberación consigo mismo-. Pero reconoce que hay algo de enfermizo en su popularidad: estamos hablando de unas mascotas con todo lo bueno y nada de lo malo. Es un síntoma de la infantilización de la sociedad, creo yo, que los adultos quieran seguir jugando con mascotas que nunca se mueren y solo se debilitan, que siempre les obedecen, que son su vehículo para la gloria, que pelearán junto a ellos sin cansarse jamás... ya no es solo que la gente quiera tener mascotas sumisas antes que hijos rebeldes, es que prefieren tener píxeles en lugar de cualquier ser vivo que se les pueda morir. No sé, yo creo que el riesgo es parte de la vida, que no se puede prescindir de él. Me parece una cobardía. Hablaba apasionadamente, atropelladamente: aunque el tema de conversación le importara una mierda, lo que importaba era la caza. Sus gónadas parecían hervir de entusiasmo, su entrepierna apuntaba directamente a los muslos generosos de aquella fascinante mujer.

-Bueno-continuó ella-. Pero, si somos infantiles, habrá que preguntarse por qué. ¿Igual porque no podemos pagar un hijo, y a veces ni siquiera una mascota? ¿Porque no tenemos para el alquiler, aunque durmamos cuatro horas diarias? Ah, fíjate cómo se calla el genio. ¿A que en eso no habías pensado?

Gustavo sonrió, encogiéndose de hombros, reconociéndose en el reflejo que esas palabras arrojaban sobre él.

-Ahí has tocado un tema sensible.

-Vaya. ¿Es que tienes sentimientos?

-Aunque te sorprenda, sí. Sentimientos y gastos. Así que, si conoces de algún trabajo que no requiera fortaleza física, esfuerzo intelectual o ganas de vivir, dímelo. Por favor.

La risa de esa chica fue un reconstituyente después de aquel recordatorio de su propio patetismo.

-Pues yo estoy en las mismas, pero opositando. Siempre fui buena estudiante y... bueno, creo que esta será la primera vez que eso me sea útil.

-Seguro que eras de las que subrayaba todo con colorines y tenías una letra de diez.

Ella parpadeó, coqueta, como dándole la razón.

-Pues sí. Y también era la chica buena, la que iba a tener un futuro grandioso, el modelo a seguir... y mírame ahora. A ver, no me quejo, pero mi vida es un poco una mierda. Viviendo con mi padre y sin perspectivas de futuro más allá del grifo del empleo público que, en cualquier momento...

Su pulgar hacia abajo fue más elocuente que cualquier cosa que pudiera decir. El grifo que, en cualquier momento, se podía cerrar.

-Sí, te entiendo, yo estoy con mi madre... por desgracia. Mi padre está trabajando a tomar por culo y, bueno, procuro no pensar mucho en el futuro. A todos nos espera el mismo, al final, hasta que el planeta se convierta en una bola de polvo estelar. Es el único consuelo que me queda.

Gema le miró con empatía, reconociendo una tenebrosa verdad en sus palabras.

-Bueno, bueno, digo yo que habrá que encontrar algo con lo que distraerse. Y a lo mejor se vuelve algo útil, como el torneo.

-Mira, no me vas a convencer...

-¡Que sí! Mira, vente un día y te enseño a jugar, ya verás que no es tan complicado como parece.

Esa oferta pilló a Gustavo desprevenido. Había planeado entrarle esa misma noche y quizá llevársela a una habitación, pero aquello suponía una invitación mucho más evidente, mucho más diáfana. También a largo plazo, aunque eso no le gustara. Espera, parecía decirle. Espera, cual Orfeo mirando hacia adelante y solo hacia adelante, y tendrás tu recompensa. Sorprendido, aceptó con una sonrisa.

-Está bien. Mira, igual hasta consigues una pareja... para jugar, ¿eh?

Se acercó a la joven, que tragó saliva. ¿Estaría bien besarla ahora? Quizás. Quizás sería demasiado rápido, parecía tímida. Joder, ¿por qué se estaba poniendo tan nervioso?

-Oye, que no hace tanto calor y estás sudando...

-Ah. Ya... bueno, yo...

-¡Eh, aquí están los tortolitos!-exclamó una voz vigorosa y ruidosa.

Gustavo no supo si sentirse agradecido o mortificado al ver a su colega rodeado de esas dos amigas ruidosas. Gema, por el contrario, se sintió segura de nuevo. Le gustaba ese tío, pero no quería que se propasara muy pronto. Las saludó con un gesto vergonzoso.

-Mírales, qué carita de traviosos...-se burló Silvia.

-Anda, déjalos en paz-intervino Carmen. Su frente sudorosa contrastaba con su repentina palidez-. Oye, tengo que irme, que no sé qué me ha dado y me encuentro mal... y me vendría bien que me llevaras a casa.

Gustavo estuvo a punto de cagarse en los muertos de aquella chica, pero recordó que su objetivo era la única que no había bebido y que, en consecuencia, tendría que conducir el coche. Esta aceptó, más entusiasta que resignada, como si no quisiera estar allí. Y lo entendía perfectamente.

-¡Jo, quedaos!-pidió Emilio, medio en broma, medio en serio-. Ya la llevo yo, que con toda esta panza no me hace efecto el alcohol.

Silvia le puso la mano en el brazo, paralizándolo por completo. Gustavo reprimió un comentario burlón al ver que esa joven que acababa de conocer lo tenía comiendo de su mano.

-No, no, que si te pillan y te meten en la cárcel no podemos quedar luego. Ya tienes mi número, así que ya sabes...

Emilio asintió cual perrillo amaestrado, seguramente haciéndose más ilusiones de las que debía.

-¡Ah! Espera, que te tengo que dar mi teléfono... Alucard.

El aludido lo apuntó, agradeciendo aquella muestra de confianza.

-Ya nos veremos, Elsa. Luego tenemos que pensar en qué me das si consigo ganarte.

-¡Ja! No creo que haya mucho que pensar, porque eso no va a suceder.

-Bueno, en cualquier caso me lo he pasado bien.

-Gracias. Yo tam... bién.

Sonrieron tímidamente y se despidieron, con centellas saliendo de sendos pares de ojos. Gema se dirigió hacia la puerta de salida, rodeada por las risitas impertinentes de sus dos acompañantes. Carmen parecía a punto de caerse al suelo de la fiebre, pero su sonrisa no se había borrado de su rostro. Después del fiasco de su ex, estaba bien volver a ver a Gema emocionada.

Al montarse en el coche, la bióloga examinó cuidadosamente las ruedas y los asientos, para regocijo de sus dos amigas, que la tenían (quizás no sin motivo) por una loca de la seguridad.

-Vaya, parece que al final vas a quedar con ese tío para... jugar a juegos.

-Silvia, tía. Ya veremos. Es majo, pero...

Pero no se fiaba. Igual que no se fiaba de los edificios sin extintores, de las bebidas azucaradas, de los perros demasiado grandes o ruidosos. Tenía miedo de abrirse demasiado, de confiar en alguien, de desnudar sus debilidades delante de alguien al que bien podían parecerle patéticas, que podía aprovecharlas para hacerle daño después de un tiempo.

<<Te estás comiendo demasiado la cabeza, tía>>-pensó, comiéndose las uñas. Pero lo pensó emocionada, como el paracaidista que se tira sin saber si la mochila se va a abrir. Y es que, cuando el miedo es constante, desafiarlo es más placentero que nunca.

Por su parte, Gustavo y Emilio permanecieron en aquella casa durante un par de horas más, buscando distracciones con las que consolarse por aquel placer postergado. Sin embargo, en cada uno de sus intercambios verbales se podía adivinar que su mente no estaba en ese sitio, que estaban deseando saldar con un éxito duradero aquel fracaso momentáneo.

Al andar el camino de vuelta, sin embargo, Gustavo no se sintió desgraciado. Se sintió como un cazador mirando a través de la mirilla de su rifle, como un león saltando sobre una gacela. -¿Por qué sonríes tanto, golfo?-le preguntó su amigo, y él se encogió de hombros mientras caminaban por la acera, buscando el coche en el que refugiarse del frío nocturno. Pero el frío, en aquella ocasión, le resultaba tremendamente estimulante, despertándolo del letargo etílico en el que llevaba horas sumido. Agudizando unos sentidos que percibían cada centímetro cuadrado de ciudad como el inicio de una nueva aventura.

-¿Por qué sonrío, amigo mío? ¡Porque el mundo nos sonrío! ¡La guerra en el mundo ha terminado, el Amazonas vuelve a estar lleno de árboles, el banco Santander acaba de quebrar! ¡Todo está bien, todo está perfecto!

Sabía que aquella euforia no duraría, que los químicos de su cerebro acabarían condenándolo a la misma monotonía depresiva de siempre. Pero en ese momento, se sentía el rey (o el presidente democráticamente elegido, o el tirano bienintencionado) del mundo, y todos sus problemas le parecían insignificantes. Pertenecían a su yo del mañana y, por lo tanto, eran etéreos y completamente inofensivos en el ahora. Quizás nunca llegaran a existir.

Capítulo 4: La sensei y el alumno

-Voy a salir, mamá.

-¿Y eso? ¿A dónde vas a estas horas?

"Estas horas" eran las cuatro de la tarde. Una hora extraña, pero no intempestiva ni mucho menos, y una hora que no ameritaba el tono mohoso con el que le hablaba su madre. Aquella ballena inmunda le contemplaba desde el sofá con una mirada de vinagre, mientras el programa del corazón gritaba obscenidades a través de la pantalla del televisor. Y solo el hecho de que dependía de su dinero hizo que Gustavo se mordiera la lengua.

-A casa de un amigo-mintió.

-¡Ya, de un amigo! ¡Seguro que te vas con alguna de tus amigas! Eres tan golfo como tu padre...

No se lo dijo de un modo cariñoso, desde luego. Aunque tuviera razón en sus sospechas, o precisamente por ello, aquel tonito de superioridad moral le ponía de los nervios.

-¿A ti qué más te da con quién me vaya yo?

-¡¿Cómo me va a dar igual!? ¡Soy tu madre, imbécil! Yo estoy aquí, manteniéndote y dándote de comer... y tú, en vez de estar trabajando, te vas de fiesta por ahí.

-Pues búscame un trabajo si es tan fácil-espetó. Toda la puta vida trabajando en la misma cafetería de mierda, y se creía que echar un currículum equivalía a una contratación instantánea.

-¡Oye, a mí no me hables así!

-Ya... bueno, me voy, nos vemos luego.

-¡Sí, sí! ¡Seguro que vuelves a las tantas!

<<Algún día no vuelvo>>-juró, sabiendo que mentía. Puso la dirección en el Maps y comprobó que seguía indicando la misma distancia que en sus cinco últimas consultas: unos quince minutos andando.

Sus pasos lastimeros le guiaron por el patio de su bloque de apartamentos, cuyo insípido color naranja solo rivalizaba en cutrez con sus envejecidos habitantes, con aquellas cáscaras repletas de arrugas que volvían del mercado o de la iglesia.

Sentía una rabia irracional e injusta hacia ellos, hacia esas fábricas caducas de frases hechas, ante todos aquellos figurantes dentro de una obra gigantesca que creía protagonizar. Los veía con sus casas, con sus hijos o nietos, con su vida resuelta, y sentía la rabia que sentía cuando una novela romántica recurría a lugares comunes, o cuando una película de acción no se atrevía a matar al perro o al niño. Era una cólera que no solía manifestar más que en las manos cerradas que se metían, temblorosas, en sus bolsillos. Una cólera motivada por la vulgaridad ajena y quizás (solo quizás) por la envidia propia.

Pero aquel día se olvidó rápido. Al alejarse de las calles donde había vivido toda su vida, pensó en aquella voz que se había hecho carne en la fiesta y con la que, con suerte, tendría

contacto carnal después de la ronda obligada de derrotas virtuales. Había pasado todo muy rápido, apenas podía creerse su fortuna... y, precisamente por ello, no se la creía.

Su bloque, aunque humilde, estaba más limpio que el suyo, y la fecha de su inevitable demolición parecía más lejana. Le daba buenas vibraciones, aunque se sintiera como una negra pelusa en ese lugar y, sobre todo, frente a esa muchacha de sonrisa tan contagiosa.

Un mensaje de Emilio le deseó suerte con el emoticono de una berenjena. Era tan vulgar como todos esos viejos a los que odiaba, pero había que quererlo.

...

"Esta noche tendré que quedarme hasta más tarde. De todas formas, si necesitas algo, dímelo y haré lo que pueda. ¡Estudia mucho!"

Tenía que querer a su padre. Sin embargo, había confiado en que él también estuviera en la casa, para que a ese chico no se le ocurrieran ideas raras. Gracias a Dios, uno de los (escasos) defectos de los que carecía era la falta de previsión. Carmen bostezaba desde el sofá, mirando el reloj.

-En cinco minutos, debería estar aquí-le dijo su amiga-. O en diez, si somos pacientes.

-¿Y eso?

-Bueno, hablo de los cinco minutos de cortesía para todo el mundo. Si tarda más en la primera cita, ya puedes darle la patada. Aunque te advierto que él pensará lo mismo de las chicas que no pueden separarse de sus amigas ni cuando quedan con alguien.

Gema ni siquiera soltó el palo de la escoba para sacarle el dedo corazón a su amiga. Se limitó a seguir barriendo hasta eliminar hasta el recuerdo de las pelusas, y a decir:

-Mira, no me vas a convencer de quedarme sola en casa con un desconocido.

-No, no, si no quiero convencerte. Solo quiero ponerte nerviosa.

Gema se abalanzó sobre ella, haciendo el jocosos amago de sacarle los ojos, y ambas acabaron arrugando el protector del sofá que tan cuidadosamente había preparado. La chica chilló, colocándolo de nuevo en su posición correcta con una pulcritud obsesiva.

-Ya veo que no hace falta. Venga, tranquila, seguro que es buen tío.

-Ya, ya, pero...

-¡Pero nada! Vas a quedar con él y te lo vas a follar, y vais a tener una historia de amor tan bonita que nos darás envidia a todas. Y, si acaba decepcionándote o haciéndote daño, tendrá que vérselas con las tías más animales de toda la Facultad de Biología.

Gema se esforzó en sonreír, y pronto sonrió de verdad. Aunque la envidia que sentía hacia esa mujer tan asertiva siempre le había proporcionado pensamientos de dudosa utilidad y de nada dudosa negatividad, le tranquilizaba tenerla al lado. Sabía que siempre estaría allí para confirmarle que, si no le pillaba un cáncer o una guerra (o cualquier otro imprevisto tan dramático como aquellos), todo saldría bien.

El zumbido de su móvil, sin embargo, le hizo olvidar esa seguridad.

"Ya he llegado. Te espero abajo".

Tragó saliva. Se miró al espejo de nuevo, unas tres o cuatro veces dependiendo de si aquella ocasión en la que se le había quedado la mirada perdida contaba como una o como dos. Corrió hacia el telefonillo y, con un susurro trémulo, le mandó un audio de WhatsApp:

-Cuarto B. Te abro.

Rozó el botón con el dedo antes de, en un segundo intento, pulsarlo. Fue como enfrentarse a un jefe final sin haber guardado la partida, tan aterrador, tan estúpido, tan emocionante. Su flujo sanguíneo adquirió el ritmo acelerado de ese ascensor que subía y subía, que hablaba y hablaba, hasta el silencio. Y entonces volvió a hablar, más terrible que nunca, pero con voz de timbre.

Al abrir la puerta, vio que Gustavo llevaba una camisa negra que marcaba unas formas enjutas y atractivas, y se le hizo la boca agua. Los pantalones ajustados que ella se había puesto para la ocasión realzaban unas piernas por las que muchas matarían pero, al verle sonreír de esa forma, se sintió tan fea y tan inútil como el día en que había decidido hacer ejercicio por primera vez.

-Buenos días. Parece que tendré que decirle algo a mi psicólogo sobre mis pulsiones masoquistas, porque vengo aquí a que me den por culo.

-Anda, bobo, pasa.

-¿Bobo?

-Sí. Tienes menos luces que... que...

Aquel comentario ingenioso se negó a salir de su mente estreñida. ¡Mierda! Su insistencia en demostrarle que no le iba a la zaga en inteligencia había acabado bloqueando por completo la poca inventiva que tenía.

-Vaya, parece que no soy yo el que tiene pocas luces-comentó, guiñándole un ojo. Qué comentario tan tóxico y cómo le había gustado.

-Anda, pasa antes de que te eche.

Eso hizo, y sus ojos inspeccionaron de manera nada elegante la casa que le abría sus puertas. Se maravilló ante lo impoluto de sus baldosas, de sus paredes, de sus muebles. De aquel cuadro de angelitos que estaba en todas las casas de vieja españolas. De esa cocina humilde pero digna, y del salón donde solo había una gigantesca pelusa de metro setenta que afeaba ese paisaje hogareño.

-Hola-saludó Carmen-. Te acuerdas de mí, ¿no?

-Sí-contestó, con la sonrisa petrificada, sin poder disimular su decepción-. ¿Qué tal?

-Bien. No tenía nada que hacer, así que me he quedado aquí a cotillear. Espero que no te importe.

Gustavo no sabía si le estaban poniendo a prueba o tomando el pelo, pero tampoco tenía demasiadas alternativas para matar el tiempo esa tarde. Así que se esforzó en parecer

conciliador, aunque tuviera ganas de pedirle el libro de familia a esa entrometida para cagarse en él.

-Pues espero que tú seas mejor que yo jugando, que si no esta fiero se va a aburrir.

La chica rió, algo que introdujo una nueva inseguridad en el repertorio de Gema. ¿Y si se gustaban más entre ellos dos de lo que ella le gustaba a él?

-No, no, yo estoy aquí en calidad de observadora.

-Sí, vamos, para que el resto de buitres me claven el pico con más conocimiento, para que sepan dónde tengo los higadillos. Bueno, mi querida Elsa, ¿jugamos?

-¿A qué quieres que juguemos?-preguntó, juguetona. Y Carmen supo que aquello no era un juego, porque la Gema que conocía nunca habría hecho una pregunta así-. Anda, coge el mando.

-Sí, mi generala.

Y Gustavo se situó de nuevo frente al televisor, sentándose entre las dos amigas. Para cualquier otro, aquello habría supuesto una fantasía inimitable, una oportunidad de oro. Pero él sabía que la morena no estaba por la labor, que estaba allí cual perro de pastor ovejero, para vigilar al lobo feroz.

<<Venga, no seas tan pesimista>>-pensó. El letrero del modo arcade de *Tempus Fighting* le trajo de vuelta a la bulliciosa adolescencia, a los años gloriosos donde se creía que sus neurales mentales eran más importantes que las guerras y las catástrofes, en los que cada calada a un porro suponía una aventura y no una derrota.

Y, como siempre, escogió a Wolfgang. El romanticismo hecho carne (o polígonos tridimensionales), el atormentado, el marginado. Había leído en Internet que era de los personajes menos populares, y eso solo le había hecho quererlo más.

-Vamos, vas a empezar flojo. Un combate contra... venga, contra Tutankamón.

-Sí, mi señora.

La pantalla le dio la bienvenida y comenzó la primera ronda. A pesar de su apatía generalizada, sintió un impulso viril por hacerlo lo mejor posible, por demostrar su valía como pretendiente y como mamífero fértil.

-Venga, enséñame cómo luchas y yo te iré dando consejos.

Con una sonrisa fiero, Gustavo dio inicio a su ofensiva. Salto, patada. Salto, patada. Ataque de tinta. Salto, patada. Se imaginó que esa momia anciana de largos apéndices era una amalgama inmundada de todos los presidentes que había tenido el país y, en consecuencia, atacó con toda su rabia, sin preocuparse por el daño, derrotándolo en un tiempo récord para él. Había que admitir que los videojuegos eran magníficos para el estrés.

Cuando acabó, su rival le había quitado solo la mitad de la vida, dando comienzo a la segunda ronda.

-Anda, dale a pausa, alma de cántaro, que te explique un par de cosas.

Eso hizo y, cual empollón atendiendo en primera fila a las explicaciones de su maestro, la miró a los ojos. En ellos parecía existir una bondad sencilla que no podía sino envidiar. Bueno, tal vez pudiera quedarse encandilado también.

-Mira, estás yendo muy a lo loco. Esto igual te sirve contra la máquina, al menos hasta llegar a los jefes, pero cualquier jugador medio bueno te dará una paliza. ¿Es que no sabes bloquear?

Gustavo, con un ademán de niño tímido, puso la mano sobre el botón que realizaba esa acción, y ella le dio una cariñosa palmadita en la cabeza.

-¡Bien! Muy bien. Pues úsalo cuando te lance sus lianas y, sobre todo, cuando te lances a por él. Y, cuando te haya golpeado y te hayas cubierto, puedes empezar a contraatacar a gusto hasta que se caiga. Una vez se caiga, retírate y lanza un proyectil... pero no abuses de ellos, que te dejan las piernas desprotegidas.

Él recibió atento y confuso esa cantidad de información, haciendo notas mentales de cada detalle, mientras su amiga les miraba como quien ve a dos cachorrillos.

-Bueno, pues voy a empezar.

-Venga, que no te quite nada de vida. ¡Vamos!

Su ira no se aplacó, tampoco su nerviosismo, pero consiguió redirigirlos para triunfar, como si estuviera escribiendo un poema. Aquello le inspiró una reflexión abortada sobre las consecuencias negativas de los videojuegos, el deporte televisado, la pornografía en Internet y demás maneras en las que la gente podía desahogarse sin cultivar su creatividad. Aunque, pensó luego, también era cierto que existían personas sin creatividad, y que no era malo que estuvieran distraídas para que no se desahogaran con métodos más destructivos. Eso sí, esos métodos destructivos también eran un motor necesario para el cambio político, así que tal vez esa gran cantidad de oferta lúdica sí que fuera algo negativo. Con una gallega indecisión, decidió desterrar esas consideraciones y centrarse en el monstruo a batir.

Y lo hizo, aunque el engendro le dio un puñetazo de regalo. Aun así, saldó ese asalto de manera mucho más limpia que el anterior. Miró a Gema, con los ojos brillando.

-¿Qué? ¿Quieres que te dé un bombón o una palmadita en la cabeza?

-O donde tú quieras.

-¡Ja! Anda, cállate y juega, que te queda mucho por aprender. A ver... anda, mira, el siguiente es Musashi. Con este te conviene más usar proyectiles, que como te pille con la espada...

-Vale, vale.

Su segunda partida fue más rápida incluso que la anterior, y no recibió ningún daño. Jugó concentrado, olvidando esos pensamientos que siempre se empeñaban en distraerle de cualquier quehacer. Estaba bien apagar la mente de vez en cuando.

-¡Bien! Así me gusta, hombre.

-¿Y qué más te gusta?-preguntó-. Aparte de los videojuegos.

Dentro de aquel acercamiento (enfrentamiento) dialéctico, aquel envite tenía una función más que obvia: dejarle claro a Gema que no había ido a esa casa para jugar a *Tempus Fighting*, sino a otra clase de juegos. Y quién sabía si a algo más.

-Pues... bueno, el cine...

-Rápido, película favorita.

-Bueno, eso es evidente. *La guerra de las galaxias*, la mejor película de todos los tiempos.

-¿Ah, sí? Bueno, a mí me gusta también.

-¿Es tu favorita?

-No, qué va. La mía es *Network. Un mundo implacable*.

Gema se burló de él con un ademán bastante elocuente.

-Seguro que es una película checoslovaca en blanco y negro de un tío mirando al horizonte durante dos horas.

-Pues no, lista, que también es yanqui. ¡Y setentera, como la tuya! Va de un periodista al que despiden y que se convierte en telepredicador. Bueno, más o menos. Pero me mola sobre todo por cómo predice algunas de las preocupaciones que tenemos, algunos de nuestros miedos, la evolución de los medios...

-¿Y de los enteros?

La reacción de Gustavo duró quince segundos. Durante los cinco primeros, no comprendió el chiste. Durante los cinco siguientes, fulminó con la mirada a su interlocutora, conteniendo el júbilo de su garganta. Dedicó los últimos cinco segundos a reír despreocupadamente, derrotado una vez más.

-¡Cuidado, que te matan!

-Que sí, tranquila...

La partida continuó sin muchos sobresaltos, más allá del modo tan confuso en el que Gema le intentaba explicar los combos.

-No sé cómo coño quieres que pulse tantos botones si este me está dando por culo con sus ataques.

-Si te distraes hablando, nunca cogerás práctica.

La chica miró a su Galateo con una mezcla de condescendencia y conmiseración, también divertida ante esos arrebatos de ira que le arrancaban del alma una maldición o una palabrota.

-Vaya, parece que ahora entiendes a los jugadores competitivos que se cabrean, ¿a que sí?

La sonrisa de él estaba cargada de una irreverente cólera.

-No es lo mismo...

-No, coño, es peor. Porque ahí, cuando luchas contra un jugador real, te da más rabia aún. Te están humillando, te están vejando. ¡Están quemando tu aldea y violando a tu familia! Y tú quejándote por un combo.

Ambos rieron salvajemente ante la mirada perpleja de Carmen, que pasaba de vez en cuando sugerentes mensajes a Silvia. Estaban en perfecta sintonía, como si el uno pulsara los botones que controlaban al otro, contagiándose de sus tics y de su forma de hablar.

Después de una media hora, Gema se incorporó, para sorpresa de ambos.

-No me miréis así, que tengo necesidades como todos. Ahora vuelvo. ¡Portaos bien! Y vigila que no haga trampas, Carmen.

Esta asintió, dejando a Gustavo solo con aquella reprimenda preventiva.

-Anda, di lo que piensas.

El chico apoyó la espalda en el sofá, pausando la partida.

-¿Lo que pienso? ¿Lo que estoy pensando ahora, lo que pienso en general, lo que pienso de la guerra en Ucrania?

-No, listo, lo que piensas de Gema.

-¿De Gema? Que es muy maja, en todos los sentidos. Y que cambia radicalmente con un mando en la mano.

-Ya, ya. Venga, sé sincero, tú lo que querías era echar un polvo. Te habrás quedado decepcionado.

Sacó la lengua a través de los labios, sin negar aquella afirmación.

-Lo único que diré es que me lo estoy pasando bien y que no me siento estafado.

-Oye, pues que sepas que me ha dicho que no está interesada en nada contigo. Que es solo amistad, ¿eh?

Contuvo el impulso de apretar el puño y golpear la mesa. Un endeble temblor se asomó a través de sus labios sonrientes.

-Bueno, es... vamos, ya te he dicho que me lo estoy pasando bien. Igual acabo ganando una pasta con el concurso y todo, si es que me presento.

La mujer permaneció unos segundos en silencio, durante los que él mantuvo una compostura admirable, casi como el que evita rascarse o llorar ante una picadura de avispa.

-Vale, vale. Oye, igual te has dado cuenta, pero te estaba poniendo a prueba. Y la has pasado con creces.

Torció el gesto, con una expresión gélida y casi ofensiva. Se incorporó, con la dignidad escasa que su cochambrosa situación vital le permitía.

-Pues no me hace ni puta gracia. Dile a tu amiga que no era este el juego al que quería jugar. La expresión que apareció en el semblante de Carmen cuando le agarró del brazo fue tan horrorosa y apremiante que le provocó un escalofrío.

-¡No! Ella no sabe nada, ha sido idea mía. Es solo... mira, voy a decírtelo rápido porque va a salir, pero ella ha sufrido mucho y no quiero que sufra más. Solo quería... y quiero... asegurarme de que no eres ese tipo de chico que se cabrea cuando no obtiene lo que quiere. ¿Entiendes?

Suspiró.

-Supongo...

Gustavo se sentó, a regañadientes, pensando que tampoco habría sufrido tanto como para justificar aquella manipulación. Apenas se hubo sentado, Carmen lo relevó, incorporándose mientras los pasos de su amiga se aproximaban a ellos.

-¿Qué pasa?-preguntó Gema, mirando a su amiga con preocupación.

-Nada, que me acaba de sonar la alarma para una entrevista de trabajo esta tarde. Qué cabeza tengo, joder...

Aunque Gema sabía que sucedía más bien al contrario, que Carmen era la amiga con mejor cabeza que conocía, aceptó aquella excusa con un encogimiento de hombros.

-Bueno, pues... claro, suerte. Ten cuidado, ¿vale?

-Claro, guapísima. Tú también. Y portaos bien, ¿eh?

Les guiñó el ojo a ambos y prácticamente corrió hacia la puerta. Los dos jugadores la despidieron rutinariamente, de manera casi mecánica, demasiado absortos en lo que les esperaba, amontonando una serie de frases hechas, de tics de seductor, de excusas para marcharse o que el otro se marchara. Cuando el sonido de la puerta cerrándose marcó ese nuevo nivel de intimidad, se miraron, sin saber si abalanzarse sobre la otra persona o salir esprintando de allí.

-Habrás parado el juego, ¿no?

Se acercó un centímetro a ella, retrocedió dos.

-Sí, claro. Pero ya llevamos un buen rato, ¿no? Quiero decir... podemos hacer más cosas.

<<¡Mierda, mierda, mierda, has ido demasiado rápido! ¡La has cagado, imbécil!>>

-¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

-No... no sé, igual... ver una peli o algo.

<<¡Mierda, ibas bien, estaba receptiva! ¡Ahora la has cagado por defecto en lugar de por exceso, patán insufrible!>>

Pero Gema asintió, más tranquila. Le indicó que la siguiera hacia el sofá.

Capítulo 5: Igualmente, guapa

-¿Qué te apetece poner?

-No sé, el invitado eres tú. Tengo Netflix y Amazon, así que... lo que te apetezca.

Gustavo no quiso admitir que veía gran parte de su contenido en páginas pirata y que no tenía ni idea de los contenidos de ambas plataformas, así que optó por Netflix. La cantidad de novedades le abrumó, así como la interfaz absurdamente recargada. Contempló la lista de animes que adornaba la lista de Gema.

-Mira, eso de *Jojo's* me llama la atención. ¿Qué tal está?

-Uy, es una locura, una genialidad. De lo más creativo que he visto. Pero no hay término medio: o te encanta o lo odias.

-Anda, a mí me pasa algo parecido. ¿Yo te encanto o me odias?

La risa fue una respuesta satisfactoria, pero Gema decidió matizarla un poco, acaso para templar su entusiasmo:

-Madre mía, cómo te gusta hacerte el interesante. Pues... no sé, no sé... pero indiferente no me dejas, es verdad.

Su acompañante parecía tan halagado como inflamado, como temeroso, como corajudo. Dominado por esas paradojas que un cuerpo cercano y apetecible del sexo predilecto impone hasta a las mentes más racionales... y la suya no lo era.

-Me alegra saberlo.

-Me alegra que te alegre.

-Vamos a parar, que así no acabamos nunca-susurró, acercando aún más su rostro. Su nariz rozó la frente de ella mientras su semblante iba descendiendo en un acercamiento estratégico y pasional al mismo tiempo, donde el hombre trataba de contener el ímpetu de la bestia. Ella no se apartó, aunque la respiración se le cortara.

Ninguno de los dos supo quién llegó antes a la meta de los labios del otro, pero aquella era de momento una carrera amistosa en la que no había medallas ni dorsales.

Él asió su cráneo por el pelo con delicadeza. Gema lo recibió con una risita que se asomó a través de sus dientes, teniendo una muerte dulce y digna en la garganta de su acompañante. Este, tímidamente, le mordió el labio inferior, y ella tuvo que contener un gemido. Hacía mucho tiempo, demasiado. A esa distancia, con los cuerpos pegados, Gustavo pudo notar el tacto pétreo de sus pezones.

El frío clima otoñal no impidió que ambos comenzaran a sudar en cuestión de un minuto, ni tampoco que la naturaleza hiciera su trabajo de manera sobresaliente, provocando humedecimientos y rigideces en las zonas creadas para amar.

Ninguno de los dos pudo verbalizar su entusiasmo, porque en esos momentos desaparecía el verbo, la palabra, cada minúsculo ápice de su acervo cultural. En ese momento no existía el desempleo, tampoco las envidias que suscitaban los posts de Instagram ni las discusiones

bizantinas con las que los pirados de Twitter se amargaban el día. En ese momento, despojados de los artificios de la civilización, ese joven y esa joven compartían un beso que tenía pausas (numerosas pausas para mirarse y sonreír), pero no final.

Ella se tumbó completamente sobre el mueble, rindiéndose, confiándole su satisfacción a él, desterrando toda preocupación y todo miedo. Delegando en su amante, cuyos besos ascendían hacia sus orejas y luego hacia su frente, y más tarde bajaban hacia el cuello. Gema se mordió los labios.

Él se situó encima de ella de nuevo, metiendo su mano de manera delicada por debajo de su camiseta. El tacto directo de sus dedos (gélidos como un helado de fresa en verano) sobre su piel hizo que se le erizaran los pelos de la espalda, y no solo por el frío afrutado de sus manos.

Se sintió como Dafne, como Atalanta, como la hija del gigante de hielo, como una belleza capaz de detener el curso del mundo y de superponerse a la moral. Su dañada autoestima ascendía de manera directamente proporcional a esa mano que hacía tiempo que había abandonado su ombligo para explorar otras zonas menos llanas situadas por encima de él.

-Joder, qué guapa eres...-susurró, y la última ese de "eres" se deformó en un gruñido. Eso hizo que el cuello de Gema, empapado de su sudoroso entusiasmo, palpitara con la fuerza explosiva de unos óvulos que exigían un compañero de baile.

Pero, horror, sucedió lo de siempre: entre aquel maremoto de emociones cristalinas y primarias flotaba una ponzoña perpetua, algo que ataba sus piernas y sus brazos, que cercenaba sus besos y caricias con la fiereza de una guadaña. El miedo.

El miedo, el miedo a lo desconocido y a sus conocidos, a que todos conspiraran contra ella, a las risas, a la vida y a su final. Pronto, el peso de ese cuerpo no le pareció tranquilizador, sino todo lo contrario. Creyó que la aplastaba. La sumisión y el descubrimiento mutuo inherentes a todo acto íntimo encerraban peligros innombrables, las manos de ese cuasidesconocido escondían un potencial de muerte y de dolor que hizo que temblara.

Sin violencia pero con firmeza, lo apartó de sí, temerosa de su contacto. Gustavo se retiró con cierta perplejidad.

-¿Estás bien?

-Sí, sí-se apresuró a aclarar, haciendo gala de una sonrisa más falsa de lo habitual-. Es solo que... bueno, no me apetece follar... hoy.

Aquella última palabra, cual zanahoria delante de un asno, fue lo que llamó la atención de Gustavo. No había hecho nada malo, o eso parecía. No era suyo el problema, simplemente tenían un ritmo distinto.

Eso no evitó que sintiera una frustración mucho mayor que la que cualquier juego de lucha podía provocar.

-Claro, claro, no te preocupes. Bueno, espero que no te haya puesto de los nervios, ¿eh?

Ella sacudió la cabeza pero, aunque quizás él no tuviera la culpa, su nerviosismo era palpable para cualquiera que tuviera dos dedos de frente con los que palparlo.

-No, es solo que... bueno, hacía mucho tiempo que no estaba con nadie y que... quería... bueno, ya me entiendes...

La entendía a medias. En cualquier caso, se encogió de hombros, contemplando ese adorable rostro que intentaba explicar atropelladamente lo que sucedía en su cabeza.

-Oye, que no te preocupes. Venga, echamos otra partida si quieres.

Ella asintió, mudamente agradecida, y agarró su otro mando de uno de los cajones de su mesilla.

-Qué casa más coqueta tienes-observó-. Si vieras mi habitación, te tirarías de los pelos hasta arrancártelos.

-Anda, que tendrás a tus padres contentos...-susurró, peinándose improvisadamente el cabello como si quisiera negar lo que acababa de suceder entre los dos.

-Bueno, vivo con mi madre nada más, él está en el extranjero y se separaron hace mucho.

-Ay, lo siento...

-No, lo que siento yo es que no se separaran antes. Qué par de subnor...

Gema le dio un golpe en el hombro que llegó incluso a dolerle.

-¡Oye! Que ya he visto lo marcados que tienes los abdominales y no está bien abusar de un pobre espantapájaros como yo.

-Bueno, pues meterte con tus padres tampoco está bien.

-Eso lo dices porque no los conoces.

-No, lo digo porque son tus padres. Ellos te han criado y... bueno, excepto en casos extremos, se merecen un respeto.

Ver a aquella vigorosa hembra defendiendo con tanta vehemencia una causa le excitó más todavía, permitiéndole adoptar una actitud más desenfadada:

-Bueno, pues ahora me espero a que lleguen tus padres y les pregunto que si les respetas siempre.

Gema se sintió como si le acabaran de clavar una navaja en los recuerdos.

-Bueno, vivo con mi padre nada más.

-Ah, ¿y eso?

-Cáncer de mama.

Aquella macabra mención cayó sobre ellos como una losa y, en ese caso, como una losa con nombres y apellidos grabados en piedra. Gustavo suspiró, furioso con su propia cagada, y se dirigió a ella:

-Joder, lo siento.

-Nada, hombre, no lo podías saber. Venga, vamos a jugar. Esta vez, contra mí.

Lo hicieron, ignorando la sombra que acababa de arrojar sobre la jornada. Hubo dos cosas que le gustaron a Gema. La primera de ellas fue que Gustavo consiguió infligir algún daño, por mínimo que fuera, a su personaje. La segunda fue que no insistió en su desgracia, no le hizo preguntas sobre cómo lo había llevado, no la tomó de la mano y le dijo lo valiente que era. Le había dicho que jugara y él jugaba. Disfrutó dándole una paliza, por raro que sonara. Cuando lo hubo derrotado varias veces, se apoyó en su hombro. Pese a que la erección de Gustavo seguía reclamando una ofrenda para calmar sus ansias, aquel gesto de confianza le resultó extrañamente satisfactorio.

<<Anda, no te enamores, cabrón>>.

-Vas mejorando-le felicitó ella-. Yo diría que hasta tienes talento para esto. ¿Qué se siente al descubrir que tienes un talento tan inútil?

El chaval se encogió de hombros.

-No sé, todavía tengo que comprobar si realmente lo tengo. Luego me dices cuándo te viene bien para volver a adiestrarme.

Le miró con unos ojillos que, si los gatos tuvieran conocimiento, envidiarían.

-Y yo que creía que solo querías follar...

-Bueno, a ver, espero follar, no quiero engañarte... pero, si no sucede, me lo he pasado bien de todos modos.

-Vale. Mira, lo dicho: a lo mejor hasta obtengo una pareja para el torneo.

-¿Y eso? ¿Si no la tienes...

-Te asignan una.

-Vaya, ahí supongo que dependes mucho de la habilidad de los demás-sugirió, sin saber cómo continuar con aquella conversación-. Venga, sé sincera: ¿cuántas veces han insistido a tu padre para que participe contigo?

-¡Ja! Muchas, muchas. Pero él no lo entiende tanto como... bueno, como mi madre. Ella sí que solía jugar conmigo, y también le tenía que ir explicando cosas, pero se le daba bien. Y mi padre tiene un horario tan irregular que es imposible que pueda. Además, muchos días tiene horario partido... en fin, es difícil.

-Joder. Mira que echo de menos trabajar... o más bien tener trabajo, pero eso era lo que me tocaba los cojones, no trabajar tantas horas, sino no saber cuántas iban a ser. Habría que darles un toque a esos putos negreros para que no explotaran a la gente así.

Ella asintió. No lo habría expresado con tanta vehemencia, pero estaba de acuerdo en todo lo que había dicho.

-Ya... ¿de qué trabajabas tú antes?

No era un tema que le apasionara a Gustavo y, por ello, le restó importancia con un gesto de la mano.

-De lo que saliera. De camarero, de vendedor... allí en Londres, era más o menos fácil encontrar trabajo, aunque fuera una mierda. Y pagaban relativamente bien.

-Hala, qué aventurero. ¿Y por qué te volviste?

La mirada del chico se perdió en el gotelé de la pared, y en la brumosa niebla victoriana que sus recuerdos magnificaban.

-No sé. Igual, por muy sofisticado que parezca y por mucho que odie algunas cosas de mis compatriotas, sigo siendo más español que la tortilla de patatas. Echaba de menos el sol, los programas de mierda que echan por la tele, los acentos... me di cuenta de que me hacía falta, y el virus fue la gota que colmó el vaso. Igual la cagué.

Ella le contempló, conmovida, admirando una valentía que nunca habría podido replicar.

-Bueno, eso solo lo sabrás en cincuenta o sesenta años... o nunca, quién sabe.

-Qué tranquilizadora.

-¡Oye, que soy sincera!

Lo era, y se lo agradecía. Sin embargo, no pudo ignorar el sabor agrio que esas palabras habían dejado en él.

-Ya, ya.

-¿Y qué es lo que más echas de menos?-preguntó, interesada, queriendo encauzar el tema por derroteros más optimistas-. La comida no, eso seguro.

-Ya, pues... no sé. La soledad, quizás. Volver a mi piso y no tener que hablar con nadie, poder descansar.

Ella asintió, aunque la respuesta no le hubiera gustado nada.

-Algo misántropo, ¿no?

-Puede ser-admitió con una sonrisa, haciéndose el interesante-. Teniendo en cuenta cómo de imbécil es la gente, a veces un libro o una peli es la mejor compañía.

-Bueno. Pero ten en cuenta que los libros que te gustan los escribieron personas. No seremos todos tan imbéciles, digo yo.

Derrotado de nuevo. Y, de nuevo, no le importaba. De hecho, el optimismo invencible y razonado de aquella afirmación le resultó refrescante, aunque le llevara la contraria.

Pasaron otros veinte minutos hablando de la vida, así en general, sin rumbo ni guión, sin pausa ni prisa, hasta que llegó la hora de la despedida. Gustavo esbozaba una sonrisa casi triunfal, una mueca que a cualquiera le habría hecho pensar que había logrado el objetivo por el que había puesto el pie en esa casa.

Gema lo despidió sin salir de la casa, sin acercarse demasiado a su acompañante. Después de esa borrachera de emociones, la timidez se asentaba de nuevo, cual perversa resaca que le hacía avergonzarse de las cosas que había dicho cinco o treinta minutos antes.

Se miraron mucho tiempo sin decir nada. Él inclinó la cabeza ligeramente y acercó la cara a la suya. Ella alzó la mirada hacia arriba, con un estremecimiento placentero. Arqueó las piernas de manera sutil, sus rodillas temblaron.

<<Hazlo>>-pensaron los dos, tratando de prolongar hasta lo insoportable aquel instante compartido entre ambos. Y, sin embargo, su pesado pasado y su incierto futuro les agarraban de las piernas, separándolos, devolviéndolos de golpe al mundo real.

-Bueno, pues... que pases un buen día.

-Igualmente, guapa. La verdad es que ha empezado bien.

Antes de la puerta cerrándose, pudo oírse una risita. Qué mona, joder.

Gustavo caminó por las calles, distrayéndose con el sonido de los pájaros y buscando desentrañar el significado de cada inicial pintada en una pared, sin mirar el móvil en una sola ocasión. Era maravilloso cómo un beso (o una serie de besos, o una caricia en determinadas partes del cuerpo) podía arrojar una nueva luz sobre un mundo que tenía ya visto.

El mundo era maravilloso, o al menos aquellas calles lo eran. A su izquierda, un perro meaba en la calle. Delante de él, un abuelo imbécil le daba consejos decimonónicos a su nieto para que encontrara empleo. Por detrás de él, un cani estúpido escuchaba música a toda pastilla, sin dignarse a compartir con nadie el porro cuyo olor penetraba las fosas nasales del viejo, del nieto y del chucho.

Pero le daba igual. En aquel momento, todos eran figurantes, elementos decorativos de un paisaje que existía para realzar su felicidad. Caminó hacia su casa con la cabeza alta, con la mirada encendida.

Y esa cabeza fue descendiendo poco a poco, y su espalda se fue curvando, al recordar lo que le esperaba allí. Todas las frases que había leído sobre la fragilidad de la alegría tomaron una forma más sólida en su mente, se hicieron carne donde antes solo habían sido teoría.

Subió por las escaleras a propósito, para llegar más tarde. Suspiró.

Mientras tanto, Gema bailó en su habitación, calentando para una sesión de gimnasio en la que lo daría todo. Rió, haciendo un repaso por los momentos incómodos, las pausas, los imprevistos, por esa decisión de no darle lo que quería con demasiada rapidez.

Y, pese a todo aquello, la había llamado guapa. Guapa. ¡Guapa! ¡Qué ciego debía de estar o cuánto debía de estar deseando follársela!

¡Guapa!

Capítulo 6: Cortejo telefónico

-¡Tú qué vas a ser apolítico!-exclamó Gustavo, casi tirando el mando al suelo. Emilio lo había mencionado de pasada, pero le parecía un tema más interesante que las reseñas que le había estado haciendo hasta el momento de coches que nunca podría comprar.

-Que sí, hombre, que te digo que me la suda-aseguró desde el asiento de su nauseabundo Peugeot de segunda mano. A pesar de que le estaba llevando a la entrevista de trabajo de manera desinteresada, aquellas aseveraciones tan categóricas le ponían de los nervios.

-Pero cómo vas a ser apolítico, perro, si el otro día decías que los impuestos son un robo.

-¡Eh, es que eso lo vivo en mis carnes!

-Bueno, como todo el mundo, pero no todo el mundo tiene la misma opinión. A ver, tú estás opinando sobre la organización de la vida pública, sobre cuántos impuestos se deben establecer, sobre el tamaño del Estado... cuando dices que habría que hacer a Amancio Ortega presidente, eso también es política. Al final, aunque te repugne el ejercicio práctico de la política, es imposible escapar porque, como te afecta, acabas opinando, a no ser que lo haga alguien por ti. Los únicos apolíticos son los niños y los subnormales, y no todos.

-No, porque subnormales en política hay unos cuantos...

-Mira, ahí te tengo que dar la razón.

Y, aunque así era, estaba convencido de que Gema habría podido darle una réplica más convincente, de que sus bromas le habrían hecho reír más. Con una rapidez de ninja, sacó el móvil y tecleó la siguiente petición:

"Oye, estoy discutiendo con un amigo y quiero que desempates. ¿Crees que una persona adulta puede ser apolítica?"

Gema contempló el mensaje mientras los criminales reventaban los miembros del agente Murphy en pantalla.

-¡Deja el móvil, que te lo estás perdiendo!

-Sí, sí, ya voy, papá-replicó ella, con un escalofrío, repugnada ante la violencia que aparecía en la película. No se la había imaginado así-. ¿Qué tal en el trabajo?

-Pues bien-mintió Saúl, como siempre-. Bueno, hoy casi tenemos un problema con una chica que no paraba de decir que la comida estaba cruda... pero, a ver, imbéciles hay en todos sitios.

-Ya, la verdad es que sí. Oye, papá, una pregunta, tú que estás iluminado por años de experiencia...

Él soltó la carcajada conformista de alguien al que su hija solía recordarle de esa manera tan cruel cuánto tiempo había pasado desde su juventud.

-A ver, dime.

-¿Tú crees que un adulto puede ser apolítico?

Se lo pensó por unos momentos, algo molesto con el tema pero alegre de que su hija le planteara una duda que no tuviera que ver con la redacción ambigua de sus tests de oposición.

-Pues creo que sí. Yo mismo lo soy un poco, dependiendo del día.

-Ya, pero hay quien dice que todos los adultos son políticos por necesidad porque estos tienen opiniones sobre la política. Que solo un niño podría prescindir de ella.

-No, no. Mira a tu tío Eulogio, por ejemplo. Es de las mejores personas que conozco y le da igual todo. Da igual de qué le preguntes, si del matrimonio homosexual, de los impuestos, del aborto... el tío solo dice que no sabe de esas cosas, y es verdad. Hay gente que, por lo que sea, o porque su vida es muy difícil o porque sencillamente no les interesa, o porque son ignorantes y no quieren informarse, deciden pasar olímpicamente del tema. Y no son precisamente los que dicen que son apolíticos, porque los apolíticos de verdad no suelen saber qué significa eso. Tú, si te preguntan sobre política en un trabajo o en otra situación delicada, hazte la tonta y di que no sabes de esas cosas.

La peli pausada le dio la ocasión de pensar bien su respuesta.

-Vale. Cuando vea al tío Eulogio, le diré que le has llamado tonto.

El modo en que su padre puso los ojos en blanco le hizo reír.

-¡Anda! Pues no se enfadaría. Eso es una lección que conviene aprender: cuando estás discutiendo con alguien inteligente... yo qué sé, un vendedor telefónico o un delegado sindical que te quiere meter en una lista... conviene hacerse el tonto. Ahí el que gana no es el más brillante ni el más culto, sino aquel al que no le importa que le llamen tonto o simple. Si sabes decir "yo no entiendo de esas cosas" y te da igual que te insulten a tus espaldas, tienes la mitad del camino andado.

El problema fundamental con aquella estrategia era que a ella sí le importaba. Por más que sus amigas intentaran disuadirla de ello, Gema tenía que seguir siendo la más inteligente, la más simpática, la más voluntariosa.

<<Ya que no puedo ser la más guapa, habrá que compensar de algún modo>>-pensó melancólica, mientras escribía el mensaje que le devolvió a Gustavo:

"Creo que sí. Hay gente que no se informa, que vive pensando en el fútbol o en sus cosas. Igual la gente que se informa o con cierto grado de pensamiento crítico tiene que ser política sin remedio, pero hay gente a la que de verdad no le importa nada".

Gustavo leyó el mensaje con interés. No le convencía mucho, pero que le hubiera contestado en menos de cinco minutos le agradaba. Detenido en un semáforo en rojo, comenzó a redactar la réplica.

-¿Estás hablando con la piba esa?

-Sí. Y a ver cuándo quedas tú con la rubia.

Aquella frase aterrizó en el orgullo de Emilio como la flecha de una ballesta.

-Cuando ella quiera, que tiene la agenda más llena que el rey de España. Pero no te vayas por las ramas: ¿qué haces contestando tan rápido?

-¿Qué voy a hacer? Pues contestar a lo que me ha dicho. Es lo que se suele hacer en una conversación.

Ya intuía por dónde iban los tiros, pero quiso darle la oportunidad de echarse atrás antes de saltar sobre él con toda la furia de su argumentario.

-Joder, pero a una tía no se le puede contestar tan rápido. ¿Es que no sabes nada? Si haces eso, les demuestras debilidad. Les dices que siempre estarás disponible para ella y se acostumbran. No hagas eso, hermano.

-No, no, por ahí no paso. Tú sabes que, cuando estoy leyendo o echándome la siesta, puedo pasar horas sin contestar. Pero, ya que estoy aquí, no pasa nada por tener una conversación fluida.

Y, sin prestar atención a las quejas de su amigo, tecleó:

"¿Cómo te va la semana? Yo, dirigiéndome a una entrevista de trabajo, así que mal".

Gema expulsó una ligera risa al ver el emoticono que le adjuntaba. Era una tontería, porque ni siquiera era tan gracioso.

-Niña, te veo muy ocupada con el móvil. ¿Tan interesante es lo que dicen tus amigas?

Había hecho una significativa pausa después del "dicen", una que ponía en duda lo de "amigas". Y es que su padre no era tonto, y debía de haber notado el rubor que le había producido su intervención.

-Bueno, es que las discusiones sobre política siempre son muy pasionales. Y el que deja de hablar es el que pierde.

-Bueno, pero que te vas a perder lo mejor...

-Vale, vale, no te preocupes, que ya miro...

Se planteó el dejar de hablar con Gustavo durante unos minutos, para no parecer demasiado desesperada. Se centró en la pantalla de la tele, decidiendo esperar al menos cinco, pero no había pasado ni uno cuando bajó la mirada al móvil de nuevo.

"¡Mucha suerte! A mí mi padre me está obligando a ver *Robocop*. Creía que me iba a gustar, pero...".

Gustavo chasqueó la lengua, jocosamente.

-Mira, Emilio, acabo de descubrir que no es mi tipo.

-¿Y eso?

-No le gusta *Robocop*.

-¡Hostia! ¿Pero ha llegado a la parte donde derriten al pavo ese y le atropellan?

-No lo sé-admitió, divertido-. Aunque supongo que, si no, todavía tiene solución.

Pensó una respuesta rápida, ágil, para continuar con esa conversación.

"¿Pero qué? ¿Pero no te gusta el buen cine, no te gusta la diversión, no te gustan las cosas que molan? En fin, ahí tienes un buen ejemplo de que no puedes ser apolítico ni siquiera con una peli palomitera".

<<Puto pedante>>-pensó Gema, pero lo hizo con cariño. Llevaban hablando unos días y, aunque su buena amiga Silvia le había recomendado que no se pillara demasiado pronto, le gustaba lo que leía. No había soltado ninguna burrada demasiado seria, no se había quejado de que el otro día le hubiera dejado con los huevos llenos. Era un poco raro, pero ella no se preciaba precisamente de ser normal.

-Oye, hija...

-Dime.

-Que, si estás viéndote con alguien, me lo puedes decir, ¿vale, guapa?

Su sonrisa le dijo todo lo que quería saber.

-Bueno. Cuando así sea, te lo diré. Gracias por recordármelo.

Continuó escribiendo, habiendo aceptado resignadamente aquellas demostraciones de afecto propias de un padre que quería creerse más guay de lo que era.

"Ya veremos qué tal está cuando acabe, pero es que tanta violencia gratuita no me gusta nada. No sé, bastante mal está el mundo ya".

"Bueno, no digo que las pelis para niños tengan que mostrar violaciones y desmembramientos, pero está bien que algunas pelis lo reflejen".

"Sí, supongo. ¿De qué es el curro, si se puede saber?"

"De camarero en el Centenario. Un grado por encima de teleoperador y un grado por debajo de sujeto de pruebas".

"Anda, no te quejes, que al menos te han llamado".

"Ya, ya. Oye, ¿te apetece quedar para darme otra paliza?"

"El que nos lea puede pensar que eres masoquista".

"Fíjate, igual acierta".

"JAJAJAJAJA. Pues mira, pasado mañana me viene bien, sobre la hora de la otra vez".

"Va, pues vamos hablando, que tengo que despedirme".

"¡Mucha suerte!"

Gustavo quiso saltar de alegría, anticipando ya lo que iba a suceder. Sus condones parecían brillar desde la cartera, aquella siniestra sombra que siempre se asomaba a su psique se había retirado para ser sustituida por el hambre, por el hambre inmortal, por ese hambre de experiencias y sudores compartidos, de cuerpos desnudos en contacto con el suyo.

Llegaron hasta aquel mugriento restaurante como quien llega al castillo de Drácula, a un lugar que mata todas las esperanzas y acaba con todas las proyecciones de futuro. Ya le parecía oler el aliento a vino malo del tacaño de su dueño, de aquel cerdo miserable que se quejaba de la subida del sueldo mínimo desde su BMW.

Se bajó del coche, mirando la hora: cinco minutos de adelanto. Genial, perfecto, macanudo. Ahora tendría cinco minutos para dudar, para maldecir decisiones pasadas y futuras, para predecir un fracaso dramático y un éxito trágico.

-Gracias por llevarme, tío. Eres un amigo.

-De nada, hombre, ya me contarás.

Antes de cruzar la puerta de aquel antro, dejó un último mensaje a su interlocutora:

"Gracias".

Gema se llevó el móvil al corazón, como un talismán que le protegía de las imágenes cruentas que la película mostraba.

Pensó en lo absurdo del cortejo, en la cantidad de convenciones sociales que enturbiaban algo que los animales entendían mucho mejor que ellos. Había personas a las que eso les provocaba frustración, una gran cantidad de gente que no comprendía los matices de la atracción. A ella no.

A Gema le atraía, con la dulzura tenebrosa de una historia de terror contada entre amigos de la infancia, esa incertidumbre, esa persecución. Se trataba de una peli de miedo que sabía que le iba a provocar pavor, que la iba a herir, que la iba a dejar temblando por las noches, que le quitaría un tiempo que necesitaba para ella. Y, pese a todo, no podía dejar de mirar y de escuchar, ansiosa por saber cómo seguía.

Capítulo 7: Logro desbloqueado

El chat de grupo de las amigas de Gema se llenó de berenjenas y de emoticonos de naturaleza similar, de sugerencias de carácter sexual, de chismes y recordatorios de juergas pasadas. Silvia fue la más bestia de todos, como siempre, recomendándole clínicas abortistas y adjuntando un emoji de bebé a cada una de las fotos que le enviaba.

Ella les pidió que la llamaran si no recibían noticias suyas antes de que pasaran cinco horas, palpó su bolsillo para comprobar que el spray de pimienta seguía allí y se aseguró de esconder los cuchillos más grandes de la cocina en sitios estratégicos donde poder acudir a ellos. También retocó su pelo por enésima vez, dejándolo más liso que de costumbre, y alternó mil veces entre una camiseta con más o menos escote. Optó finalmente por la más discreta, un top verde que ocultaba los contornos de sus pechos.

Revisó el reloj del móvil, tenía tiempo. Examinó otra vez cada centímetro de suelo en busca de alguna pelusa. Cuando finalmente llegó a su habitación, se aseguró de ocultar los mangas más infantiles que tenía y los videojuegos de Mario. Revisó los mensajes de su padre para comprobar a qué hora volvería, y esperó. Y esperó. Y esperó.

El mensaje llegó un minuto antes de la hora acordada.

"Ya estoy aquí abajo".

Se sintió como si un rayo le acabara de caer en el corazón. Ya no había vuelta atrás. Estaba esperando fuera, pasando frío, seguramente tan expectante como ella. Echarse atrás ahora... en fin, pensó en la metáfora de la tirita que se quita lo antes posible y mandó el otro mensaje con rapidez:

"Espero no tener que recordarte el piso. ;)"

Al segundo siguiente, sonó el telefonillo. Ella, cual colegiala, corrió a responder, pulsando el botón que le abrió la puerta. Esperó de nuevo, tomándose el pulso para comprobar que su frecuencia no se había reducido. No supo si aquella era una buena señal o no, y deseó que su amiga Julia no se hubiera mudado a Bélgica para que pudiera leerle las cartas y le asegurara que todo iba a salir bien.

Antes de que llamara a la puerta, ya la había abierto, respondiendo al ruido de sus pasos. Observó que llevaba una camiseta negra y ceñida, una que le permitía apreciar su forma esquelética. No supo discernir si estaba más relajado o más nervioso que la otra vez, y eso le resultó adorable. Fue hacia ella y le dio dos besos en la mejilla, dos besos a los que ni siquiera el tacto frío de sus labios consiguió quitarles el calor que escondían. Agradeció que, pese a lo que había sucedido la última vez, hubiera esperado para mostrarse más atrevido.

-No te has perdido, ¿verdad?

-Uy, sí, en realidad he pasado cinco años en otra dimensión al pasar por tu ascensor.

-¿Sí? Ya decía yo que te veía más maduro.

-¿Maduro interesante?

<<Qué bobo>>.

-Bueno, ya veremos. De momento, vas a hacer una escalera.

Gustavo suspiró, risueño, preguntándose si sería una de esas pruebas que las princesas de cuento solían poner a sus pretendientes.

-¿Eso qué es?

-¿Qué es? Diez combates seguidos sin recargar vida. A ver si eres tan bueno como te crees. Se sentaron de nuevo en el sofá, encendieron la consola y comenzaron a jugar. Gustavo seleccionó a su personaje predilecto y, siguiendo indicaciones de su maestra, entró en el Modo Escalera.

-Hostia, qué coñazo... diez combates sin descanso.

-Anda, anda, no seas tan quejica.

-No, lo digo en serio. Mi disposición enfermiza de tuberculoso romántico me impide jugar... a no ser que tenga una motivación adecuada.

Gema, a la que le parecía vislumbrar sus intenciones, decidió entrar en el juego:

-A ver, dime qué has pensado.

-No sé, no sé... igual, por cada ronda que gane... no sé, me podrías dar un beso.

La miró con una inocencia fingida, con el ademán engañoso de un diablillo.

-Anda, tira. Ya me lo pensaré.

Gema había aprendido hacía tiempo que a la gente no había que hacerle promesas concretas, y menos a hombres con los que estaba sola. Sin embargo, esa sugerencia había despertado una reacción anticipada en la bragueta de su acompañante, que ya daba comienzo a la primera partida.

Contra Musashi. Otra vez. Recordó los consejos de su profesora y usó ataques a distancia, librándose de esa espada del demonio, destrozando a ese samurái con una facilidad que incluso a él le sorprendió. Cada impacto sobre su oponente era, en su hirviente imaginación, una profecía que anticipaba una furiosa embestida entre los muslos musculosos de esa hembra.

-Primer combate ganado, y sin que me toquen. Creo que me lo he ganado, ¿no?

Ella sonrió.

-Venga, cierra los ojos.

Obedeció y, expectante, le pareció palpar la tensión de ella, sus dudas, su miedo. Luego, su determinación. Y, finalmente, un tacto húmedo y breve en su mejilla.

Tuvo que quejarse, sí, pero tuvo que hacerlo con una sonrisa.

-Oye, que esto no es lo que habíamos acordado.

-¿Cómo que no? Yo no te he dicho dónde tiene que ser el beso. Pero, oye, igual si ganas la próxima, el siguiente beso te gusta más.

"Igual". La ambigüedad de esa palabra no le gustó mucho, pero entendía su lógica. No podía culparla.

<<En fin, vamos a ello>>-pensó, cual caballero enamorado-. <<Merecerá la pena, ya verás>>. Quitó la pausa, que había puesto para recibir su beso, y vio a su siguiente contrincante. Sonrió: Elsa. Y, encima, en el campo de batalla maldito, aquella arena repleta de cadáveres y minas antipersona.

-Mira, a esta la conoces. No va a ser tan dura como yo, pero vigila que no te agarre, que como te haga un combo con el látigo...

-Uf, sí, me acuerdo. Vale, deséame suerte.

Ella calló, señalándole la televisión. Así que a eso quería jugar, ¿no? Pues le enseñaría. Le enseñaría bien...

Lanzó su tinta contra la dominatrix nazi, que se retiró, y luego se abalanzó sobre ella, quitándole media vida con sus golpes. Esbozó una expresión de feroz satisfacción, prediciendo lúbricas recompensas a su pericia con el mando.

Y, luego, el látigo de Elsa se cerró en torno al cuello de Wolfgang.

Su personaje cayó al suelo, y un quinto de su barra de vida se desvaneció al instante. ¡Horror! Gustavo palideció, haciendo tanta fuerza al pulsar los botones que pensó que el mando se iba a romper. Se retiró cobardemente y, con los ojos inyectados en sangre, utilizó el mismo ataque a distancia una y otra vez. Otra. ¡Otra! Y, antes de que se diera cuenta, Elsa había caído. Pero llevaba solo un quinto del desafío y le quedaba un quinto de vida.

Miró a su maestra con ojos de cordero degollado.

-Bueno, no ha estado mal, ¿verdad?

Ella suspiró.

-No. Pero, si quieres participar conmigo en el torneo, tendrás que mejorar. Por eso, tendrás que ganarte el próximo beso.

La miró con curiosidad: parecía que la mosquita muerta sabía picar. Bien, le gustaba. De hecho, después del fiasco de aquella entrevista de trabajo, sentaba bien tener delante de sí un desafío con una recompensa tan cercana y alcanzable.

El próximo rival era Jack Slack, un viejo cowboy con pintas de Clint Eastwood.

-Acércate a él, que en las distancias es mucho mejor que tú.

Se sintió tentado de reprenderla por darle tantos consejos: siempre le había tocado los cojones que le ofrecieran ayuda cuando no la había pedido. Le solía parecer condescendiente, y quizá un intento de cobrarse en el futuro alguna deuda moral. Pero, en ese caso, se dijo a sí mismo que lo hacía para asegurarse el beso que era demasiado tímida para pedirle.

Por ello, atacó. Y, en esa ocasión, volvía a atacar con la furia de antaño, pensando en la desastrosa entrevista de trabajo. En las preguntas personales. En el modo en que el dueño,

un personajillo patético conocido en la ciudad como Basilio El Enterao, le había dicho en aquel tono mezquino que los que se mudaban a Inglaterra a trabajar eran unos cobardes que no tenían cojones para fundar su propia empresa y se iban allí para salir de fiesta. Había sentido deseos de arrancarle los ojos a ese cabrón allí mismo, pero había confiado en que aquella declaración se tratara de la primera de muchas humillaciones en una vida laboral triste y dolorosa pero que al menos le permitiera huir de casa.

Y ni siquiera eso había conseguido. Por ese motivo, agradeció poder acercarse a ese John Wayne de baratillo y darle de hostias, tirándolo al suelo en cuanto se levantaba. El vaquero consiguió darle algún golpe que otro, quitándole fracciones diminutas de vida que minimizó bloqueando en el momento justo. Gema asentía, contenta con su progreso, y aplaudió cuando el combate llegó a su fin. Gustavo cerró los ojos sin preguntarle siquiera si había premio o no. El premio fue breve, casi tan breve como el anterior, pero la brevedad era mucho más dulce en los labios.

-Venga, adelante.

Le sacó la lengua, burlándose de la rigidez de aquella mujer que se negaba a darle un beso si no cumplía. Fijó la mirada en las veinticuatro pulgadas de ese televisor para comprobar el nombre de su siguiente enemigo: Tutankamón, dentro de su mausoleo. Bien, este lo tenía dominado. Lo tenía bajo control.

O eso pensaba.

A pesar de sus saltos, los combos del enemigo le agarraron del pie, le tiraron por toda la tumba, rompiendo los dos sarcófagos interactivos que los programadores habían instalado en un ejercicio de sadismo extremo. Palideció, viendo peligrar su premio, y atacó con cuidado, retirándose para golpearle con sus combos a distancia. Cuando finalmente logró reducirlo, le había quitado más de media vida.

-Lamento no haber estado a la altura del desafío, mi señora. Sin embargo, si en su extrema generosidad me hiciera el hon...

Ni siquiera le dio tiempo a acabar. El beso que aterrizó sobre sus labios fue tan placentero como los anteriores pero mucho más largo, mucho más húmedo. Y quizás, en honor a la verdad, algo más placentero. Solo un poquito.

-Venga, guapo, sigue.

Siguió. Y el siguiente rival era...

Miró a Gema, jocosamente.

-Wolfgang. Genial. A este me lo conozco.

-Sí, y además es sencillo. Venga, tú puedes.

Dio comienzo al combate, cargado de esa confianza que suelen dar los besos, queriendo demostrarle a su interlocutora que dominaba los combos más complejos. Haciéndose el chulo delante de esa interfaz digital para impresionar a su acompañante de carne y hueso.

Pero la máquina, quizás ofendida por su vanidad, decidió truncar sus planes por completo. Pese a su débil constitución de tuberculoso, el Wolfgang virtual destrozó por completo al real, con numerosos combos encadenados y una serie de puñetazos que le tiraron al suelo, sin posibilidad de defenderse. Intentó contraatacar, pero el bloqueo de su contrincante impidió que le hiciera un daño significativo.

Un barroco letrero marcó su derrota, y él dirigió la mirada a una decepcionada Gema que hacía todo lo posible por contener la carcajada.

-Fíjate, he conseguido derrotar a una momia, a un samurái, a un vaquero y a una nazi maligna, pero no a mí mismo. Hay una metáfora ahí escondida.

-No muy escondida, que no te has comido la cabeza demasiado. Pero sí, menuda decepción. No te has ganado un beso, ¿eh?

-Bueno, pero tú sí te has ganado un premio. Si quieres, el beso te lo puedo dar yo.

Acercó su rostro al suyo, esperando el pistoletazo de salida que le permitiría convertir su éxito en fracaso. Sin embargo, ella le detuvo con un dedo en sus labios:

-No, no. Mejor dame...

Apuntó a su camisa con los ojos, sin atreverse a decirlo, con el encanto incombustible de la sutileza. Y tan sutil fue que Gustavo se quitó el primer botón con una lentitud agónica, con el sudor cayéndole por las sienes, a la espera de que decidiera echarle de su casa con un grito por no haber entendido bien su insinuación.

Pero ella se limitó a morderse el labio inferior.

Se despojó de esa prenda, mostrando a su compañera un cuerpo raquítico en el que se podían adivinar los contornos de sus costillas.

-Vaya, qué... qué delgado.

Lo había dicho con una sonrisa, pero estaba claro que suponía una decepción. Gustavo evitó pensar en esa incómoda realidad: a pesar de que había intentado combatir su delgadez yendo al gimnasio y comiendo más en numerosas ocasiones, cada micra de grasa adicional le había recordado a esa bola de sebo que solía gritarle desde el sofá de su casa.

Pero no era el momento de pensar en ella ni en nadie más. Era el momento de combatir, de triunfar, de jugar a un juego que se le daba mucho mejor que el *Tempus Fighting*.

Se acercó al cuello de la chica otra vez, creando una escalera de besos hasta llegar a sus labios. Mientras tanto, sus manos se cerraban sobre unos pechos cuyo tamaño era mucho mayor que el que la camiseta había sugerido. Eso le hizo salivar sobre la tela, y aquello provocó que Gema emitiera un gemido ahogado, a medio camino entre la preocupación y la excitación traviesa de un niño desobedeciendo a sus maestros.

Él le mordió la oreja cual gato doméstico, con un salvajismo impregnado de delicadeza que a ella pareció entusiasmarle. Tal vez para aplacar esa leve brutalidad (aunque ni él mismo lo

sabía), le compensó con besitos en el lóbulo. Le acarició el pelo, le lamió la mejilla. Un escalofrío placentero recorrió ese adorable cuerpo femenino.

-Oye...

-Dime-replicó ella, entre suspiros.

-Si hago algo que no te gusta o lo que sea, dímelo, ¿vale?

Ella asintió y se incorporó. Por un momento, Gustavo creyó que le iba a echar de su casa otra vez, pero le ofreció la mano en su lugar. Él la agarró, gozando al ver el guiño de sus ojos:

-No quiero dejar el sofá hecho un desastre.

Corrieron por el pasillo como cervatillos por un bosque, y cada fisura diminuta en la capa de pintura que cubría las paredes era más bucólica que cualquier paisaje que ninguno de los dos hubiera contemplado en su vida. Llegaron hasta la habitación, donde las sábanas rosas eclipsaban todo lo demás.

Se lanzaron sobre la cama sin intercambiar ni una sílaba. Ella le aguardó allí, con las piernas abiertas. Él se acercó con una lentitud depredadora y le desabrochó el cinturón para después hundir la cabeza en su sexo rasurado y ya húmedo.

-Parece que me esperabas, ¿eh?

Ella se tapó la cara con la almohada para que no pudiera constatar su rubor y así poder acallar esas demostraciones de chulería que tanto le hacían dejar a un lado sus precauciones y las lecciones que había subrayado en su ejemplar de *El valor del miedo*.

El tacto rápido de su lengua hizo que se olvidara por completo de ellas.

Gema le clavó los dedos en el cuero cabelludo mientras él seguía explorando su interior. Pronto, sus huesudos dedos también se introdujeron en ella, penetrándola y acariciando su clítoris. Estaba pasando. Joder, joder, joder, estaba pasando de verdad.

-Ya-jadeó después de unos cinco minutos, cubierta de sudor-. Hazlo ya.

No hizo falta que le dijera a qué se refería.

Sacó el preservativo y se desabrochó los pantalones. Se colocó el condón con la torpeza reglamentaria, pero con una erección rabiosa que se negaba a ser derrotada por esas inconveniencias. Ella le miró, divertida, esperando el primer contacto con una curiosidad nerviosa y tiritante.

La cópula tuvo sus altibajos, sus pausas, sus momentos embarazosos. Pero, durante la mayor parte de esos cuarenta gloriosos minutos, sintieron una conexión aparentemente imborrable, un placer que no se saciaba con nada. Él se sorprendió gratamente ante el vigor hercúleo de sus piernas, y ella ante la habilidad que él tenía para parar en el momento justo antes de correrse.

Hubo besos, caricias, tirones de pelo, competiciones por situarse encima del otro. Pero, por encima de todo, hubo miradas. Dudas.

<<¿Le estará gustando? Qué cuerpo tan atractivo, qué cara tan agradable, qué voz, qué gruñidos... ojalá no se acabara nunca>>.

Y da igual quién pensara esto, porque en ese momento de unión se sentían como si fueran uno solo. Y, como cuando jugaban, todos sus problemas quedaban postergados de manera indefinida.

Al terminar, se miraron de nuevo, sorprendidos momentáneamente por el pintoresquismo de una situación como esa: mostrándose ante un desconocido tal y como eran, sin filtros de Instagram, sin ingenio ni improvisación que pudieran distraerlos de la verdad desnuda de sus cuerpos y sus apetencias. Luego podrían mentir, podrían cubrir sus vergüenzas con una capa de falsedades, pero ahora eran ellos mismos, y les gustaba lo que veían.

Jadeando, Gustavo le acarició su torneada espalda.

-Ha estado bien, ¿no?

Gema asintió, sin querer admitir que, como le sucedía a él, era el mejor polvo que había echado en años. Y, en el caso de ella, el primero en año y medio.

-Ha estado muy bien. ¿A ti te lo ha parecido?

-Joder, claro. Y, además...-echó un vistazo a sus pantorrillas y a su abdomen, un vistazo que se consideraría grosero si no acabaran de hacer lo que habían hecho-... joder, tiene mucho mérito ese cuerpo tuyo. ¿Cuánto vas al gimnasio?

-Tres o cuatro días a la semana. Normalmente, cuatro.

-Pues se nota, joder.

-Gracias-repuso, convertida en una niña frágil y diminuta frente al halago de un maestro-. Por desgracia, esta cara no hay gimnasio que la arregle.

Él le acarició el pelo: ese tipo de comentarios tan despectivos hacia uno mismo le recordaban demasiado a su yo adolescente. Para mal.

-Qué va, a mí me gusta tu cara.

La muchacha torció el gesto.

-No serás un fetichista, ¿no?

-¿Un fetichista de qué? ¿De las caras?

Ella pareció arrepentirse de haberle hecho esa pregunta, pero también entendía que no había escapatoria después de haberlo dicho.

-Bueno, yo... a ver, una vez un tío me decía que le gustaba mi cara, pero me di cuenta de que era un fetichista de las narices.

Lo explicó con la voz ahogada, lo que evitó que Gustavo riera tan fuerte como quería.

-Pero... mira que yo soy un puto cerdo, pero no sabía que eso existía.

-Pues sí-le confirmó, retomando su seriedad-. Ese tío decía que mi cara era hermosa, que era un cuadro... nariz helénica, decía el cabrón. Cuando se la chupaba, me solía guiar la nariz

para que le recorriera la vena de la polla, y una vez... ahí fue cuando dije "basta"... me pidió que esnifara su semen. Ya sospechaba de él, y entonces me di cuenta.

Aquel relato le resultó desagradable a Gustavo, que no pudo producir ningún comentario ingenioso para aliviarlo. No se trataba únicamente de lo malo de la experiencia, sino del hecho de que esa pobre chica solo concibiera su atractivo si este estaba supeditado a un fetiche. Ni que fuera tan fea como él.

-La verdad es que eso que haces con la lengua ha estado... ha estado muy bien-le felicitó Gema, dando un giro a esa embarazosa conversación.

Él se sintió en la gloria al escucharlo, con un orgullo simiesco que le distrajo de la posibilidad siempre presente de que estuviera mintiendo.

-Me alegro. Joder, la verdad es que tú también has estado estupenda. Muchas se están quietas todo el rato, ¿sabes? Pero tú, con lo tranquila que parece...

Su silbido resultó en una risotada compartida por ambos. En aquel estado primitivo, cualquier sensación se multiplicaba por mil.

-Pues me han quedado ganas de venir a jugar más veces.

-¿Sí? Pues venga, vamos, que nos quedan todavía un par de horas para practicar.

Ella se levantó de un salto mientras que él se desperezó, exagerando su desidia.

-Bueno, ¿y esta batalla quién la ha ganado?

-¿Quién? Pues yo, claro.

Le dio un cachete en aquel culo de grandiosas proporciones.

-Yo no estoy tan seguro... pero, oye, te concedo la victoria. Y ya sabes cuál es el premio.

Aproximó sus labios a los de Gema, posando un beso breve y casi recatado, más cariñoso que visceral.

Capítulo 8: El sonido de un clic

-Venga, bro, no lo conoces bien.

-Ya, tío, ya, pero me da un perezote...

-Venga, Gus, macho. ¿Por qué? ¿Es que te parece un tío desagradable?

-Sí, esa es la palabra. Desagradable. A la vista, al oído, al sentimiento y a la razón. Las pocas veces que lo he visto me ha parecido un capullo. Y no me llames "Gus", Emilito.

-¡Bro!-exclamó él, encogiéndose ante aquel apodo que solía utilizar su madre-. Ya sabes que no me gusta que me llamen así.

-Y a mí no me gusta que me llamen "bro". Ni que no me avisen de que voy a quedar con alguien más.

-Tío, eres demasiado tímido.

-¡No, no, no!-se quejó Gustavo-. Antes era muy tímido y algo misántropo, pero he cambiado con la experiencia: ahora soy algo tímido y muy misántropo.

-Como usted diga, señor filósofo. Pero no me digas que no te apetecía volver aquí.

El Centenario era un lugar desastroso desde una perspectiva culinaria, sanitaria y hasta humanista, pero tenía tantos años que se había convertido en una institución dentro del pueblo. No tenía cien años como aseguraba su nombre, pero la máquina de arcade rota que hacía una reverencia ante la diana de dardos era una muestra de su venerabilidad. La experiencia era un grado y, aunque no hubieran contratado a Gustavo después de esa entrevista tan humillante, tenía que admitir que las sillas de plástico de ese lugar le provocaban una tremenda nostalgia.

Además, las tapas descongeladas que servían eran abundantes, como podían atestiguar las patatas bravas que Guille tenía en su mesa.

-¡Eh! ¿Qué pasa, chavales?

Gustavo se esforzó en sonreír, aunque ese chaval le siguiera pareciendo un fante. Se habían visto alguna vez desde la fiesta, pero esas camisetas anchas y esas cadenas le seguían provocando tanta repugnancia como la primera vez.

-¿Qué pasa, Quevedo?-le dijo a Emilio-. Y tú colega el Drácula, a ver si nos vemos más a menudo.

Su obsesión por los motes que solo él usaba era solo una de las muchas razones por la que Gustavo le odiaba. Pero, en fin, habría que soportarlo por su amigo.

<<Hoy por ti, mañana por mí>>-pensó con cinismo.

Y, así, pasó diez minutos haciendo asentimientos y negaciones monosilábicas a los comentarios que sus contertulios hacían sobre coches deportivos y criptomonedas. Lo odiaba. Odiaba no solo esos temas, sino sentirse estúpido, quedarse fuera de la conversación, que ninguna de sus lecturas o sus reflexiones sirviera para evitar quedarse con

cara de bobo. Que su ingenio languidciera, atacado por la vacuidad pragmática de esa conversación.

Su mirada se fue perdiendo en las distintas conversaciones que sucedían en ese entorno cerrado y oscuro. Y, entonces, un rayo de luz entró al abrirse la puerta, y tuvo que saludarlo con la mano. Emilio, a su lado, se incorporó para desconcierto de Guille, y chilló con entusiasmo:

-¡Eh! ¡Silvia!

Iba acompañada de sus amigas Carmen y Gema, pero su amigo solo tenía ojos para ella. Gustavo, por su parte, dirigió los ojos hacia esa chavala discreta vestida con una sudadera y unos pantalones de chándal, cuyo sudor denotaba una actividad física reciente. Desde luego, destacaba junto a sus dos amigas... y, para él, no solo por su ropa.

Las chicas se sentaron junto a ellos, con tres sillas que colocaron como pudieron en aquel reducido espacio. Guille saludó a Silvia, que respondió con una sonrisilla que pareció sentarle como un tiro a Emilio.

-¿Cómo te va? Que ya casi no te pasas por mis fiestas.

-Es que estoy muy demandada-se burló, altiva. A Gustavo le pareció de esa clase de mujer que disfruta más de la atención del sexo opuesto que del sexo en sí-. Hola, Emilio.

A este se le iluminó el mundo al oírla. A Gema le pareció de esa clase de hombre que se obsesiona con cualquiera que le preste un mínimo de atención.

Pero ninguno de ellos se preocupó mucho por ello.

Los dos jugadores se situaron el uno frente al otro, ayudados por unos amigos que habían oído con pelos y señales lo que había sucedido hacía tres noches. Estos se pusieron a hablar con Guille mientras ellos dos se miraban, algo incómodos por ese encontronazo tan fortuito.

-¿Qué? ¿Cómo te va?

-Bien, bien. Oye, el plazo para apuntarse en el concurso termina pasado mañana.

-Hostia. ¿Y qué vas a hacer al final?

Ella le apuntó con sus pestañas, tratando de ocultar con su coquetería la seriedad soterrada de aquella pregunta.

-No sé. ¿Has estado practicando, como dije?

Asintió, y lo peor era que no mentía. Eso sí, había recurrido a algún atajo sucio que solo funcionaba contra la máquina, pero se había pasado el juego entero cinco veces, y había llegado incluso a superar el desafío de la escalera.

-Recuerda las capturas que te mandé.

-Oye, oye, que las capturas se pueden falsificar. Y... mira-dijo en un susurro-, yo esto me lo estoy tomando en serio. Quiero el dinero, y a ti tampoco te vendría mal. Si no quieres jugar conmigo, podemos seguir...-juntó los dedos, en un gesto adorablemente infantil... ya sabes.

Y no habría ningún problema. Pero quiero saberlo. Quiero saber si te comprometes a participar conmigo hasta el final.

Él movió la cabeza en un gesto afirmativo, aunque se sintió como si estuviera aceptando una proposición de matrimonio.

-Sí, claro. La verdad es que me he picado, y sobre lo otro... bueno, también me apetece seguir haciéndolo.

Carmen, que había escuchado la conversación, esbozó una sonrisa discreta que le hizo agradecer a Gema que Silvia estuviera demasiado ocupada toreando a sus dos pretendientes.

-Pero, chicos, que con tanta competición de pollas os habéis olvidado del auténtico conquistador de esta mesa-observó de pronto su amiga, como si le hubiera leído el pensamiento-. Yo estoy enganchadísima a esta telenovela.

A Emilio casi se le salieron los mocos de la risa. Gustavo se encogió de hombros, Gema agachó la cabeza y Guille miró de un lado a otro con una evidente confusión.

-¿Este? ¿Qué has hecho ya, perro?

Él torció el gesto: solo su amigo le llamaba así. Iba a abrir la boca para dar una respuesta educada, pero la actitud incómoda de Gema fue respuesta suficiente.

-¡Hostia, vosotros dos!-comprendió ese chaval-. Ah, bueno, no os conozco, pero pegáis bien juntos... a ver, lo importante al final es que haya compatibilidad...

Ella alzó la mirada, consciente del retintín presente en esa frase. Siempre le decían eso, normalmente no con tanta malicia, pero sí con una clara intención de hacer referencia a su belleza, o a la falta de ella. No fallaba. Lo importante es el interior, las feas follan mejor porque puede ser la última vez... no, no fallaba nunca.

-¿Y qué sería lo poco importante?-preguntó Gustavo, en un tono cortante, poniendo de manifiesto la oscuridad latente detrás de sus chascarrillos habituales. Su interlocutor quedó descolocado por unos segundos antes de que Emilio interviniera:

-Sí, sí, Gus está hecho un seductor. Se lía con unas pibas que... bueno, me voy a callar.

Durante la pausa que hicieron las chicas para pedir (un roncola para Silvia, una cerveza para Carmen y una botella de agua para Gema), el ambiente se volvió enrarecido y tenso.

-¿Ah, sí? ¿Y eso?-preguntó Carmen finalmente, haciéndole el trabajo sucio a su amiga-. A ver, no te ofendas, pero no pareces tampoco un supermodelo.

Una media sonrisa adornó su flaco rostro.

-No sé. Supongo que algunas confunden mi despreocupación y mi falta de ganas de vivir con una inquebrantable confianza en mí mismo.

Gema tuvo que darle un amistoso puñetazo en el brazo, pero no se quitó de encima aquella afirmación tan preocupante que le provocó un arrebató de celos irracionales. ¿Y si la estaba usando solo para follar? Bueno, nunca habían dicho que fueran nada más que eso. Es más,

lo acababa de conocer. Qué coño, quizás lo que necesitara ahora era echar un polvo de vez en cuando sin pillarse mucho de nadie.

<<Más fácil decirlo que hacerlo>>-pensó, barruntando las distintas posibilidades, los diferentes cursos de acción a tomar.

Ese grupo formado sobre la marcha consumió su primera bebida entre chascarrillos y flirteos, y el camarero pronto tuvo que servirles otra ronda. Gustavo se fijó en él: un hombre de unos cincuenta años. A pesar de que odiaba al dueño con toda su alma, Gustavo tenía que asumir que probablemente necesitaba el trabajo más que él. Por más que le jodiera, había hecho bien en contratarlo.

-¿Y estabais jugando a un videojuego?-preguntó Guille, después de otra copa-. A mí me mola el *Fortnite*, pero no conozco muchos. ¿Cuál es?

-El *Tempus Fighting*-respondió Gema, y su interlocutor chasqueó los dedos.

-¡Coño, ese lo jugaba yo! Joder, chaval, menudas partidas me echaba con el Andrés y el Matías. Y menudos porrillos nos echábamos mientras tanto... bueno, esos nos los seguimos echando.

Soltó una carcajada solitaria, acompañada por las risitas incómodas de Silvia y de Emilio. Aquella era una de las razones por la que Gustavo había dejado los porros: aquella subcultura de paletos con camisetas de Bob Marley que se aseguraba de presumir de su vicio en cada interacción que tenía con los demás. Quizás ni siquiera se trataba de la mayoría de fumadores, pero eran un grupo tan visible que el solo olor de la marihuana ya le ponía enfermo.

Gema no había probado un porro en su vida, pero esa risotada también le pareció patética. Se miraron, compartiendo aquel odio cómplice.

-¿Y qué personaje os gusta más?-preguntó Carmen-. Yo, cuando jugaba con mi hermano, siempre me cogía a María Antonieta. Por los vestidos y eso.

Gustavo inclinó la cabeza hacia ella.

-¡Gracias! ¿Ves, Gema? La estética también importa. Y más en un juego de lucha, claro: ahí no puedes tener una gran historia porque está supeditada a los combates, no tiene un mundo abierto y extenso... tiene que seducir con sus personajes, que es lo único que tiene. Y, por eso, no puedes poner a un caballero estándar y darle un desarrollo de personaje, sino que tiene que entrar por los ojos desde el principio. Tiene que tener un origen atractivo, un aspecto atractivo y unos combos atractivos. Es un ejercicio de síntesis creativa que tiene mucho mérito. Por eso los juegos de lucha tienen los mejores personajes.

Su amigo hizo un gesto burlón, acostumbrado a aquellas disquisiciones repentinas sobre cualquier chorrada. Carmen hizo un par de anotaciones feministas sobre la vestimenta de los personajes femeninos en esos juegos, y Silvia y Guille siguieron a lo suyo. Gema, por su

parte, se limitó a beber de su agua, y a pensar en lo que había dicho. Le gustaba, hostia, sí que le gustaba.

<<Mierda>>.

-Oye, oye... Carmen, ¿no? Yo no estoy de acuerdo con eso que has dicho. Los personajes masculinos también van enseñando los abdominales.

-Ya, Emilio, pero no es una fantasía sexual, sino de poder.

-Joder, pues deberías ver los fanarts que hay por ahí...

Pasaron un rato más en aquel lugar, soportando el olor a tabaco que el dueño llevaba consigo desde su nacimiento y hundiendo sus alitas en la escasa mayonesa que les había puesto de forma tan magnánima.

A la salida, Carmen se llevó a casa a una Silvia borrachísima que cantaba viejas canciones de Sonia y Selena. Guille y Emilio fueron a pillar hierba para ver un partido de fútbol.

Gema y Gustavo se quedaron solos a la salida de ese lugar, y él se ofreció a llevarla a casa. La ciudad era tranquila y segura, pero eran las nueve ya y la oscuridad se apoderaba de las calles. Además, los barrios por los que tenían que pasar no eran los más aconsejables, aunque era más probable que se encontraran simplemente con alguna escena desagradable que con una puñalada.

-Que sepas que está mi padre en casa, ¿eh?

-Oye, oye, que a ver si te crees que me ofrezco a acompañarte solo para follar. En el fondo, soy un tío sensible. Y, a veces, incluso inteligible.

Puso su mano en torno a sus hombros, y le pareció que ella ronroneaba de gusto. Por muy evolucionados que estuvieran, el tacto de otro mamífero seguía siendo una sensación que ninguna película ni ningún videojuego podía evocar del todo.

-Madre mía, tus colegas han estado babeando por Silvia... suele tener ese efecto en los hombres, pero la verdad es que ha sido pat... exagerado.

Iba a decir "patético", pero su bonhomía natural le impidió decir lo obvio.

-Bueno, que el de los tatuajes no es mi colega, ese se ha venido de acoplado.

-Pues menos mal...

-¿Y eso?

-No sé, no... no me ha caído muy bien.

-Lo cual es otro modo de decir que es un cabrón.

Ella se retiró unos centímetros, con timidez.

-Puede ser.

-Oye, que yo no voy a ir diciéndolo. Con lo cotilla que es la gente, entiendo que seas tan reservada, pero yo... bueno, ahora que lo pienso, sería una tontería intentar convencerte de que soy distinto. Ya te irás dando cuenta.

-Vaya, qué especial eres-se burló, dándole un beso. Sus narices enrojecidas por el frío se frotaron, y en ese momento todo les pareció hermoso. Incluso el niño que estuvo a punto de darles con la pelota, que habría suscitado normalmente un gruñido en Gustavo o un respingo en Gema, pasó desapercibido. Estaban demasiado ocupados mirándose, y la gente a su alrededor lo sabía. Aquellos a los que Cupido no había favorecido con sus flechas trataron de ocultar su frustración, mientras que los viejos sonrieron de manera cómplice al ver sus carantoñas.

Llegaron hasta la puerta sin saber qué eran el uno para el otro ni qué sentían exactamente, pero con una felicidad contagiosa en su rostro. Se besaron frente a la entrada del edificio donde ella había pasado toda su vida, y se acariciaron al separarse.

-Luego te paso el enlace para apuntarte, ¿vale?

-Que sí. Y... oye, me lo he pasado de puta madre.

-Yo también.

Se despidieron con un pico, ignorando los mensajes de móvil que les llegaban de sus envidiosos y excitados amigos. Ya habría tiempo de contestarlos.

Al llegar a casa, Gustavo ya tenía en su bandeja de entrada el enlace, así como los datos necesarios para hacer la inscripción en nombre de los dos. Entró en la página del torneo, y se sorprendió ante la calidad del sitio y ante la gran cantidad de regiones en las que se celebraría un concurso similar. Quizás, después de todo, sí estuvieran interesados en una segunda parte. Si se llevaba el pastón del premio, igual hasta se la compraba y todo.

Apuntó su provincia, nombre y apellidos en el formulario, y citó a Gema como su compañera. Miró la fecha en la que empezaría el concurso, y se imaginó a sí mismo consumiendo cantidades profusas de Mountain Dew y Doritos mientras vociferaba contra sus rivales como un energúmeno. Así y todo, tecleó con rapidez, hasta llegar al botón de "enviar".

Ahí fue cuando se detuvo. Justo ahí fue cuando el movimiento del cursor llegó a su fin. Al pensar en todos aquellos proyectos que había dejado a medias, en las causas e ideologías que tan importantes le habían parecido y de las que ahora se burlaba a diario, en todas las personas por las que habría dado la vida en el pasado y que ahora no saludaba por la calle. Comprometerse, aunque fuera para algo tan nimio como eso, le costaba más esfuerzo conforme iban pasando los años.

El sonido del clic le pareció fatalista y emocionante al mismo tiempo.

Capítulo 9: Encuentro aleatorio

En su móvil, Sting expresaba preocupación por el hecho de que el hermano de su ex (que, para más inri, medía más de dos metros) fuera a hacerle una visita. En su casa, las piernas de Gema temblaban, después de las otras tres series de planchas que había hecho antes de esa.

Había estudiado toda la mañana en una sesión intensiva, consciente de que Gustavo vendría para practicar por la tarde, y ahora estaba haciendo los ejercicios que se había impuesto durante los días que no podía ir al gimnasio. En ese momento, con los brazos apoyados en el suelo y el tronco elevado, contenía los temblores de su cuerpo mientras el cantante de *The Police* se quejaba de que nadie escuchaba nada de lo que decía.

Y, conforme la letra de esa triste canción continuaba, pensó en parar. En hacer caso a sus glúteos y a su espalda, en detenerse antes de la marca de los dos minutos que se había propuesto. La música ayudaba, sí, pero seguía siendo demasiado para ella. Dos minutos de sufrimiento, de promesas incumplidas de su metabolismo deficiente. Dos minutos que podía acortar en un segundo, solo por esa vez. No pasaba nada por saltarse el entrenamiento una vez, ¿no?

Sí pasaba. Porque sabía que, si un día no entrenaba, si no estudiaba, si no practicaba con el *Tempus Fighting* antes del torneo, fracasaría como la estúpida mediocre que era. Sabía que tenía que aguantar y, si la memoria no le fallaba, ya iba por el minuto y medio.

<<Solo un poco más>>-pensó, mientras Sting le decía a su amada que ese sería su último adiós. Quedaba poco para que amenazara con suicidarse, y entonces podría detenerse.

Cuando eso sucedió, exhaló un suspiro de alivio y cayó al suelo para levantarse después de diez segundos de silenciosa celebración.

Comió sus tortitas de maíz con natillas de proteínas, se dio una ducha rápida y se puso ese vestido blanco de lino que había comprado en AliExpress hacía tiempo y que no se había atrevido a ponerse hasta el momento. Miró la hora y, gracia bendita, comprobó que le sobraban veinte minutos. Durante los diez primeros, repasó los apuntes de ese día y, durante los otros diez, ganó un combate a la computadora en el *Tempus Fighting*.

Cuando sonó el timbre, sin embargo, le pareció que todo su día había sido inútil, que nada le podía haber preparado para el temblor de su espalda. Y no era por él (apenas lo conocía), sino por esas sensaciones que llevaba años sin experimentar.

Gustavo llevaba un jersey de abuelo que solo acentuaba esa mirada peligrosa que tanto gustaba a Gema. También llevaba un pack de seis cervezas buenas que ella contempló con ambigüedad.

-Mira, he venido y he pensado que, como me dejas quedarte en tu casa, no estaba bien venir con las manos vacías.

Ella vio esas seis latas con una sonrisa de circunstancias.

-Claro, muchas gracias. Pero, para la próxima vez que quieras llevarme licor, que sea en bombones.

Se lo había dicho con una entonación desenfadada, pero se lo tomó como una prueba, como una suerte de interrogatorio sobre cuáles eran sus intenciones más allá del torneo. Un bombón no es lo mismo que una cerveza, y los dos lo sabían. Un bombón era una flor, una carta en forma de corazón, una muestra de cariño. Un riesgo, al fin y al cabo, que no se iba a tomar todavía. Y ella lo aceptaba, pero le había advertido: lo estaba esperando.

-Bueno, pues vamos a ponernos con ello, ¿no?

-¿Con el juego?-preguntó ella, coqueta.

Él se acercó a Gema, posando un beso en sus labios. Luego, otro. Un batallón de besos fugaces en vez de un gran bombardeo de un solo morreo húmedo. Una guerra de antes del tanque y la metralleta, con sus casacas azules y rojas y sus códigos carpetovetónicos de honor. Pero una guerra, al fin y al cabo, y el acercamiento fue tan certero como una bomba nuclear.

-Vamos a la habitación-susurró ella. El ejercicio la había puesto cachonda, y el sexo que habían tenido la semana anterior había contribuido a despertar dentro de ella a la bestia dormida por meses de estudio y una adicción no reconocida a la cafeína. Su libido estaba allí, de nuevo, y de nuevo su juicio se veía nublado por el bulto en los pantalones de su amante. Al llegar a su habitación, él echó un vistazo a los cómics de sus estanterías, pero no tuvo tiempo de analizar sus gustos, ya que ella le indicó con un gesto que se tumbara. Eso hizo, mirando hacia arriba, sonriente.

-Hoy no hagas nada, ¿vale?-le avisó ella, acariciando su cuerpo-. Hoy lo haré todo yo... así que pórtate bien.

Gustavo asintió, complacido ante aquel lado tan distinto de ella, tan dominante, tan seguro. Lo que no sabía era que ella lo hacía para mantener el control, para asegurarse de que él volvía. Para sentirse poderosa, pues... ¿qué era el sexo sino una extensión del poder? O, tal vez, era al revés.

En cualquier caso, Gema se sintió poderosa como pocas veces en su vida al desabrochar su bragueta y extraer un miembro endurecido, cargado de apetitoso jugo. Lo acarició, juguetona, habiendo olvidado prácticamente cómo se sentía una al tener entre sus manos el placer de un hombre. Rozó sus genitales con sus dedos, lentamente, dando besitos a aquel pene que ya deseaba tener dentro de su interior. Pero quería hacerle esperar.

Se lo metió prácticamente entero en la boca, y disfrutó al ver el modo en que el mero tacto en esa zona tan sensible hacía que su cuerpo experimentara espléndidas convulsiones.

-Así... así, joder, así... qué buena eres...

-¿Sí?-preguntó Gema, liberando su boca-. Bueno, si quieres acabamos ya... ya que te ha gustado tanto, estarás satisfecho con esto...

Él se había convertido ya en un animal, en una bestia incapaz de pensar con ninguna parte del cuerpo situada por encima de su entrepierna.

-No, por favor... por favor, fóllame...

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Se despojó de sus ropas, mostrando ese cuerpo esculpido con esfuerzo y sufrimiento, hecho para el placer. Trepó por su cuerpo y se situó encima de él.

Y, entonces, botó con vigor y gracia, con una pasión indómita. Él, desde abajo, daba embestidas ocasionales que provocaban que ella chillara, en un intento de aportar su granito de arena a aquella cópula competitiva, sudorosa, en la que la sumisión y la dominación iban cambiando de bando conforme pasaba el tiempo.

Cuando terminaron, permanecieron unos minutos abrazados, con el cabello pegajoso de ella en el pecho de él, con sus pieles cubiertas de una capa de humedad que testimoniaba la calidad de ese polvo.

-Bueno, pues... ha estado muy bien, no te voy a mentir.

-¿Por qué tendrías que mentirme?-preguntó él, que compartía el sentimiento-. Quiero decir, hay mucha gente que no quiere decirlo porque teme que está mostrando debilidad, o que eso dará mucho poder a la otra persona, o porque somos demasiado orgullosos... pero creo que deberíamos decirlo más, aunque sea por cortesía. ¿Qué tal el polvo? Muy bien, ¿y tú?

-¿Algo más que instaurar como costumbre poscoital?

-No estaría mal invitar a la otra persona a... no sé, a unas galletas con leche o algo, como gesto de apreciación.

-Pues no tengo galletas, pero unos cereales de avena con leche sí te los puedo hacer.

-Bueno, no me entusiasma la comida para gallinas, pero algo tendré que tomar para reponer fuerzas...

-Pues, como no prefieras una barrita de proteínas...

Se encogió de hombros, resignado, y se puso la ropa. Ella le imitó, con un rostro algo compungido.

-A ver, que si quieres bajamos al chino y compramos algo de bollería. Es que yo no tengo nada con mucho azúcar aquí...

-No, no, estaba de coña. Dame el pienso, que yo me lo como.

Pensó en cuántas veces habría puesto los ojos en blanco desde que lo había conocido, y en cuántas veces lo había hecho en serio. Muchas y muy pocas, respectivamente, y aquello parecía ser una buena señal.

Los cereales resultaron estar ricos, pero no tanto como la conversación. Ambos hicieron una exposición detallada (y, por qué no decirlo, atropellada) de sus sueños rotos de la adolescencia, después de una pregunta que había hecho Gustavo sobre si siempre había deseado triunfar en un campeonato de esas características.

-Bióloga marina-explicó ella, después de que él le explicara sus muchos proyectos creativos muertos por falta de tiempo o de éxito-. Me habría molado mucho, pero... bueno, no siempre es una lo suficientemente buena. A veces, hay que optar por lo seguro.

-No sé, nos van a comer los gusanos igual-opinó-. Yo me la habría jugado pero, en fin, tampoco soy nadie para hablar. ¿Te molan los animales?

Ella asintió, algo molesta ante la condescendencia con la que le había hablado, como si no se hubiera planteado miles de veces el volver a intentarlo, como si no hubiera sopesado con tanto esmero los pros y los contras. Pero, bueno, no merecía la pena enfadarse por esa minucia.

-Mucho. Me habría gustado tener uno, pero mis padres nunca me dejaron.

-Uf, pues a mí no me gustan mucho. No sé, son demasiado... incontrolables. Impredecibles. Me daría miedo vivir con uno.

Ella le miró, entretenida, disfrutando de esa muestra inédita de cobardía.

-Pues las personas no es que sean muy fiables.

-No, no. De hecho, respeto más a los animales que a las personas, pero estas últimas tienen una serie de mecanismos para meterlas en vereda. Un animal no sabe que por morderte lo van a sacrificar, y por eso son peligrosos.

-Ay, pero es que son tan monos...

Él la miró, con un nudo en la garganta. Le pareció ver un halo de bondad a su alrededor, paladear esa dulzura que podía aportarle sabor incluso a esos insulsos cereales. Quiso que esos minutos se extendieran por siempre.

Pero, de pronto, algo hizo que se levantara como si tuviera un muelle en el culo. El ruido de una puerta abriéndose, de unos pasos, de una voz amable pero que hizo que ambos palidieran:

-¡Hola, Gema! ¡Mira, hoy me han soltado antes!

Se le hizo un nudo en la garganta al oír la voz de su padre. Tanta precaución, tanta preparación, y ahora... ahora se convertía en un ovillo de temblores, frente a un amante pálido que seguramente acabara abandonándola por ese desliz. ¡Mierda, joder, joder, joder! ¡Cómo deseaba tener ya una puta casa propia, joder!

-Qué... quédate aquí-sugirió, con la voz queda y trémula-. ¡Ya voy!

Se dirigió al pasillo, con la parsimonia de quien tiene algo que ocultar. Dio un abrazo a su progenitor, que lo recibió con su amabilidad habitual.

-¿Estás bien, hija? Que parece que te ha dado un bajón de azúcar.

-Sí, estoy bien. Oye, una cosa...

-Dime.

-¿Te acuerdas que te dije que había encontrado a alguien para jugar al torneo del *Tempus Fighting*?

-Sí, ¿por?

-Nada, que... he invitado a esa persona a jugar para ir practicando un poco.

-¡Ah, pues vamos a saludarnos! ¿Está en la cocina?

La luz encendida le impidió decir que no. Agradeció su previsión al pedirle a Gustavo que se pusiera la ropa después del coito, y guió a su padre hasta esa habitación. Allí les esperaba el joven, manteniendo la compostura como podía.

La expresión de su padre se congeló por un momento. Seguramente, ahora entendía muchas cosas. Por qué había hablado, por ejemplo, de "alguien", de "esa persona", y por qué se había negado a darle detalles sobre ella. Y él, que no era tonto, adivinó lo que estaba sucediendo. Y, luego, volvió a ser ese buen tío de siempre.

-¡Hola! ¿Qué tal? No nos han presentado, pero yo soy Saúl.

-Hola, soy... Gustavo-saludó él. Gracias a Dios, ella había sido lo suficientemente previsora como para hablar en un tono alto y que él la oyera-. Hemos hecho una pausa ahora.

-Claro, hombre, nunca viene mal. ¿Te vas a quedar mucho más?

Detrás de él, Gema sacudía la cabeza.

-No, unos... diez minutillos o así.

-Ah, bueno, pues os dejo que echéis unas partidas si queréis. Si os hace falta algo, estoy aquí.

Asintieron en silencio y, con paso mecánico, se dirigieron al salón. Encendieron la tele y, como habían dicho, echaron una partida rápida. Aunque ella ganó, como siempre, Gustavo logró quitarle la mitad de la vida. Tan aturdida estaba.

-Bueno, gua... Gema, pues... me voy, supongo. ¿Estás bien?

Ella asintió, juntando los labios en un gesto adorable.

-Bien. Te acompaño a la salida, ¿vale?

-Sí.

Al llevarlo a la entrada, le dio dos rápidos besos en la mejilla.

-¡Adiós!-dijo Gustavo, para que le oyera Saúl, y luego le habló en un susurro-. Espero no haberte metido en un lío.

-No, no te rayes, pero... a ver, ha sido algo incómodo. Nos vemos, guapo.

Él se alejó y Gema cerró la puerta, agachando la cabeza. Se dirigió a la habitación de su padre y llamó a la puerta.

-¡Pasa!

Obedeció, para verlo haciendo lo que siempre hacía en situaciones de nerviosismo: quitando polvo a su vieja colección de vinilos. Se encontraba entre *Dark Side of the Moon* y *El hombre del traje gris* cuando se giró hacia ella, con esa misma sonrisa tranquilizadora que había esgrimido después de que la sacaran de la clínica a los dieciséis años y que nunca fracasaba a la hora de mejorar su estado de ánimo.

-A ver, no me quiero meter en tus asuntos, pero... supongo que es algo más que un compañero de juego, ¿verdad?

Directo al grano, y se lo agradecía. Si podía evitar el juego de engaños que había llevado a cabo con otras posibles parejas, mejor.

-Pues... sí-admitió, sentándose en la cama, y experimentó un alivio repentino al decirlo-. No sé todavía cuánto más, pero sí algo más. Ya veremos...

Él se sentó a su lado. Su peso estuvo a punto de hacerla botar de la cama, como solía hacer cuando era niña, junto a su madre, entre risas que en aquel momento le habían parecido interminables.

-Me alegro por ti. Porque supongo que estarás alegre, ¿no?

Se encogió de hombros.

-Sí. No nos conocemos mucho, en verdad. Pero no te lo pensaba presentar tan pronto.

Él le revolvió el pelo, satisfecho con esas buenas noticias.

-¡Ja! Bueno, pues si la cosa se formaliza, ya me lo presentarás mejor. Pero no dejes que este se aproveche de ti ni que te coma el tarro, ¿vale? Y, si te hace daño o tienes miedo, dímelo. ¿Vale, preciosa?

Se apoyó en su hombro. Ojalá le hubiese hecho en el pasado el mismo caso que ahora pensaba hacerle. Ojalá hubiera apreciado antes a aquel pedazo de hombre que siempre se había preocupado por ella. Tenerlo al lado hizo que su furor por Gustavo se templara un poco en comparación.

-Gracias, papá.

-De nada, chavalita. Y ya te iré avisando los días que llegue antes.

Tuvo que reírse. ¡Cómo no reírse!

...

Gustavo estuvo a punto de sufrir una embolia cuando su madre le recriminó a gritos lo desordenada que estaba su habitación.

-¡¿Y si viene alguien de visita!? ¡¿Es que no piensas en nada, so inútil!?

-Cuando viene alguien, ordeno. Si viene sin avisar, puede limpiar el suelo con la lengua si le parece que no está a su gusto. Pero tranquila, que ya me pongo con ello.

No tenía ganas de discutir, no después de aquel momento de éxtasis que había compartido con Gema. Aunque había limpiado el día anterior, dio otro repaso con la escoba y, después, puso las cosas en los cajones y adecentó su mesa. Eso, que normalmente le habría relajado, le puso de los nervios porque estaba limitándose a hacer caso a esa loca. Y, encima, tenía que tirar la basura.

Pero lo hizo, apoyándose en la certeza de que, pese a los insultos y lo desagradable de su comportamiento, le estaba manteniendo. Tiró la bolsa contra el contenedor con fuerza, con mucha más fuerza de la necesaria, y gruñó.

Echó el currículum varias veces en diferentes ofertas, pero con la absoluta certeza de que no le llamarían. Él podría vivir perfectamente sin trabajar, estaba convencido de que no sufriría ningún vacío existencial (ninguno más, esto es) si estuviera toda la vida en paro. Pero necesitaba marcharse, necesitaba huir, que le dejaran en paz. En ese momento, envidió a los niños ricos con curros regalados o con la posibilidad de independizarse, si no monetariamente, al menos en coordenadas geográficas. Pensó en mirar las oposiciones disponibles para alguien con su nivel de estudios, pero la flojera le pudo.

Después de que su madre se acostara, fue al salón y puso el juego de lucha que podría garantizarle un buen futuro lejos de allí.

<<Las garantías no existen, Gustavo>>-se recordó a sí mismo-. <<Pero la pasta no te vendrá mal>>.

Le puso un mensaje a Gema, que respondió casi al instante. Bien. A continuación, en la interfaz de la consola, Alucard98 le hizo una petición de partida a Elsa97, que aceptó con casi igual rapidez.

-Hola, guapa. Mira, ya que hoy al final no hemos podido practicar, queda esta alternativa. Que no se diga que solo me preocupo por follar.

-Vale, vale. Pues, a partir de ahora, hacemos todas las partidas en línea. Perfecto.

Él tuvo que reírse, entendiendo que aquello se trataba de una broma.

-Ya, ya, tú ríete, pero ya verás que, la próxima vez que no te invite a mi casa, no te ríes tanto.

-Bueno, pero acuérdate que he sido yo el que te ha pedido jugar. Que me estoy tomando en serio el torneo.

-¿Sí? Pues ese combo que acabas de hacerme no te lo has tomado tan en serio, que se ha visto a medio kilómetro.

-Bueno...

Continuaron intercambiando puñetazos y pullas, combatieron con tanta fiereza virtual como cariño real.

-¿Seguro que no te he causado problemas con tu padre?-preguntó él después de ser derrotado por cuarta vez.

-Que sí, pesado. Es decir, que no, que no me has dado problemas. Ya verás, estaba algo serio porque le has sorprendido, pero es un cacho de pan. Luego te lo presentaré mejor.

-Ah-contestó él, sin saber si aquello era bueno o no-. Joder, la verdad es que me gustaría tener una relación tan buena con mis padres. A él no lo veo desde hace casi dos años y ella está desquiciada.

-No hables así de tu madre...-dijo ella, en un tono didáctico. Él obedeció, habiendo expresado ya su frustración. Y jugó tan bien como pudo.

Después de terminar la partida, se despidió de ella con un bostezo y una promesa:

-Luego te hablo para quedar, guapa. Voy a dormir, y espero no soñar con frames ni píxeles.

-¿Soñarás conmigo?

La pausa fue demasiado larga, y cada segundo le restaba contundencia a cualquier respuesta que pudiera dar. Las variables (¿era muy pronto, era muy tarde, quedaría como un borde si decía que no, quedaría como un desesperado si decía que sí?) eran más abrumadoras que los combos de su rival, y no tuvo tiempo de pensar en una broma para quitarle hierro al asunto.

-Espero que sí.

Ella pronunció un "adiós" emocionado y, al cortar la comunicación, Gustavo notó un escalofrío.

<<Tendría que haber dicho "haré lo que pueda">>-pensó.

Capítulo 10: Detonante

Haber activado su perfil de Tinder de nuevo se sintió como un error, pero decidió pasarlo por alto, quizás influido por ese meme tan zafio que le había pasado Emilio sobre un hombre que paseaba a su niño en carrito, o por la publicación de Instagram de su padre en la que aparecía con una moza cuya belleza superaba con mucho a la de Gema.

Pasar el dedo por todos esos perfiles era tan estabulario como siempre, tan deshumanizador. Gustavo había tenido relativa suerte en la aplicación y había podido congeniar con alguna que otra joven local o foránea, pero siempre acababa mal. Siempre había, para cualquiera de los dos, un perfil que les tentaba más, una manía ajena que les resultaba intolerable, una pereza que les impedía conocer al otro.

Sin embargo, también estaba la excitación. La idea de que era un plato apetecible para cualquier muchacha que estuviera allí fuera, la idea de que la comodidad de estar entre cuatro paredes jugando a la consola no había supuesto ninguna metafórica castración, que seguía pudiendo cazar como sus antepasados.

Había desempolvado su viejo perfil ("Chico, 22 años. Puede morder. No agitar"), cambiándole la edad a su descripción y añadiendo alguna de las escasas fotografías que se había hecho desde entonces. Los perfiles que se encontró no le convencieron mucho.

Allí estaban los típicos chascarrillos pueriles ("si te gusta la tortilla de patatas sin cebolla, no me hables"), las típicas exigencias implausibles ("si no mides más de 1,90 ni me hables") y la información importante dada de manera borde y desagradable ("si solo vas a lo que vas, ni me hable"). Si no fuera tan cerdo, no les daría like a tantas.

Pero hubo una que le hizo pararse en seco. Silvia, 25 años. "Viviendo la vida loca". Y con una foto en bikini que hizo que su entrepierna respondiera con entusiasmo. Se había fijado en ella, sí, pero no en un contexto como este, no teniéndola tan cerca, al alcance de su mano o de su dedo.

Sin embargo, pese a los constantes llamados de su bragueta, no pensaba en follar con ella. No, en lo que pensaba era en la posibilidad de que la amiga de su (¿de su amiga?) hubiera visto su perfil, de que se lo fuera a decir. Aunque no tenían nada serio, existía la posibilidad de que dejaran de verse por ese desliz.

<<Mierda>>-pensó, al tiempo que ponía su perfil en privado-. <<Me estoy enamorando>>.

En ese instante, todo el puritanismo vestigial de la cultura cristiana, que llevaba criticando desde que su voz había empezado a cambiar durante la pubertad, pareció vengarse desde el limbo al que lo había relegado. Se sintió sucio por haber pensado siquiera en estar con otra, aunque no hubieran formalizado nada. Comenzó a dar vueltas en su habitación, agobiado.

<<Mierda. Seguro que lo ha visto. ¡Joder! Lo tenías. Tenías algo bueno, algo hermoso. Tenías la posibilidad de algo grande, de acercarte a una persona como esa y la has cagado, cabrón. Siempre la cagas. Siempre>>.

Sintió sudores fríos, como si le estuvieran observando. Se miró las manos, que temblaban. Qué codicioso, qué puto guarro, qué imbécil...

<<No. Cálmate. Cálmate>>.

Comenzó a elaborar excusas (<<¿Excusas de qué? ¡Si no estáis juntos!>>), explicaciones, lloros, ruegos. En un arranque de dignidad, se propuso hablarle sinceramente de esas noches en las que había pensado en ella antes de acostarse. Luego pensó en el poco tiempo que llevaba quedando con esa muchacha y en los consejos de Emilio sobre cómo no quedarse pillado.

Y luego se acordó de que, al día siguiente, tendrían una sesión de videoconsola. Y se puso a pensar. Y, después de una noche pensando, de verse atormentado de nuevo por el insomnio crónico, de despertarse tras pesadillas indescifrables, seguía sin saber qué decir.

<<Tómalo como un poema>>-pensó-. <<Como un relato. Papel y lápiz. No pienses en su amiga, y piensa en con qué le vas a sorprender>>.

Le esperaba un largo día.

...

-Qué día más bonito, hostia.

Después de la sesión de cardio que habían tenido en ese parque, Gema y Silvia caminaban disfrutando de las vistas. A pesar de la bucólica escena de postal, de los pájaros cantando, del sol bañando la fulgurante humedad alrededor de las fuentes, lo que más disfrutaba era que su amiga fuera la que había pedido que comenzaran a andar después de haber corrido durante media hora.

-¿Por qué sonríes, pillina?

Seguramente creyera que se trataba de la cita de la tarde, pero en realidad seguía saboreando esa victoria. Esa victoria no solo sobre su amiga, sino sobre todas aquellas que, si bien podían atraer a cualquier hombre que quisieran, conseguir un trabajo sin estudiar durante meses o hablar de su experiencia en el instituto sin que las lágrimas se asomaran por las cuencas de sus ojos, ni se acercaban a su nivel de poderío físico. Seguro que, si les diera una patada en el hocico, ya no serían tan guapas.

-¿Por qué no voy a sonreír? ¿Has visto el tiempo que hace?

-Ya, ya seguro que es por eso. Que ya me dijo Emilio que os va de puta madre.

-Bueno, y Gustavo me ha dicho a mí que Emilio está loco por quedar contigo.

Silvia expresó su indiferencia con una risa que tenía un puntito diabólico.

-Bueno, a mí no es que me interese mucho, pero me lo paso bien hablando con él. Los tíos sin vida pasan los mejores memes.

Estuvo a punto de gritar escandalizada: a veces se le olvidaba que la gente tenía dos caras, y que esa amiga que de tantos apuros le había sacado albergaba dentro de sí un potencial nada desdeñable para la crueldad.

-Hala, tía. Si no te interesa, díselo.

La frivolidad de su sonrisa le puso los pelos de punta.

-No, no. Mira, a los tíos hay que darles esperanza. Entonces, puedes hacer con ellos lo que quieras: que te inviten a copas, que te ayuden con la compra... mira, a veces incluso que te paguen la carrera. Pero, si les das lo que quieren demasiado pronto o si les dejas claro que no lo van a tener, se buscan a otra. Son tontos, pero no tanto. La ambigüedad, amiga, ahí está el negocio. Y tú deberías apuntártelo mejor que nadie.

Quiso pensar que lo hacía para ayudar, que le hablaba de ese modo porque de verdad lo creía. Sin embargo, mientras sus zapatillas se despedían de la gravilla para entrar en contacto con la calzada, esa entonación arrogante empezó a disgustarle más que nunca antes.

-¿A qué te refieres?

-¿A qué me voy a referir? Al tío con el que te estás viendo. A ver, yo me alegro por ti, y espero que te lo estés pasando bien. Pero, si quieres algo más, no sé si has seguido la mejor estrategia.

Gema pensó en ello, cabizbaja. Por detrás de ellas, dos adolescentes miraban embobados a los leggins de su amiga, ignorando sus pantalones anchos y su camiseta de propaganda. Eso solo le hizo valorar su opinión aún más, pese a que quisiera estrangularla con sus fuertes brazos.

-Tiene que tener un aliciente para estar contigo, si es eso lo que quieres-continuó su amiga, y se la imaginó con el gesto de Platón en *La Escuela de Atenas*-. Si se piensa que puede follarte sin ofrecerte nada a cambio, eso hará. Y cada vez más, ¿sabes? Hasta que te cambie por otra más joven.

Aquella filosofía le pareció a Gema demasiado combativa, pensó que establecía un antagonismo artificialmente pronunciado entre un sexo y el otro. Y, aunque no lo dijo en mitad de la calle, ella también había obtenido algo a cambio: el mismo placer que le había dado a él.

-Bueno, igual tienes razón, pero eso no justifica manipular así al chaval ese. Yo creo que deberías decírselo, decirle que no estás interesada en quedar.

-Bueno, vale, te prometo que se lo diré... en un par de años.

Su risa de arpía le hizo callarse demasiadas cosas. Continuó caminando, callada, pero con el renovado aliento de la paranoia envenenando sus neuronas. Su mente se vio asaltada por atávicos determinismos biológicos que le garantizaban que acabaría buscando el amor o el sexo en otra parte, por culpa de todas las malas experiencias de una amiga o conocida, por culpa de las inseguridades que había acumulado a lo largo de su insípida experiencia.

<<Mierda>>-pensó, en cuanto se dio cuenta de lo que le dolía la sola idea de que los augurios de su amiga se tornaran reales-. <<Me estoy quedando pillada>>.

-Mira, si lo vuestro acaba en nada, te vienes al festi conmigo, que allí te presento a alguno que está...

El gesto de chef deleitado que llevó a cabo su amiga bastó para hacerla reír pero, aunque aquel era probablemente el mejor modo que conocía de ayudarla, estaba convencida de que seguiría guardándole rencor a Silvia por haber despertado esas sospechas en ella.

...

El siguiente paso en el aprendizaje de Gustavo consistía en una experiencia real dentro de la modalidad de juego que llevarían a cabo en el concurso: los combates por parejas. Cuando uno de los dos moría, su acompañante tomaba el relevo, aunque podían cambiar en cualquier momento, por ejemplo si uno de sus personajes era particularmente efectivo contra el del adversario.

Después de haber sido derrotado por dos equipos coreanos y uno ruso, Gustavo estaba dándole de lo lindo a un grupo de hondureños fumados que parecía haber escogido a sus combatientes en función de su talla de pecho. Después de haberle dado una paliza a María Antonieta, se estaba ocupando de Báthory. Aunque llevaba la ventaja, le jodía que pudiera recuperar vida chupándole la sangre... pero iba a ganar. Tenía que ganar. Y sin haber recurrido a Gema ni una vez.

-Venga, hoy estás que te sales. Vamos, que te queda poco...

Asintió sin mirarla, haciendo el trabajo con frialdad y eficacia, derrotando a unos rivales que hicieron de su libro de familia todo un orinal.

Sin embargo, eso no podía importarle menos. Lo que realmente le importaba era lo callada que había estado Gema, lo sería que parecía pese a algunas sonrisas corteses que le había dedicado. Y, aunque no había dicho nada sobre el asunto, no le extrañaría que tuviera que ver con algo que su buena amiga Silvia podía haberle dicho sobre el chico al que se había encontrado en Tinder.

Cuando acabó, se dirigió a ella con una falsa seguridad:

-Bueno, parece que voy mejorando, ¿no?

-Sí, claro, pero ten en cuenta que debes estar listo para enfrentarte a dos rivales. Yo iré la primera, pero ese día puedo estar mala, triste, con la regla o simplemente tener mala suerte y cagarla. Tengo que contar contigo, ¿vale?

Asintió, recobrando la seriedad. Y quería decirle que estaba deseando que contara con él para más cosas, que estaba sintiendo cosas que hacía tiempo que no sentía. Que estaba a gusto con ella como con nadie más, al menos por el momento.

Pero la prudencia, que tanto le habría valido en otras situaciones, se cerró como un cepo en torno a su lengua. Por ello, la caricia con la que se disponía a recorrer su rostro fue más lúbrica que cariñosa, aunque no era esa su intención inicial.

-Bueno, podemos jugar a otro juego que se me da mejor...

Besó su cuello, pero no encontró la aceptación y el ansia salvaje de otras veces, sino una carótida tensa y endurecida.

-¿Estás bien?

-Sí, pero... mira, me gustaría dejar las cosas claras.

Gustavo asintió, apoyándose en el sofá. Esperando. Y pudo ver cómo a Gema le habría apetecido que siguiera hablando para no tener que retomar ella esa conversación incómoda.

-Mira, verás... a ver, no te asustes. Es solo que, mira, he estado hablando con mi amiga Silvia...

Su interlocutor palideció, sintiéndose derrotado. *Game Over*. Y tuvo que contenerse para que sus manos no temblaran y para no emitir un rugido infantil de frustración.

-Ella me ha contado una teoría que tiene sobre los tíos, que... que no hay que darles todo antes de tiempo, que hay que hacerles desearte para... para que se comprometan. Y no sé si estoy de acuerdo, pero eso me ha hecho pensar.

Una sonrisilla tonta amenazó con invadir el semblante de Gustavo. Menuda suerte, pensó. No le habían visto, no sabían nada. Parecía que los astros y los designios divinos se habían conchabado para darle una oportunidad. No la podía cagar, so pena de siete o más años de mala suerte.

-Lo que quiero saber-prosiguió ella- es qué quieres tú. Y, si solo quieres algo casual, está bien, yo tampoco estoy segura. Pero querría saberlo, solo para que no haya confusiones.

Él movió la cabeza en un gesto de entusiasta afirmación. Le parecía bien, le parecía razonable. Y, es más, coincidía tanto con lo que él mismo quería que casi le parecería aterrador si no fuera tan conveniente.

-Ya. Pues...

-Perdona si he sido muy brusca.

-No, no, para nada. De hecho, yo mismo quería hablarte del tema.

Gema se mordió el labio inferior, sin saber cómo interpretar esa frase. Pero, al menos, si solo quería un ligue pasajero, se lo diría con sinceridad. Se quitaría de encima el llanto rápidamente, aunque pasara unos días o unas semanas con la mosca del despecho detrás de la oreja. Y podría mirar hacia adelante, en busca de esa felicidad tan esquiva.

-Verás-comenzó él-, hace poco que te conozco. No sé, igual en realidad eres una mujer perversa o... qué sé yo, una alienígena oculta en una máscara de látex. Una máscara muy realista, por cierto. Pero sé que, con la información que tengo, eres una chica muy divertida y, además, buena gente. Que no siempre van a la par.

Ella sonrió, incapaz de mantener la gravedad que una conversación (¿declaración?) como esa requería.

-Y sé que... bueno, sé que me habría gustado traer bombones o algo, pero supongo que me tendrá que bastar el ingenio. Y sé que me gustas bastante y que no quiero ni pensar en que tú estés con otro, o en estar yo con otra.

Ella escuchaba con una ilusión desbordante, tan acrítica como una niña, y el cinismo acumulado durante todos sus desengaños parecía haberle dado una tregua.

-Por eso... no te voy a negar que no sé cómo va a salir esto, pero me gustaría intentarlo en serio. Si tú quieres.

Ella asintió, emocionada, en silencio.

-Claro. Me alegro. ¡Sí! Jo, qué bien, estoy... mira, estoy nerviosa, pero no tanto como antes. Y... ¡ay! Me temía lo peor. Pero... una cosa...

Él la miró con una dulzura poco acostumbrada pero que le salió de forma natural, como si su nariz taponada acabara de soltar todos los mocos que tenía dentro.

-Dime.

-Si en algún momento cambias de opinión, dímelo, ¿vale? Somos adultos y... mira, la verdad es que estoy cansada de juegos. No quiero estropear un momento tan bonito siendo una borde, pero solo quería dejártelo claro.

Asintió.

-Por supuesto. Ahora, cierra los ojos y abre la boca.

-Vaya, qué mal ha sonado...-dijo, pero a pesar de ello, o quizás precisamente por ello, obedeció con una adorable sumisión. Él salió corriendo hasta llegar a su abrigo y volvió. Comprobó que sus párpados seguían cerrados, y entonces aproximó algo a su boca, poseído por la emoción de un niño pequeño.

-Cuando te diga, muerde.

-Vaya, así que no era lo que me pensaba...

Aquellos vanos intentos de parecer sofisticada y seductora, en una persona tan dulce como ella, se le antojaban adorables, y se moría por descubrir cientos de limitaciones similares.

-¡Ahora!

Ella mordió, y habría mordido con la misma fiereza si hubiera habido un cartucho de dinamita delante de ella. Pero no hubo más explosión que aquel delicioso licor que cayó en su boca junto a las virutas de chocolate.

Estuvo a punto de ahogarse por la risa, pero consiguió comerse el bombón sin fallecer. Entonces, miró a su acompañante con estrellas en los ojos.

-Te has acordado.

-Pues claro que sí. No he podido traer un bombón tan dulce como tú, pero espero que te valga. Espero también que no te hayas emborrachado, porque entonces me podrías denunciar por lo que vamos a hacer ahora.

Ella se abalanzó sobre él, feliz, sonriente, y lo guió con la mano hacia su habitación. Una habitación en la que todos sus mangas estaban expuestos en toda su gloria, en la que no se había molestado en ocultar ningún indicio que pudiera llevarle a conocer mejor su cobarde y patética psicología.

En esa habitación dedicada a vicios y aficiones acumuladas desde la infancia, se conocieron por primera vez como pareja. Fueron feroces, cariñosos, fueron sensibles e inteligibles. Cuando terminaron, se abrazaron entre los restos de sudor, semen y de esa sangre que marcaba el comienzo de la maldición bíblica que amenazaba su cordura cada mes.

Y, a pesar del miedo, le gustó haberse abierto a alguien otra vez.

Capítulo 11: Estado alterado

"Pues nada, pásate sobre las cinco y nos vemos. ;)"

La respuesta de Gema llegó pronto, como el gemido ahogado de una adolescente que recibe una carta de amor.

"Vale, guapo. Mañana nos vemos".

Gustavo emitió un suspiro enamorado y luego echó un vistazo a su alrededor. No estaba sucio, nunca lo estaba, pero la caótica disposición de sus chaquetas y sus tickets de la compra a lo largo de los muebles podía llevar a equívoco a una dama como esa. Y, teniendo en cuenta que era la primera vez que iba a llevarla a casa, no quería que nada saliera mal.

-¡Venga! ¡Vamos, vamos, acaba con él! ¡Vamos!

Los ánimos que le daba Guille le ponían de los nervios, así como la risita tonta de Emilio cada vez que su nuevo mejor amigo hablaba. No sabía qué le jodía más: aquel empeño perenne de su colega en bailarle el agua a aquel que percibía como más popular o el jugador extranjero que manejaba a Puk, el hombre de las cavernas que le había dado una paliza brutal con su tosca cachiporra. Aquella tarde, pese al olor a marihuana de esos dos colgados, había ganado más combates de los que había perdido, pero esa derrota le había tocado los cojones. Nunca le había ganado a ese avatar de ataques tan brutales y amplios.

-¡Maricón!-gritó Emilio, que se había adueñado del micrófono a pesar de que era Gustavo el que estaba jugando-. ¡Hijo de la gran puta! ¡Seguro que has cogido a este puto simio porque te identificas con su inteligencia, subnormal!

Gustavo se sintió como si tuviera de nuevo catorce años, en aquella época donde no existían ni la responsabilidad penal, ni el buen gusto ni la moral, donde la complejidad del mundo se resumía en un puñado de memes ateos y de lecturas superficiales. Luego habían venido en tropel la adultez, los ensayos, las lecturas complejas, los complejos, el rencor hacia todo y hacia todos. Pero, con el mando en la mano, todo eso parecía desaparecer.

-¡Hostia, me está insultando!-exclamó Emilio-. Es inglesito o yanqui, no lo sé. Pero contéstale tú, bro, que no entiendo lo que me dice.

Agarró el micrófono y escuchó lo que ese analfabeto anglosajón decía, entre "fuck" y "fuck". No debía de tener pelos en los cojones todavía, pero presumía de haberse follado a toda su familia. Gustavo, con una aviesa sonrisa, se limitó a susurrar:

-I wish they could've detected your Down syndrome before you were born.

Apagó el micrófono y, a continuación, apagó la consola. Se sintió tentado de pedirle el porro a Guille pero le disuadió una combinación de dos cosas: su promesa de no volver a dar una calada en su vida y el hecho de que no quería despertar a ese imbécil del apalancamiento en que se había metido.

-¿Qué le has dicho?-preguntó Emilio, pero él rechazó la pregunta con un gesto fastidioso de la mano. No estaba orgulloso de su respuesta, aunque de adolescente habría llamado "Flanders" a cualquiera que se hubiera quejado de ella.

-Chavales, vais a tener que ir recogiendo, que tengo que limpiar antes de que venga Gema.

-Jo, tío, primero tu madre, luego Gema...-se quejó Guillermo, recién despertado-. Siempre dependiendo de una piba, eso no está bien.

Se mordió la lengua para no mandar a la mierda a aquel tío que creía conocerle de toda la vida por haber quedado con él un par de veces. La risa porcina de su verdadero amigo solo acrecentó su frustración.

-Lo que tú digas, pero ahora que la vieja se ha ido a Alicante, tengo que aprovechar. Y, si quiero seguir quedando con Gema, tengo que causarle una buena impresión. La alternativa es la castración química.

-¡Hala, bestia!-exclamó su colega-. ¿Pero la quieres solo para follar o la quieres de verdad? <<Qué cabrón>>-pensó, deseando tener cannabis dentro de su organismo para poder dar rienda suelta a sus pensamientos sin temor alguno.

-Pues no sé, nos estamos conociendo. A ver, quererla no la quiero, pero estoy a gusto con ella, no solo por el sexo. No sé, tengo que pensarlo... pero, ya sabes, sin pasta ni trabajo ni futuro ni nada, no quiero ni pensar en hacer planes a largo plazo.

-¡Tío, invierte en cripto!-exclamó Guille, ya completamente lúcido-. Emilio y yo hemos metido ya quinientos leros y está subiendo.

-Joder, si tienes tanto ahorrado, podrías haberme invitado a comer el otro día-recriminó a su amigo, divertido-. Pero no, tenías que gastártelo en Fórum Filatélico.

-Eh, tío, no te metas con Emilio. Y esto además es... es una revolución del pueblo, tío. Es enseñarle a los grandes bancos que nosotros también podemos manejar dinero descentralizado.

-Ya, ya, la cantinela os la habéis aprendido muy bien, pero en realidad lo que queréis es ganar pasta. Pasta de verdad, de la que tanto le gustaba a Jesús Gil, a Al Capone y a tanta gente tan poco glamurosa. A mí me moló, durante la crisis de 2008, que empezaron a surgir monedas ciudadanas para moverse en barrios o ciudades, lejos de las injerencias de los grandes bancos. Era un movimiento ciudadano, un intento de golpe sobre la mesa para que esos cabrones se dieran cuenta de que la gente se oponía a ellos. Ahora no hay diferencia entre invertir en criptomonedas o en la bolsa, el objetivo es ganar pasta. Solo hay que ver quiénes las promocionan. Al final todo se corrompe-añadió, tal vez ligeramente colocado por el humo.

-Bueno, Generalísimo, gracias por el discurso-se rió Guille.

Los despidió sin mandarlos a la mierda porque sabía lo que le esperaba esa tarde. Su alegría, su anticipación... eran demasiado invasivas, extirpando esos pensamientos negativos que le amargaban las noches, que le impedían dormir, que le volvían terco y perezoso.

Que le daban su personalidad.

Sacudió la cabeza, decidiendo centrarse en los preparativos que tendría que hacer. Tenía que comprobar si tenía condones.

...

La noche anterior, Gema había dado un paseo por los alrededores de su casa, haciendo un ejercicio de cardio con el móvil listo para llamar a su padre en caso de emergencia.

Por la mañana, había despertado con una ligera molestia que, a lo largo de la mañana, se había ido convirtiendo en un dolor no muy intenso pero sí constante. Al tomarse la temperatura, había descubierto que tenía un grado de fiebre, algo que comunicó a su novio (expulsó una risita de niña inquieta tan solo al pensar en esa palabra) inmediatamente en caso de que tuviera que cancelar la cita.

Alrededor de las once, la hora a la que solía ir al gimnasio, comenzó a estornudar, por lo que tomó la determinación de no contagiar a ninguno de los parroquianos habituales. Pensó que podría hacer alguna plancha, algunas flexiones, o quizás incluso algún baile con mancuernas, pero el mareo que sintió al comenzar la disuadió de hacer ningún tipo de actividad física. No le disuadió, sin embargo, de practicar el choque de puño contra palma de mano, un deporte que nunca alcanzaría categoría olímpica pero que solía llevar a cabo cuando algo le frustraba. Intentó pensar en las consecuencias positivas de esa dolencia, tomársela como un comunicado de su cuerpo, que le estaría exigiendo un descanso. Intentó verla como una excusa para olvidarse de su férrea disciplina, para hacer lo que quisiera. Pero lo único que sintió al tumbarse en su cama fue una punzada de culpabilidad irracional. Arrugó el rostro, imaginando cómo una panza gigantesca brotaba de ella después de un día sin ejercicio. Se sintió a punto de llorar.

Pero tenía algo que hacer esa tarde, y eso hizo que una sonrisa se dibujara en su rostro. Tenía que estar tan guapa como pudiera.

Se puso una cazadora negra, una camiseta ceñida y unos leggings que realzaban sus logradas curvas. Sin embargo, tuvo que vestir esa ropa con dejadez, con una lentitud que la vigorosa Gema del día anterior consideraría una muestra intolerable de debilidad. Una que ella habría tolerado en otros, pero no en sí misma.

<<Tranquila>>-se exigió-. <<Suénate un poco, y cuando llegues allí estarás como nueva>>.

Sin embargo, tuvo que sonarse más que un poco y, para cuando salió de casa, tenía la nariz roja. Al caminar hacia la dirección que Gustavo le había dado, hizo un compendio de excusas y justificaciones para esa situación, de distintas formas de quitarle hierro. Iba a follar. Aunque ahora las sábanas eran mucho más seductoras de lo que ningún hombre podría llegar a ser,

tenía que demostrarle a su pareja lo que era: una mujer con todas las letras, no una niña de la que cuidar. Quizás, si le hacía una paja, pudiera hacer que se corriera antes de la penetración.

Llamó al telefonillo tras dar varias vueltas alrededor del edificio, en un intento de retrasar la posibilidad remota de equivocarse de número o de ofender a su novio (<<ji, ji>>) de algún modo. Finalmente, hizo de tripas corazón y llamó. Oyó con gusto esa voz que parecía confirmarle que todo iba a salir bien:

-Hola, preciosa. Parece que te orientas mejor que yo.

Se introdujo en el edificio, notando que era más humilde que su propio bloque. No sabría decir cómo había llegado a esa conclusión. Quizás por el entorno, quizás por... no podía explicarlo, pero se sentía viejo. El ascensor, desde luego, era todo un indicio, ya que tuvo que abrir la puerta para entrar en él.

Llamó a la casa de Gustavo sabiendo que era imposible que hubiera nadie más que él, pero con una preocupación nada desdeñable después de las historias de terror que le había contado sobre su madre. Por ello, cuando la recibió extendiendo el brazo cual elegante mayordomo, se sintió aliviada.

-Buenos días, Su Alteza. Veo que se encuentra mala. ¿Se coló un guisante por casualidad en su colchón?

Ella le golpeó en el pecho, no sin antes darle un pico en la boca.

-Pero qué tonto eres. Anda, vamos a jugar.

-Vale, princesita.

Le revolvió el pelo y le pellizcó la mejilla, en un gesto de cariño que le hizo olvidarse de todos sus problemas durante cinco segundos, hasta que estornudó.

Gustavo combatió contra algunos jugadores, ganando contra la mayoría. Gema admiró que pudiera combatir en esa tele, más pequeña que la suya, y se preguntó cómo serían las pantallas en el torneo. Independientemente de ello, tenía mérito. Sin embargo, cuando se enfrentó al cavernícola Puk, su buena racha llegó a su fin.

-¡Me cago en el Paleolítico!-exclamó, con la ira irreflexiva que había criticado en los gamers antes de convertirse en uno-. Este puto cavernícola iletrado me da una paliza cada vez que me enfrento a él. El jefe final me resulta más fácil.

Su novia se llevó la mano a la barbilla, como si estuviera examinando algún raquítico organismo bajo un microscopio. Su mente científica estaba lista para la experimentación.

-Oye, una idea loca.

-¿Acaso existen ideas de otro tipo?

-Ya sé...-estornudó-... ya sé que te gustan las frases memorables, pero esa ha sido una mierda. Mira, mi idea loca es la siguiente-añadió antes de sacar un pañuelo del bolsillo y

sonarse-. Lo que vas a hacer es jugar como Puk. Métete dentro de la cabeza de esos jugadores, entiende cómo manejan a su avatar. Y, entonces, sabrás cómo derrotarlo.

Contempló a su tutora, divertido, tomándose aquello como un reto.

-De acuerdo, maestro Yoda.

Escogió al cavernícola para una partida en el modo arcade, y Gema le miró con orgullo. Se apoyó en su hombro para descansar, molesta con la gravedad del planeta Tierra, y lo vio repartir hostias bajo esa guisa de hombre primitivo.

Al principio fue difícil para él, acostumbrado a la rápida fragilidad de Wolfgang. En comparación, ese bruto era mucho más lento, aunque sus golpes hicieran más daño. Él secreto estaba en hacer un buen cálculo del momento en que su oponente le atacaría, durante el cual podía darle un cachiporrazo capaz de destrozar sus proyectiles y que no se podía bloquear.

Con el tiempo, ascendiendo en la escalera, aprendió a amar a aquel personaje, de una sencillez tan tosca como efectiva. Comprendió que, para el jugador medio, era mucho más divertido que Wolfgang, aunque a él no le agradara la aparatosidad del sujeto en cuestión. Pese a ello, disfrutó mucho de esa partida, al menos hasta que llegó al jefe final.

Los ataques tan veloces y tan seguidos de Padre Tiempo eran imposibles de esquivar para un combatiente tan pesado como ese. Además, había algo que sí podía detener su combo especial: el ataque del propio Padre Tiempo, el que le dejaba congelado.

Su primera derrota hizo que cerrara el puño. La segunda hizo que sintiera el deseo de golpear el sofá. La tercera le hizo mirar a Gema con ojitos de perro abandonado.

-Qué jodido-se quejó-. Con Wolfgang todavía me podía apañar, pero con el bruto este...

-Es lo que tiene-dijo ella, encogiéndose de hombros-. Cada jugador tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Y Puk es útil contra los otros jugadores, y te lo encontrarás mucho en la competición, pero para la campaña es un dolor. Pero sé cómo aliviarte...

Se aproximó a él, dándole besitos en el cuello y posando sus manos en su pecho y luego, en su entrepierna. Allí notó su entusiasmo, esa dureza implacable que en otra ocasión habría ansiado tener dentro de sí.

Sin embargo, ahora solo quería tumbarse y apoyarse en el sofá, mientras soportaba el calor gracias a la humedad de su tranquilizadora sudoración. Sin moverse, sin hablar.

Se retiró, derrotada por algo tan pequeño que ni siquiera lo podía ver.

-No puedo. Quiero decir... no me encuentro bien. Lo siento, de verdad.

Él sonrió, acariciándole la mejilla. A pesar de que su decepción era notoria, procuró que no se notara más de la cuenta.

-No lo sientas, hija mía. Anda, voy a hacerte una leche caliente con miel, que te va a sentar tan bien como a este viejo correoso mi cachiporra. Espera aquí, guapa.

No tuvo tiempo de negarse, no tuvo tiempo de declarar su autosuficiencia a los cuatro vientos ni de recordarle lo lasciva que era normalmente para asegurarse su cariño y su atención. Después de darle un besito en el entrecejo, su novio (y qué suerte tenía al poder llamarle "novio") corrió a la cocina con la velocidad del rayo.

Mientras hacía un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, el sonido del microondas le trajo almibarados recuerdos de su infancia, en los que una madre más guapa de lo que había sido en realidad le daba una taza de chocolate cuyo sabor mal recordado superaba con mucho a cualquier pálida imitación del mundo material.

Cuando Gustavo volvió, le tendió la taza sin decir una palabra, y ella tomó un sorbo. El sabor a miel barata de supermercado le pareció comparable a la ambrosía, y el vapor que salía de su recipiente aportaba a esa patética situación un matiz hogareño que la ayudó a mitigar su vergüenza.

Tras terminársela, se limitó a musitar un agudo y corto "gracias", y a contemplar cómo su novio se daba de cabezazos contra el imbatible Padre Tiempo. Qué gracioso era cuando perdía, qué...

Una mujer llamaba por teléfono. Eran los setenta, pero todos llevaban móviles. Un hombre respondía en el metro de Madrid y caía al suelo fulminado. Tom Baker, el de *Doctor Who*, investigaba el asunto y se encontraba con un horrible doble de sí mismo maquillado de payaso. Y...

...despertó de su extraña pesadilla con un respingo. Pudo ver, a través de la luz que entraba por la ventana, cómo había pasado un rato desde que se había dormido. Se sentía ligeramente mejor, aunque el etéreo yunque que pesaba sobre su cabeza no había desaparecido.

-Anda, hola-le saludó Gustavo en un susurro-. Mira, has despertado justo a tiempo...

Ella iba a preguntar por qué, pero en su lugar miró a la pantalla. Lo que vio allí hizo que sonriera como una niña estúpida cuando el villano de una película infantil cae al vacío tras intentar matar al héroe.

"Puk, una vez derrotado ese hombre extraño de edad inaudita, volvió a su época. A diferencia de otros luchadores, él no ansiaba la gloria ni las riquezas, ni tenía ni idea de qué absurda utopía podría mejorar el mundo. Él solo quería volver con su familia.

Por ello, cuando obtuvo el poder sobre el tiempo y el espacio, se limitó a usarlo para volver a su cueva, donde le esperaba su amada Lucy y sus dos sanos y valientes hijos.

De vez en cuando, piensa todavía en el mundo por venir, y siente un escalofrío que no sabe explicar muy bien. Pero las historias que el chamán de la tribu cuenta alrededor de la hoguera hacen que se olvide de esas cosas tan complicadas".

Gema besó la mejilla de su novio, conmovida por esa historia. Se había pasado el juego con todos los personajes, pero ese era quizás el final que más le gustaba, y el motivo secreto por el que le había propuesto ese desafío a Gustavo.

-¿Qué? ¿Satisfecho?

-Mucho. Ha costado, pero se ha logrado. Ahora, a cargarme a un jugador que maneje a este personaje.

Escogió a Wolfgang de nuevo, revitalizado por ese inciso, ya metido de lleno en las mecánicas del juego. Estaba disfrutando como un enano.

Combatió a varios jugadores antes de verse con un taiwanés que jugaba con Puk, y al encontrarlo estuvo a punto de proferir un chillido de emoción. Gema se frotó las manos: aunque ahogada por sus mocos, estaba segura de que sería digno de verse.

-¿Qué tal te ha ido con Emilio y Guille esta mañana?

-Espera, que necesito concentrarme.

-No, no. Si esperas ganar la competición, tienes que ser capaz de ganar bajo cualquier circunstancia. Y además, como tu novia, me apetece hablar.

Él asintió sin despegar la mirada de la pantalla. La pelea acababa de comenzar.

-Pues bien, sin mucha novedad. Así es la vida, supongo, llena de rutinas independientemente de lo que decidas. El secreto está en buscar, supongo, una rutina que te guste.

Gustavo combatió al cavernícola aprovechando el tiempo que tardaba en cargar sus ataques, respondiendo con los proyectiles de su poeta favorito, haciendo mierda sus defensas. Estaba en racha.

-¿Y qué tal con Guille? ¿Te cae mejor?

Gustavo sonrió mientras la barra de vida de su rival iba descendiendo.

-La virtud está en el término medio. En este mundo, pocos niños reciben la cantidad óptima de hostias. Hay unos cuantos que reciben demasiadas hostias de padres abusivos y otros que reciben muy pocas de padres blandos. Guille es de los segundos.

Ella sonrió, abrazándose a él y haciéndole perder el equilibrio. Un cachiporrazo de su rival le quitó un quinto de vida, pero Gustavo no se alteró. Con nervios de acero, evitó la tentación de acercarse y darle golpes rápidos, y continuó atacando con proyectiles. Hasta que, al final, su enemigo cayó.

Se chocaron la mano, orgullosos de ese avance. Aunque se habían apuntado a aquel concurso medio en broma, la promesa de esa olla de oro al final del arcoíris les pareció por momentos más cercana que nunca.

-Bueno, eso ha estado bien por hoy. Voy a dejarlo, que llevo un buen rato delante de la tele y me estoy dejando los ojos.

-Bueno, lo dejaré pasar esta vez, si me acompañas a casa.

-Claro, pero tengo otra idea.

Ella le miró, extrañada.

-Dime.

-Bueno, mañana no está mi madre, no tengo nada que hacer... podría levantarme tarde y hacerle el desayuno a una chica guapísima.

Ella se tocó el pelo, preocupada y complacida al mismo tiempo. ¿Qué podía salir mal? Muchas cosas. Pero, si le invitaba a pasar la noche después de que ella le hubiera negado el contacto carnal, era porque quería algo más. Porque había visto algo valioso en esa chica cuyos únicos talentos eran estudiar y manejar el mando de una videoconsola.

-Claro. Voy a avisar a mi padre, ¿vale?-preguntó, incorporándose-. Le pondré un mensaje de voz para que no piense que me has secuestrado ni nada.

-¡Ja! Vale. Pues voy haciendo la cena, ¿vale?

-Vale.

Los macarrones con queso y tomate no eran una delicia gastronómica, pero les sirvieron para matar el gusanillo y pillar el sueño. Gema bromeó sobre la escasa complejidad del plato y Gustavo respondió con un asentimiento indiferente y casi chulesco.

-Algún día te tengo que hacer una de mis tartas, que te vas a cagar de lo buena que está.

-Vale, vale. Solo espero que no sea una tarta de maría.

-Pues la virgen María se te va a aparecer cuando te la comas, de lo buena que va a estar.

Se rieron juntos, de aquella broma y de muchas otras, mientras las horas iban pasando. Se iban a poner una película, pero decidieron improvisar un guión con sus cuerpos temblorosos y las sábanas que los cubrían.

En la cama, permanecieron despiertos durante una media hora, hablando con monosílabos de gran dulzura, con gruñidos delicados y caricias. El paquete de pañuelos que Gustavo le tendió parecía más romántico que cualquier ramo de rosas.

-Oye...-comentó él, besándole la nuca.

-Dime.

Hubo una pausa. Una pausa más fría que el aire nocturno del que la ventana les protegía.

-Me gustas mucho.

Ella asintió, risueña. Le gustó oírlo, pero esperaba un "te quiero".

<<Pronto>>-pensó Gema-. <<Hay que tener paciencia>>.

PARTE 2: CAMPAÑA

Capítulo 12: Una fecha señalada

Tuvo que parar de leer en cuanto el teléfono reclamó su atención. Había albergado la esperanza de aprovechar la mañana para acabarse el libro, pero no había podido hacer nada. Demasiado tiempo libre equivalía a ninguno, y ni siquiera tenía tiempo de anotar esa reflexión. Cuando Gema le llamó de manera tan urgente por la mañana, pensó que un imprevisto haría que se cancelara la comida que habían organizado con los amigos de ambos. Sin embargo, al oír su entonación excitada, su emoción apenas contenida, supo que se trataba de algo del concurso.

-¡Ya está!- chilló después de algunos intercambios incoherentes-. ¡Se ha publicado la lista de participantes! Ahí está, Gustavo, ahí está. ¡No me sentía tan bien desde que se publicó la bolsa de trabajo de la última oposición a la que me presenté!

-Ah, bien-repuso Gustavo, aturdido, tan expectante como cauteloso. Lo que antes era un juego se había transformado en una responsabilidad, en un desafío-. ¿Cuándo empieza?

-No te veo emocionado. Y luego la sosa soy yo...

-Eh, eh, ese comentario está sacado de contexto-bromeó. Ya habían pasado dos semanas y seguía recordárselo-. Pero, vamos, que dime cuándo empieza.

-Adivina.

-¿Cuándo?

-¡Adivina!

-Pues... no sé. La semana que viene.

-¡Exacto!- exclamó ella, y su voz subía una octava-. ¡El catorce de febrero!

Chasqueó los dedos de pronto, acordándose de aquella festividad almibarada que tanto había despreciado entre colegas de toda la vida. Acordándose de lo abominable que consideraba esa positividad casi dictatorial que impregnaba cada escaparate y que descansaba sus dulces posaderas en regalos fabricados por mano de obra esclava.

-Ah. ¿Te... te apetece celebrarlo?

El silencio que se estableció entre ambos fue tan sucinto como la respuesta de una Gema que trataba de enmascarar su decepción:

-¿Por qué no? ¡Pues claro! ¿O a ti no te apetece?

-A ver, en verdad nunca lo he celebrado. Si te soy sincero, me parece una imposición, una forma de mercantilizar el amor y de cuantificar el cariño en base a los regalos que se hacen... <<Por supuesto>>-pensó Gema, y a Gustavo le pareció oír sus pensamientos incluso a esa distancia.

-...pero, mira, como novedad está bien. A ver qué me regalas tú, guapa.

Ella trató de disimular su desencanto con la risa más falsa sobre la faz del planeta, pero no pudo deshacerse de la frialdad repentina con la que hablaba del juego:

-Bueno, pues... mira, hay cuatro combates y luego la final. Luego te explico quiénes son los participantes, que algunos son conocidos en la comunidad, y cómo tenemos que practicar.

-Vale. Pues nos vemos esta tarde, preciosa.

-Vale. Luego nos vemos.

Y, cuando colgó, Gustavo tuvo que apoyarse en una pared. Tendría consecuencias, y no solo sobre esa hermosa estabilidad emocional que habían logrado establecer juntos durante esos meses, sino sobre el estado de ánimo de su chica. Si un tercero hubiera aniquilado así el cándido entusiasmo con el que le había hablado al comienzo de la conversación, le habría dicho cuatro cosas en un tono no demasiado amable. Pero el culpable era él, y por eso no hacía falta decirse nada.

Y, para compensar, tendría que ser un novio más atento aún. Llevar a cabo una emasculación progresiva, entregarle los cojones en bandeja de plata a cambio de estabilidad y cariñitos. Abandonar sus principios, abandonar su personalidad. Cambiar.

Sintió un escalofrío.

...

Gema y Carmen llegaron las primeras, seguidas de cerca por Gustavo. Emilio tardó un poco más, unos diez minutos después de la hora acordada. Diez minutos después que él, llegó Silvia. Entonces, todos miraron a la fachada del restaurante donde se habían citado: era un cubano con bastante buena fama y no demasiado caro.

-Aquí solía trabajar nuestro colega Raúl, sus padres eran amigos del dueño-explicó Gustavo-. Ahora está currando de repartidor en Madrid, el pobre.

-Ya, le podíamos mandar un audio o algo.

-Hostia, es verdad, si ni siquiera sabe que estoy emparejado-comentó, agarrando a Gema de la cintura y dándole un beso en la mejilla-. Y yo no he visto ni una foto suya desde que se fue.

-Si te metieras más a menudo en el Insta, lo sabrías.

-Ya, ya. Y, si me tiro por la ventana, ya no me tengo que afeitar ni hacer la compra.

-¡Hala, exagerado!

Las chicas asistieron divertidas a su intercambio de opiniones y pullas, pero a Gema no le sentó bien esa revelación. No le sentó bien que a un amigo querido no le hubiera dicho que estaba con ella, y seguía pensando en San Valentín. Tanto tiempo pensando en el regalo, y él lo iba a hacer en una semana.

<<Bueno, cada uno tiene expectativas distintas>>-pensó. Pero aquella situación le resultaba muy familiar, tanto que comenzó a prepararse internamente para recoger del suelo algunos pedazos rotos de tejido cardiovascular.

Pidieron unos frijoles cubanos para todos y algo de arroz, y de segundo un rabo encendido, que nunca fallaba. La conversación fue amena, rutinaria, sin ninguna novedad significativa. Las dinámicas, sin embargo, se habían alterado: después de que sus intentos de cortejo de

Silvia se hubieran revelado infructuosos, Emilio parecía tener ojos para las otras dos. No intentaba seducirlas, y no había dejado de hablar con ese proyecto frustrado de amorío, pero la situación se había equilibrado bastante.

Gustavo reflexionó, tenedor en mano y arroz en boca, sobre cómo algunos grupos formaban parejas y algunas parejas formaban grupos. En cualquiera de los dos casos (rechazó la tentación de clasificar esos ejemplos con algún nombre de apariencia científica), el grupo era frágil, y estaba seguro de que resultaría especialmente sangrante cuando este precedía al romance que había surgido en sus filas. Sin embargo, también estaba seguro de que a Emilio y a las chicas no les sentaría nada bien tener que quedar por separado si ellos decidían romper.

<<¿Por qué estás pensando en romper ahora? Si estás de puta madre>>-se dijo a sí mismo, y no mentía. Pero una vocecilla tocapelotas le recordaba que, si solo hubieran estado allí su amigo y él, o si hubieran estado acompañados de unas muchachas a las que acabaran de conocer, habría externalizado esa reflexión sin preocuparse de herir los sentimientos de nadie.

-Entonces, ya sabéis cuándo empezáis, ¿no?-preguntó Carmen.

-Así es-contestó su amiga, recobrando la sonrisa-. En San Valentín, empezamos. Qué apropiado.

Su novio contestó dándole una cariñosa palmada en la cabecita.

-Es verdad. Tienes que decirme con quiénes nos vamos a enfrentar, que estoy más perdido que...-con fastidio, notó que no se le ocurría nada-... bueno, que me hace falta prepararme, hostia.

-Ya. Bueno, he mirado los primeros rivales y uno de ellos es un streamer de poca monta que, además, es conocido por no jugar muy bien.

-El típico que chillaba cuando le matan y lo vende como comedia, me imagino.

-Ahí te he visto ágil. Sí. El nombre del compañero no daba resultados en Google, así que no es profesional, pero puede ser bueno. Con ese hay que tener cuidado, pero no son ellos los que me preocupan.

Aunque ella no lo había pretendido, y aunque tuvo que agachar la cabeza cuando sucedió, todas las miradas convergieron en Gema.

-Qué tensión-se burló Silvia, a la que aquellas discusiones le parecían tan bizantinas como herméticas. Ignorándola, Gema continuó con su explicación:

-Veréis, estoy hablando de una cosplayer que hace directos en Twitch. Nos toca contra ella en lo que será nuestra cuarta ronda, si ganamos las demás, y yo la he visto jugar. Es buena. La mayoría de sus espectadores la ven porque enseña mucho cacho, pero yo diría que es mejor incluso que yo.

-¿Cómo se llama?-preguntó Emilio, al que parecía sonarle la descripción.

-Escarcha Roja. Tiene la tira de seguidores en Instagram...

-¡Ah, sí, la conozco! Madre mía, qué...-se contuvo, para regocijo de Gustavo, que le dio una colleja-... sí, sí que la conozco. Mira, échale un vistazo...

Sin decoro alguno, le tendió el móvil a su amigo, que le echó un vistazo con curiosidad mal disimulada. En cuanto la vio con el traje alternativo de Báthory, un vestido rojo escotado que resaltaba sus encantos más sobresalientes, solo pudo pensar <<benditos desarrolladores japoneses>>. Su cuerpo se contorsionaba en una curva atractiva, y un mechón de pelo naranja teñido cubría un rostro angelical cuya mueca seductora tenía algo de demoníaco. A Gustavo le temblaron las piernas, y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no esbozar una hambrienta sonrisilla.

-Supongo que juega con Báthory, ¿no?

-Seguro que se ha fijado en eso-comentó Silvia con malicia, visiblemente molesta con los voluptuosos gráficos en 3D de aquella musa virtual. Gema, intimidada, se preguntó qué pasaría si ella se interesara por... no, no, eso no iba a pasar.

Pero deseó que su futura rival perdiera antes de enfrentarse a ellos.

La comida transcurrió con relativa normalidad, y todos disfrutaron durante el postre de un delicioso arroz con leche cuyo sabor casi les hizo olvidar la clavada que suponía respecto al precio del resto de la carta. Cuando llegó la hora de pagar, Emilio les interrumpió:

-Tranquilos, que pago yo.

-No, no, no-intervino su amigo, medio en broma-. Invitar a alguien es someterlo tácitamente a una deuda a cobrar en el futuro, y ya sabemos lo que te gusta a ti el chantaje emocional. Yo pago mi parte.

Gema estuvo a punto de gritarle algo. ¿Acaso era eso lo que había pensado cuando le había puesto en la boca ese bombón de licor, cuando había cuidado de ella durante su enfermedad? De pronto, esos hitos de la relación, que a veces fantaseaba con contar a propios y extraños (y, secretamente hasta para sí misma, a hijos y a nietos) para explicar cómo sus lazos se habían solidificado, se convertían en una burla cruel hacia esa bondad humana que él, en toda ocasión, se empeñaba en denunciar como una falsa hipocresía.

-¡No te voy a dejar!-exclamó su amigo, interrumpiendo a todo el mundo con un jovial golpe en la mesa-. Que estoy nadando en las cripto y me siento generoso. Te tendrías que haber metido, tío.

Gustavo se encogió de hombros y sonriendo, pensando en recordarle aquella reprimenda cuando viniera a cobrarle la deuda por ese acto de generosidad. Aunque al final, como siempre, se acabaría sintiendo mal y echándole una mano con lo que pudiera.

Dejaron pagar a Emilio, que sonrió como un niño al ocuparse de la cuenta de todos. Para los amigos de la pareja fue, o eso parecía, una experiencia feliz, uno de esos momentos pasados

en los que no sucede nada reseñable pero que forman parte de un todo amorfo al que uno vuelve cuando las cosas salen mal.

Para ellos, también. Se lo pasaron bien, se rieron. Pero las chispas que saltaban entre ambos ya no solo podían atribuirse a la atracción o al cariño.

...

El padre de Gema les había preparado unas deliciosas tartaletas y un salmorejo para rellenarlas. Se las comieron durante su descanso, tras haber derrotado a cinco jugadores seguidos, y Gustavo tuvo que deshacerse de sus preocupaciones (y del tentador aliciente para la soltería que suponían las mujeres como esa streamer) para gozar de ese sabor frío y humilde, de una sencillez que le impedía distraerse del momento presente.

-Tu padre cocina de puta madre, Gema.

-Me alegro-contestó ella, sonriente tras su éxito en las partidas dobles-. No te lo he contado para no ponerte nervioso, pero el tío al que te acabas de cargar... el que jugaba con Robota... era uno de nuestros futuros rivales. Bueno, si no lo eliminan antes.

Su novio mostró su satisfacción con un movimiento de cabeza.

-Qué bien. La verdad es que te hace sentirte más seguro, ¿no? Saber que podemos darle para el pelo a alguien que es conocido por jugar bien a esto.

-Madre mía, estás mazo desfasado. Darle para el pelo... seguro que por eso te cae bien mi padre.

-No, no, es buena gente. Cuando nos pilló en casa, creía que me iba a matar, pero me trató bien. La verdad es que no me extraña que hayas salido tan adorable.

Sus dos narices se juntaron en un ademán cariñoso, que alegró sus vidas hasta que ella se atrevió a decir:

-Oye, a ver cuándo me presentas tú a tu madre.

Gustavo evitó mirarla: aunque le había hablado de ella en alguna ocasión, siempre había encontrado el modo de eludir la cuestión. Sin embargo, en esta ocasión, no tuvo tiempo de conjurar ninguna evasiva y tuvo que limitarse a contestar:

-Ya te he dicho que no quiero, guapa. Lo siento, pero es que ella es... es muy pesada. Y siempre está criticando a todo el mundo, y no le hace gracia que yo me vea con chicas. Mira, es que...-apretó el puño, conteniendo la rabia-... cuando mi padre le dejó, se puso a decir que era un mujeriego y un cabrón... y es verdad, pero ella tampoco era una santa, ni siquiera antes de que se fuera... y se volvió una paranoica. Es cada vez más conservadora, además, ¿sabes? En cuanto digo algo que no le gusta, empieza a decirme que tendría que haberme bautizado, y eso me pone de los nervios. Está loca, Gema, y no quiero que te haga daño.

Verle hablar con esa dureza de su madre hizo que la aludida se santiguara por instinto, algo que su interlocutor se tomó con sorna. Pero, en esa ocasión, no se estaba poniendo de su parte.

-No, Gustavo. A ver, sé que igual no es agradable, pero ahora estás viviendo con ella. Y... dices que no le gusta que te vayas con chicas, pero yo no soy una de esas chicas. Soy tu novia. Y... a ver, no te digo que tenga que ser pronto, pero... soy tu novia para lo bueno y para lo malo. No sé, creo que... si, si vamos a ir en serio... tendrías que presentármela. No puedes decirle, dentro de dos años, que vas a casarte o que has embarazado a una chica que no conoces. ¡Y no digo que eso tenga que pasar necesariamente!-aclaró al verle la cara-. Pero esto es parte de una relación, y no quiero esperar tanto tiempo. Lo entiendes, ¿verdad?

Él asintió, y ella tomó aire: esa asertividad le había agotado. Sin embargo, a juzgar por el rostro de su novio, había dado sus frutos.

-Hazme caso-insistió, para recalcar su triunfo-. Soy tu novia, no puedes tratarme como... como si fuera un rollo de una noche.

-Ya. Te entiendo, Gema. Te la presentaré si quieres, pero todavía no, ¿vale? Necesito tiempo para asimilarlo.

Ella asintió, pero lo hizo con una mecanicidad que a él no le pasó desapercibida. No era extraño tener ese tipo de discusiones en pareja, pero no llegaba en el mejor momento. Cuando continuaron jugando, Gustavo perdió más de un combate, y a Gema le quitaron una cantidad de vida inaudita.

La pelea entre ambos, como colofón final a su sesión de prácticas, fue tensa como pocas. Gema no hizo ninguna concesión, sino que aplastó completamente a su novio, cuyos combos no le permitieron hacerle el más mínimo daño. Después de todo, ella sabía cómo jugaba porque le había enseñado. En aquel contexto, en aquel juego, era ella la que llevaba los pantalones. Saberlo hizo que sus paranoicas preocupaciones se manifestaran en una sonrisa salvaje.

-¿Qué, cómo te has quedado?

-¿Yo?-preguntó él, queriendo enterrar el hacha de guerra-. Pues, como siempre que te veo, sorprendido y aterrado.

-¿Aterrado?

-De las cosas que me haces sentir.

Uno se lanzó sobre el otro y, si les hubiéramos preguntado después, no habrían sabido decir cuál era cuál. Se enzarzaron en un combate lascivo, descargando su ira de manera placenteramente improductiva, en mordiscos, en arañazos, en consensuadas agresiones que dejaron a los dos sudorosos y fatigados. El pelo de Gema estaba hecho un desastre debido a los constantes tirones, y Gustavo estaba seguro de que le quedaría una marca en el brazo. Pero, joder, había merecido la pena.

Él fue el primero en hablar:

-No me siento muy orgulloso de lo que hemos hecho, pero... hostia puta, qué bien ha estado.

-Ni yo. Algunas de las cosas que te he dicho... no se las digas a tus colegas, ¿vale?

-No, no. Y a mi madre, tampoco.

Rieron juntos, arropados por su propia desnudez. Pero los dos sabían algo, una verdad desagradable que se abría paso con cada enfado y cada reproche mudo: tenían suerte de haber tenido esa discusión en el momento de su relación en el que podían solucionar sus problemas con un polvo excepcionalmente bueno. No siempre tendrían tanta suerte.

Él le besó la cara, juguetón, para su regocijo. Se quedó mirándola unos segundos y acarició su mejilla. Unas palabras se asomaron a su boca, pero la prudencia y el orgullo las sofocaron.

-Qué guapa estás-dijo en su lugar, y ella apretó los dientes. Dirigió la mirada hacia la mesa, incapaz de disimular su decepción-. ¿Te pasa algo?

-No-replicó secamente. Después, hizo un esfuerzo por sonreír-. Si quieres-enfatizó esa palabra-, puedo darte algo para comer cuando te vayas.

-No, no hace falta. ¡Gracias!

Ella puso los ojos en blanco y lo despidió.

En su casa, Gustavo pensó en aquella fecha maldita, en el día que las tradiciones religiosas y los intereses comerciales habían puesto en el mapa como prueba de fuego para los noviazgos, como efeméride o motivo de ruptura.

<<Motivo o excusa>>-pensó, cauto. Y también pensó que, habiendo fantaseado con una vida sin Gema y habiendo experimentado cómo eran los mejores momentos con ella, había decidido que no la quería perder.

Gema bien valía una misa.

Capítulo 13: Primera prueba

El día de San Valentín, después de desactivar las doce alarmas que se había puesto para asegurarse de que no se quedaba dormida, Gema se levantó, hizo las planchas del día y se tomó un desayuno calórico para mejorar su rendimiento en el concurso. Después, comprobando que tenía dos horas hasta la cita, miró su móvil.

El primer mensaje correspondía, cómo no, a su bendito padre. Era un escueto "buena suerte, hija" con un emoticono, pero le sentó tan bien que estuvo a punto de dar un salto de alegría. Sabía que, ganara o perdiera, le esperaba un buen cocido de garbanzos en casa.

Le habían enviado el segundo mensaje justo en la medianoche, y pertenecía a la persona con la que ganaría ese asalto durante la competición. Lo leyó mientras digería su desayuno, emocionada y complacida:

"Feliz San Valentín, princesa de mi vida. Este día no solo vamos a demostrar que somos los mejores con el *Tempus Fighting*, sino que somos la mejor pareja del mundo. Vamos a salir de ese sitio agarrados de la mano y vamos a hacer que todos se mueran de envidia cuando nos vean. Espero que te guste mi regalo, pero tendrás que ganártelo dando una paliza a nuestros rivales. Nos vemos".

Con unos dedos que se movían a una mayor velocidad que su cabeza, Gema contestó:

"Me muero por verte, campeón. También tengo un regalo para ti".

Se mordió los labios y se vistió con una sencilla camiseta de *Doctor Who* y unos vaqueros anchos que le permitirían concentrarse en la partida. Al salir de su casa, se sintió como si todo el mundo la mirara. No era una sensación nueva, pero ahora no experimentaba miedo, sino orgullo.

...

La partida tendría lugar en un centro cultural de la ciudad, que tenía un convenio para celebrar ese tipo de actividades como parte de un programa para favorecer la integración en los jóvenes. A Gustavo le parecía una chorrada para que algunos concejales se cubrieran de galones mientras uno solo de los competidores (o, bueno, dos) se llevaba el premio. Conocía a más de un pájaro que trabajaba en ese lugar y no le habría confiado ni siquiera ese ejemplar raído e inútil de *El mito de Sísifo* que no había leído en cinco años.

Tras devorar una tostada con aceite y coger la bolsa con el regalo, salió corriendo de su casa: llevaba tiempo de sobra, pero quería asegurarse de que no llegaba tarde. Después de lo que había hecho esa mujer por su salud mental, no quería decepcionarla por nada del mundo.

Al llegar a aquel edificio tétrico, de paredes grises y mal pintadas, pensó por un momento que se había retrasado o que había mirado mal la hora. Todo a su alrededor estaba vacío, sin más acompañamiento que los niños que entraban o salían del curso de idiomas que se estaba ofertando allí. Alarmado, cruzó la puerta que separaba el insulso mundo real del universo creado por los desarrolladores de *Tempus Fighting*.

Cuando entró, el fotógrafo de un periódico local estaba tomando imágenes de los participantes.

-¡Ah, perfecto!-exclamaba la concejala de Cultura, una momia que trataba de disimular la podredumbre que la carcomía por dentro con ropas chillonas, pelo teñido de naranja y el uso ocasional de neologismos del siglo XXI-. Es tu compañero, ¿no, Gema?

Ella asintió, con la sonrisa más amplia que jamás hubiera visto en su rostro. Esa era la culminación de tanto esfuerzo, de todo su extraño romance, de todas las derrotas y victorias acumuladas en el modo online.

A la derecha de Gema, sus dos rivales posaban para el fotógrafo, con una plancha de corcho detrás en la que unos carteles tapaban a otros con un caótico egoísmo.

-Hola, guapa-saludó, dándole un beso en la frente-. No sabía que iba a tener un regalo tan bonito.

Ella le dio las gracias en silencio, cohibida ante la risa condescendiente de la concejala ("ay, qué monos...") y ante la publicidad a la que estaban sometiendo su noviazgo. Él comprendió al instante que prefería que fuera más discreto, y por eso se limitó a cogerla de la mano y a fijar la mirada en sus futuros oponentes.

Reconoció al streamer del que le había hablado Gema, WaluigiWTF. Un chaval espigado de dieciséis años que, según le habían contado algunos conocidos más jóvenes, era un auténtico imbécil dentro y fuera del instituto. Llevaba un bigotillo ridículo y translúcido, y una camiseta morada con la sonrisa y los ojos rojos de un Pokémon. Su compañero, aquel cuyo nombre no aparecía en Google, era otro imberbe cubierto de granos que, quizás por orden de su dueño, vestía de manera totalmente inocua, sin nada destacable en piernas, brazos, tronco o personalidad.

Cuando terminaron de posar, llegó su turno. Gustavo rodeó a Gema con su brazo, algo que a ella le proporcionó la única seguridad que necesitaba para ganar.

-¡Hala, holy shit!-exclamaba su rival, mientras se sacaban las fotografías. Seguramente estaba retransmitiendo ya-. Oh my God, oh my God, nuestros rivales son una parejita feliz. No sé si podremos competir con ellos, que ya sabéis que Wario y yo nos llevamos como el perro y el gato. ¡Va a ser una partidaza!

Gustavo puso los ojos en blanco: por eso odiaba el mundo de los videojuegos. No negaba el potencial artístico del medio, y sabía que ya era mucho más que potencial, pero no encontraba muchas diferencias entre esa subcultura y la del deporte profesional. Si los aficionados a los juegos habían sido en algún momento esos inteligentísimos empollones que veían más allá que los meros mortales, hacía mucho de eso.

-Empezamos, ¿no?-preguntó, deseando quitarse de encima esa obligación para celebrar un San Valentín como era debido.

-Todavía no, qué más quisiera-indicó una figura en la que no había reparado hasta el momento-. Tenemos que preparar la televisión para retransmitir en directo. Si queréis retransmitir para vuestro canal, también podéis hacerlo, pero avisadnos antes. Que, como mis jefes me oigan decir un taco, me la voy a cargar.

El que habló era un hombre de aspecto aburrido, que trataba de disimular su calvicie con un peinado poco favorecedor.

-Soy Manuel, el delegado de Chrono Entertainment. Estoy aquí para supervisar que todo vaya bien, que no hagáis trampas... en fin, os hacéis una idea-resumió en un tono que casi parecía un bostezo-. Me tenéis que enseñar vuestros carnets de identidad y firmar. Pero enseguida empezamos.

-¡Buah, chaval, qué bien! ¡Burocracia!-exclamó WaluigiWTF, y Gustavo tuvo que reconocer que le hizo gracia-. ¡Venga, vamos que nos vamos!

Llevaron a cabo los trámites con rapidez, preparando la consola que había traído el delegado de la empresa. La concejala, alarmada, les preguntó si no habían traído ninguna cámara para grabar la pantalla, y la pareja tuvo que aguantarse la risa.

Manuel les reunió en una sala pequeña donde situaron la consola y la televisión, cada uno con una silla y un mando. Sin trampa ni cartón.

-Bueno. Este será el segundo combate del torneo regional de *Tempus Fighting*. Me gustaría recordar, en nombre de Chrono Entertainment, que deseamos suerte a todos nuestros jugadores y que agradecemos que, a día de hoy, sigan manteniendo vivo nuestro proyecto. Comencemos.

La pantalla de inicio era la que habían visto mil veces, pero en aquella ocasión estaba dotada de un halo especial, de una solemnidad en la que hasta el momento no habían reparado. Se sintieron como los aqueos entrando en Troya, agazapados en un caballo gigantesco, sabiendo que estaban a unos segundos de jugarse el tipo en combate. El escenario escogido, la cueva prehistórica, gozaba de una magnificencia que no hizo mucho por tranquilizarlos.

Three... two... one... FIGHT!

Su rival jugaba con Musashi, pero ese personaje era tan común en los combates en línea que Gema podría haberlo derrotado con una mano atada a la espalda. Gustavo contempló, absorto, el virtuosismo de su novia, y entendió a la gente que veía gameplays en Internet en vez de jugar por sí mismos. Había algo hipnótico en ver a alguien dominar el juego de esa forma, manifestar sus pensamientos a través de órdenes concretas que desembocaban en un monigote digital que se movía con la gracia de un bailarín. Estaba convencido de que ni siquiera los programadores del juego podrían haber ejercido tal dominio sobre su producto.

Por supuesto, su rival le recordó el lado menos agradable de los gameplays.

-¡What the fuck!-gritaba-. ¡What the fuck! Madre mía, madre mía, me está dando por culo... ¡y no me está gustando!

Quizás, si WaluigiWTF no hubiera sentido la necesidad de comentar cada jugada, habría podido combatir con más acierto. De hecho, le quitó un cuarto de vida a Elsa, lo cual tenía cierto mérito. Pero, pronto, el látigo de aquella nazi desquiciada acabó con sus esperanzas. Ahora le tocaba a su compañero.

Aquel chaval de aspecto neutro comenzó propinándole a Gema un gancho de derecha que la hizo volar por los aires, gracias a la fuerza sobrehumana de Robota, la androide del futuro. Vestida como una ama de casa de los cincuenta, esa mujer artificial de aspecto clásico y amenazador descargó una serie de misiles sobre Gema que redujeron su barra de vida a menos de la mitad.

Gustavo se aferró a su mando, listo para luchar si la ocasión lo requería, mientras contemplaba el rostro de su amada. Tenía la mirada fija en la pantalla y su expresión era imperturbable. No parecía nada nerviosa, ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que estaba en desventaja. Verla tan segura de sí misma provocó en él el amago tímido de una erección.

Gema consiguió contraatacar con una serie de arañazos que dejaron a su rival sin un cuarto de vida, y luego se situó en su extremo de la pantalla para continuar defendiéndose. Algunos de los láseres de su enemigo le hicieron más daño, pero ella sacó el látigo poco después, para que este le correspondiera enredándose alrededor de su cuello y haciéndole chocar contra la roca de esa cueva. Gustavo tuvo que reprimir un "¡sí!" que le habría colocado a la altura de su insoportable rival.

-¡Madre mía, Wario, qué igualado está! ¡Qué igualado! ¡Y, si le ganas a ella, seguro que el otro no te dura nada!

El aludido torció el gesto, pero decidió centrarse en apoyar a su novia. A su novia, que respondía a las agresiones de su rival a sangre y fuego, con una furia disimulada en su expresión de fingida indiferencia.

Pero el tío era bueno. Y, teniendo él un cuarto de vida, consiguió reducir la de Gema a una fracción casi invisible. Gustavo ejerció una tensa fuerza sobre el mando, listo para entrar al combate y darle a su equipo la victoria que merecían. A aquel imberbe no le importaría vivir unos años más con sus padres, pero a él le iba a sentar como un tiro en la polla. Apretó la mandíbula, con la carne de gallina, al ver que Robota saltaba hacia Elsa con su taladro apuntando hacia abajo. Contigo la respiración. Se dispuso a lanzarle un proyectil de tinta... ..y, entonces, Elsa le dio un rápido latigazo a su rival, que desembocó en una serie de arañazos que, antes de que ella misma se diera cuenta, le quitaron toda la vida. Siguió golpeándolo unos segundos después de la derrota.

Gema abrazó a su novio, que recibió con estoicismo toda la fuerza de aquella poderosa mujer. Los chillidos de WaluigiWTF fueron las trompetas que anunciaban su victoria.

-Lo hemos hecho, guapo. Lo hemos hecho... lo hemos hecho.

Él la besó en el cuero cabelludo, contagiado de la emoción temblorosa de esa chica a la que, muy a su pesar, había aprendido a querer.

Se incorporaron para hacerse la foto junto a sus rivales. Como en *La rendición de Breda*, trataron a los vencidos con dignidad, y Gustavo imitó el gesto del general Spínola con la esperanza de que su novia reconociera la referencia.

-Habéis jugado bien-reconoció WaluigiWTF, ya con la cámara apagada-. Sin duda, mis seguidores apreciarán este jocoso espectáculo, pese a que nuestra andadura en el certamen se ha visto truncada antes de lo que ellos o nosotros habríamos deseado. Lo lamento si alguna de mis chanzas, necesarias para fidelizar a nuestra audiencia, os ha ofendido. Habéis participado con una destreza encomiable y vuestro irreprochable comportamiento ha estado muy basado.

Gustavo lo miró, más confuso que agradecido.

-¿Basado en qué?

Las carcajadas de Gema y de sus derrotados enemigos le acompañaron hasta la salida.

...

La llegada a la casa de Gema fue accidentada: en cada escaparate hallaron algo que les hizo reír o intercambiar diálogos, en cada pared había un espacio para apoyarse y gozar de los labios receptivos de un cuerpo juvenil. Todo su pueblo, aquel pueblo del que habían ansiado huir durante prácticamente cada día de su vida, se había transmutado en una alfombra roja en cuatro dimensiones, que se extendía en el pasado hasta aliviar sus momentos más ignominiosos.

-No me lo puedo creer-susurraba ella, de vez en cuando. Acababa de confirmar que esa pérdida de tiempo había resultado productiva. Su objetivo estaba aún lejos (a cuatro combates de ella), pero ahora era tangible, era palpable, y se encontraban unos centímetros más cerca de él.

En la casa no había nadie, como habían esperado. Por ello, Gustavo no tuvo reparo en quitarse su cazadora vaquera y su camiseta.

-Espera, espera, animal. Que te tengo que dar tu regalo.

Él volvió a ponerse la ropa, aunque con la adrenalina alimentando aún su libido. Miró el culo de Gema mientras esta corría del pasillo al salón, emocionada y tal vez un poco nerviosa. Tal vez, también, un poco cachonda.

Cuando volvió, llevaba entre sus manos la forma inconfundible de un libro oculta en un envoltorio de papel rojo.

Gustavo abrió el regalo con voracidad, deseando desvelar lo que escondía esa potencialidad casi infinita. Era lo bello de los libros, la expresión definitiva de la capacidad simbólica del hombre: no esperaba encontrarse *Guerra y paz* en un volumen tan pequeño, pero podían ser tantas cosas, tantas cosas tan banales, tantas cosas tan trascendentes, que intentar

adivinarlo era inútil. Era emocionante saber que el mismo número de hojas de papel podía contener reflexiones y mundos tan antagónicos.

Al ver a aquel hombre transportando la pesada roca a través de la montaña, supo qué era, y haberlo leído tantas veces en la adolescencia no evitó que sonriera. *El mito de Sísifo*, en el que Albert Camus convencía al lector de no tirarse por la ventana.

-Te lo he comprado porque sé que te gusta la filosofía y... bueno, como me dijiste que te molaba este autor... supongo que te lo habrás leído, pero dicen que tiene notas muy interesantes... y, si quieres, me lo puedes explicar. ¿Te lo has leído ya?

Antes de contestar, le dio un pico.

-Sí, pero te lo agradezco. La edición que tengo está hecha mierda ya, y... sí, creo que lo voy a disfrutar mucho. Muchas gracias, mi reina mora, mi princesa de videojuego, mi dominatrix nazi. Anda, abre el regalo.

Ella obedeció, indagando en la bolsa. Allí se encontró, dentro de un arrugado papel azul, una tela negra que le provocó una enorme curiosidad. Al revelar lo que su novio había ocultado con tanto esmero en el viaje de vuelta a casa, esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

-Pero qué tonto eres...

En la camiseta flotaban las letras regias que conformaban el letrero de *Tempus Fighting*, junto a una efigie de Musashi, la mascota del juego. Gema conocía esa prenda: se trataba de una edición limitada de merchandising que había salido con el producto, una baratija que se había revalorizado ligeramente con el paso del tiempo pero que nadie apreciaba demasiado. Sin embargo, para Gema era algo más: un regalo detallista, un recordatorio de esa campaña arriesgada que habían decidido acometer juntos, una reliquia que guardar en el futuro.

-Quiero vértela puesta luego, ¿eh?-dijo él, guiñándole el ojo-. Pero mira en el envoltorio, que te has dejado algo...

Y ese algo, según vio, era una hoja de papel pegada a una rosa. Agarró el papel y leyó lo que allí ponía.

Gustavo no le quitó el ojo de encima: quería ver cómo reaccionaba a aquel poema que le había escrito, cómo se alteraba su rostro ante esa traducción chapucera que había hecho de las inefables conexiones neuronales que su presencia le suscitaba. Tras leer su propia obra, había pensado que se trataba de una creación claramente imperfecta, ingenua, casi infantil. Sin embargo, eso era lo de menos. Al ver su cara enrojecida, al verla secándose lágrimas de alegría, supo que había acertado. Aunque fuera por casualidad, aunque no hubiera nada extraordinario en fondo o forma dentro de aquel poemilla, había acertado.

-Te quiero-le dijo a Gema, y supo que acababa de tirarse sin paracaídas. El abismo, delante de él, tenía formas seductoras pero impredecibles. Le había puesto no ya sus huevos, sino su corazón en una bandeja de plata. Se lo había puesto a merced de sus uñas y de sus dientes y, sobre todo, de sus palabras.

-Yo te quiero más.

Esas palabras abrazaron el corazón que le acababa de ofrecer, y fueron seguidas por un abrazo y por un beso, y luego por más cosas que no merece la pena contar en detalle. Fue el mejor San Valentín que ninguno de los dos hubiera vivido, aunque seguramente tuvieran agujetas al día siguiente.

Durante la vuelta a casa, fue recibido por una llovizna que no consiguió minar su entusiasmo. Aún habiendo descargado el contenido de sus gónadas más de una vez, sentía hacia ella una atracción que le hacía flotar por encima de ese asfalto húmedo, volando a través de pensamientos de amor que había creído enterrados. Sí, de amor. No de imperativo biológico, no de constructo social, no de una reacción química, sino de algo ajeno e irreducible, de algo casi milagroso en lo que nunca había pensado que volvería a creer. Su razón le decía que se estaba engañando a sí mismo, pero él siempre había sido un empirista.

Cuando sintió una vibración en el bolsillo, sus instintos le confirmaron que se trataba de ella, de la única "ella" que importaba en su vida, y se sintió feliz. Sacó el teléfono de su bolsillo con una mueca tan estúpida como su deducción.

Cuando leyó el mensaje, se acordó de lo endeble que le habían parecido los argumentos de Hume sobre el empirismo, y de lo poco fiables que eran los sentidos.

El mensaje era un enlace de una noticia local en la que se hablaba del concurso. Y, por debajo de él, un mensaje certero, lúgubre, acusador:

"Cuando ibas a decirmelo, hijo?"

El juego

*Píxel servil soy en tus manos,
con gracia gentil coges el mando
que guía mis virtuales pasos.*

*Personaje soy, tú jugadora;
manejas dominante esa partida
que consume interminables horas.*

*Tus ausencias me envenenan,
me paralizan tus penas,
mis estados alterados
los remedia tu presencia.*

*Yo no me pierdo en lamentos
por sacrificado albedrío,
no hay finales infinitos
ni tampoco mundo abierto
que me hicieran renunciar
al desigual amorío*

que me ata y me esclaviza

con cerrada narrativa.

Mi solitario pesar,

mi pesar desesperado,

no es vivir vida de esclavo,

sujeto al incontestable amo

de mi pecho,

sino carecer de algo

con lo que fui agraciado

en los mundos programados:

aquel punto de guardado

con el que volver, subyugado,

a nuestros encuentros pasados.

Capítulo 14: Prueba necesaria

-¿Sabes qué me están diciendo mis amigas!? ¡Que soy una mala madre por no haberme enterado! Es que cómo se te ocurre dejarme en ridículo de esa forma... ¿tanto te costaba decirme que estabas saliendo con alguien? ¿Es que te muerdo o algo?

Siempre había sido así, desde que era pequeño. Cuando le regañaba, nunca había hecho referencia a la moralidad de sus actos, y tampoco a lo conveniente o no de los mismos a largo plazo. No, ella siempre había hablado de cómo le avergonzaba en público, de cómo le hacía perder el tiempo o de cómo le hacía quedar mal delante de sus amigas.

-Bueno, eso es cosa mía. Si no estoy preparado...

-¿Pero preparado para qué!? Es que a los jóvenes de hoy os da un ataque de ansiedad por cualquier cosa. Eso es porque no habéis pasado hambre.

<<¿Cuándo has pasado hambre tú, hija de puta?>>-pensó, preguntándose si se había pensado a reflexionar sobre esa frase que seguramente su propia madre le hubiera dicho. Pero, a diferencia de su abuela, ella no había vivido ninguna posguerra, y la autoridad moral de alguien que había vivido la mayor etapa de prosperidad conocida valía tanto o menos que la de él.

-Bueno, pues ya lo sabes. Y el hecho de que te hayas puesto así demuestra que tenía razón al no habértelo dicho.

Eso suscitó más gritos todavía, demostrando que esa maldita mujer no podía preocuparse menos por la legitimidad de los argumentos de su hijo, que ganaban peso con cada decibelio que añadía a sus reproches.

Después de que se desinflara, él pudo hablar:

-Bueno, ya está, tienes razón. Lo siento, ¿vale? Tendría que habértelo dicho.

Paseó por la cocina, conteniendo las lágrimas. Seguro que así le gustaba verle a esa zorra: derrotado, humillado. Así le recordaba quién mandaba, quién era el dueño de la casa. Así le recordaba que, aunque él le hubiera jodido la vida y destrozado todos sus sueños, ella seguía siendo la responsable de su existencia.

-¿Ves? Si es que no sé por qué eres tan cabezón, si sabes que tengo razón. Es que no querer presentarle tu novia a tu madre...

Le pellizcó la mejilla en un atosigante ademán de falso cariño. Bueno, quizás fuera cariño real, el único cariño que ella podía dar. Y eso era peor todavía.

-¿Y no te da vergüenza estar perdiendo el tiempo con jueguecitos en vez de trabajar?

Él se encogió de hombros, retomando el control sobre sus propias emociones.

-Mira la noticia y me dices si el premio no merece la pena. Y, como tampoco tengo nada que hacer...

Ella aceptó a regañadientes lo que su hijo le decía y le dejó en paz hasta la hora de la cena. Hasta entonces, estuvo en su cuarto, intentando concentrarse en la lectura de su regalo de

San Valentín. Pero ni siquiera la prosa tranquilizadora de Camus pudo impedir que siguiera gritando por dentro, con la mano empapada de lágrimas y mocos.

Se comió su pizza congelada con la cabeza hundida en la mesa, frente a la dictatorial mirada de su progenitora. Esperaba aquella pregunta que terminaría de arruinar tan hermoso día, y la esperaba sin ánimos de combatirla, con todo su espíritu contestatario reducido al conformismo del oficinista medio. Cuando ella abrió la boca, pudo predecir lo que iba a decir con una exactitud pasmosa:

-Pues me la tendrás que presentar.

...

-No te pongas nervioso.

-Joder, para no estarlo. No la conoces.

-Bueno, pero seguro que no es para tanto. Cada padre tiene sus cosas.

-Que no, Gema, que no. Pero yo te agradezco que hayas venido, en serio.

Aunque le gustó el beso que su novio le dio, Gema sintió un escalofrío. No por la madre de Gustavo (no podía ser tan mala), sino por lo que su estancia en esa casa podía revelar. Hasta ahora, había visto el lado de él que él había querido enseñarle, pero estaba a punto de contemplarlo en su estado natural. ¿Aprendería algo? Si se empeñaba en no hacerlo, no. Pero sospechaba que la incómoda realidad hallaría el modo de entrometerse en su cabeza sin demasiados problemas.

Durante la caminata por la calle, hablaron de los otros combates que habían tenido lugar en los distintos centros. Les había llamado la atención especialmente el modo en que Escarcha Roja había derrotado a sus combatientes rivales, que habían utilizado a Puk pero no habían conseguido rozarla. Una victoria perfecta, y la única de ese tipo en el campeonato. Después de esa obligada comida, tendrían que practicar más aún.

-Venga, guapo, no te preocupes. Si te critica, me pondré de tu parte.

-A ver si es verdad-se burló, sonriente.

Llegaron al mismo edificio donde habían estado antes, pero no parecía el mismo. Donde antes habían pensado en aventura y excitación, ahora pensaban en compromiso, en deber, en todas esas cosas aburridas en las que la pasión se convierte con el tiempo.

Gustavo tardó dos segundos más de lo habitual en dar la vuelta a la llave, y los aprovechó para mirar de arriba a abajo a su preciosa novia: ataviada con una falda larga y un suéter, parecía que se dirigía a una entrevista de trabajo o a cualquier otra ocasión de similar importancia. Y, sin embargo, estaba seguro de que no sería lo suficientemente buena para ella. Nunca lo eran.

Al cruzar el umbral de la puerta, saludó con desgana:

-Mamá, ya estamos aquí.

Ella salió de la cocina, oliendo a lentejas y chorizo, con la sonrisa engañosa de una hiena. Se acercó a Gema y le dio dos besos invasivos que ella correspondió como pudo.

-¡Ay, hola, qué guapa estás! Te queda muy bien el conjunto, mejor que el de las fotos. ¡Es que solo te conozco de esas fotos, que el canalla de mi hijo no me había dicho nada de ti! Ay, mira, yo soy Bárbara. Tú, Gema, ¿verdad?

Ella asintió tímidamente.

-Sí, esa soy yo.

-¡Ay, cuéntame cosas de ti, que este me tiene a dos velas! ¿Qué estudiaste?

-Eh... bueno, yo... bueno, estudié Biología y ahora estoy estudiando una oposición.

-¿Ves? Eso tendrías que haber hecho tú, y no tanto irte al extranjero. ¡A ver si lo enderezas, que está visto que yo no puedo!

Compartieron unas risas que a Gema le parecieron una trampa mortal: después de todo, le estaba poniendo en un compromiso. Podía ganarse su confianza, sí, a cambio de dejar mal a su hijo. No era el mejor trato del mundo.

-Venga, iros sentando, que os vais a chupar los dedos.

La comida estuvo deliciosa, sin duda, pero hasta una desconocida como ella pudo apreciar la animadversión que existía entre ambos. Gustavo, normalmente tan hablador y combativo, se limitaba a comunicarse con monosílabos y a tratar de encauzar las conversaciones hacia algún lugar donde no se incurriera en recordatorios incómodos de cagadas del pasado.

-Uy, tú eres mucho mejor que las otras que ha traído a casa. Me acuerdo de esta ecuatoriana...

-Venezolana, mamá.

-Bueno, lo que sea, son todas iguales. Mira, te dejó justo cuando se te acabó el dinero de Londres. ¿Por qué sería?

La carcajada de esa cerda inmundada hizo que su hijo apoyara las uñas en el mantel del comedor, y Gema quiso ponerle la mano en el hombro para ofrecerle consuelo, pero no quería parecer maleducada.

-Y dime, niña, ¿a qué se dedican tus padres?

La conversación continuó y, gradualmente, Bárbara se fue familiarizando con la vida de Gema. Le interrogó sobre los detalles más minúsculos, pero lo hizo con tal maestría que no le molestó. Pasado el tiempo, comenzó a empatizar con la vida de esa enigmática mujer que hasta ahora solo había conocido en boca de su hijo, con sus problemas en el trabajo, incluso con sus chistes y sus discordantes risas.

-Bueno, chica, tú vente por aquí cuando quieras-dijo finalmente, después del postre-. Y, si quieres algún descuento en perfumes o cremas, mi amiga Conchi siempre se entera de todo. Ella le aseguró que lo tendría en cuenta antes de abandonar la casa. Gustavo insistió en ir con ella, pero su madre le ordenó que se quedara recogiendo. Por ello, se limitó a acompañar

a Gema a la puerta, donde ni siquiera pido besarla. Su progenitora, cuya totalitaria mirada revoloteaba sobre ambos, le habría hecho algún comentario malicioso que le habría jodido la tarde.

-Bueno, guapa, te hablo luego.

-¡Vale! Claro. Y... bueno, Bárbara... me lo he pasado muy bien. Gracias por la comida.

Después de que se marchara, su novio se dedicó a fregar los platos en silencio, intentando desesperadamente no incurrir en ningún comportamiento que pudiera acarrear pena de regañina. Sin embargo, aunque esperó un tiempo prudencial, ella estaba lista para castigarlo. Siempre lo estaba.

-Pues menuda mosquita muerta te has echado. Pero, en fin, es mejor que las demás. Eso sí, le hace falta más carácter. ¡No me extraña que te guste tanto, seguro que te deja decir tus tonterías sin rechistar!

Qué mujer más odiosa y cuánto la odiaba. Después de aquello, se encerró en su cuarto y se sentó a jugar al *Tempus Fighting*. Fue derrotado en cada ocasión, hasta que tuvo que dejar el mando en la cama y sentarse. Sentarse e intentar leer su libro. Sentarse e intentar leer las noticias. Sentarse y hacerse una paja larga, autodestructiva, en la que salivó como un perro mientras pensaba en escenarios implausibles. Se imaginó como un famoso intelectual, como un profesor de universidad, rodeado de alumnas y colegas dispuestas a quererle de manera incondicional, a soportar y celebrar cada una de sus excentricidades como si fueran muestras de una incomprendida brillantez.

Tumbado en su cama, rodeado de pañuelos sucios, se sintió solo en un mundo que a veces le parecía conspirar contra él. O quizás él, ese pobre rebelde del siglo XXI sin nada contra lo que rebelarse, no pudiera ni siquiera enfrentarse a una situación incómoda sin que su crónica depresión hundiera sus uñas en él. Quizás su madre tuviera razón. Quizás era un blando sin carácter y por eso no había podido quedarse en Londres.

No. ¡No, no, no, no! Activó el WiFi del móvil, deseando hablar con Gema para recibir su necesaria dosis de autoconfianza, y vio que había recibido un mensaje hacía media hora.

"¿Qué tal estás?"

"Bueno, algo jodido, pero creo que me recuperaré".

Su novia contestó casi al instante, en un ejercicio de empatía que le hizo sentirse culpable de haber tardado tanto en responder:

"Venga, no digas eso. Si es maja, lo que pasa es que la ves todos los días y por eso estás harto".

Su empatía se tornó en furia, y pensó en contarle lo que esa arpía le había dicho de ella. Pero lo dejó estar, y se sintió competente y maduro al hacerlo. Tenían algo bonito y no iba a dejar que esa bruja lo arruinara. No. Era demasiado importante.

...

Gema llevó a cabo sus ejercicios matutinos, desayunó huevos con leche y estudió durante dos horas. Seguiría por la tarde, pero no tenía ánimos para continuar. En su lugar, se puso un capítulo de *Doctor Who* y, después, miró por enésima vez la página oficial de *Tempus Fighting*. Y vio que, en el apartado de concursos, había una novedad.

Le pasó el enlace a Gustavo y le explicó que tendrían que trasladarse a la capital para las próximas rondas. Se lo pensó unos segundos antes de enviarle el mensaje, ya que sabía lo reacio que era su bendito novio a cualquier cosa que supusiera un desembolso económico, por nimio que fuera. Por ello, redactó un necesario añadido al final: "No te preocupes, ese día no curra mi padre y nos puede llevar".

Tras enviar el mensaje, se puso vídeos de otros concursos regionales para ver cómo se manejaban los otros jugadores. Seguía sorprendida por la inversión de la empresa en aquel juego tan viejo que solo durante los últimos años había desarrollado un estatus de culto. Se preguntó si los rumores de una secuela serían ciertos, y si...

...tuvo que sonreír al imaginarse cómo jugaban los dos juntos al *Tempus Fighting 2*, manejando a nuevos personajes y derrotando a todo el que se les pusiera por delante. Y luego jugando a la tercera entrega y a la cuarta, e incluso a los juegos móviles que sacaran para exprimir la gallina de los huevos de oro.

Desechó esas fantasías, acordándose del cuento de la lechera que le había contado su madre de pequeña. Y no solo eso, sino que le había obligado a decirle cuál era la moraleja, y le había hecho exponerle un caso práctico en el que se podía aplicar. A decir verdad, su madre siempre solía verle un sentido oculto (real o no) a cosas que en principio no debían tenerlo. En eso se parecía a Gustavo.

Cuando llegó su respuesta, temió que se acabara todo. Que le dijera que se había cansado de ella o había estado con otra, que le dijera que aquel concurso le parecía algo infantil propio de sociedades decadentes y acabara abandonándolo todo.

"Mola. A ver si tengo tiempo para llevarte a ver monumentos aburridos".

Se mordió el labio, seducida de nuevo, como cada día. Hasta la hora de la comida, pasó el rato mirando las cuentas de Instagram de los jugadores. La más activa, como siempre, era la de Escarcha Roja. Miró su número de seguidores, siempre creciente, y la última foto que había publicado.

Estaba ataviada con un provocador vestido de Vampirella, del que no se veía la parte inferior (pues el foco estaba en otro sitio), y miraba a la cámara con una seguridad quizás solo aparente, pero que a ella le habría encantado poder aparentar.

"Ya sé dónde será la próxima fase del torneo. Prepárate, mundo, porque te voy a chupar la sangre".

Capítulo 15: Victoria y celebración

-A ver, ahora hacen concursos y eso está muy bien, pero no os podéis imaginar lo que lo petó el *Street Fighter II* en su día. Hasta los yonquis, cuando nos cobraban el impuesto revolucionario a los chavales de allí, se ponían a jugar a las maquinitas en vez de gastárselo en droga.

El padre de Gema contemplaba nostálgico el auto que les había dejado, un antiguo Dacia amarillo que parecía recién sacado del concesionario. Gustavo miró el coche con respeto, recordando todas esas lecciones de autoescuela que no había aplicado a su conducción posterior. Si le hacía el más mínimo rasguño, Gema le castraría.

-Papá, que vamos a llegar tarde. Ya sé que te gustan tus batallitas, pero la mayoría de los que hay allí no han jugado nunca ni han oído hablar del *Street Fighter II*. Vamos, de hecho, la mayoría hemos nacido después.

-Vale, vale, me ha quedado claro. Ahora marchaos, tened mucha suerte y no hagáis que nadie se sienta tan viejo como yo me acabo de sentir. Aprovechad, aprovechad, que ya se reirán vuestros hijos de vosotros...

Aquel "vuestros hijos", aunque no necesariamente implicaba que fueran unos hijos en común, les hizo sentirse tan incómodos que se despidieron con aún más rapidez de la que tenían pensada. Gustavo se sentó en el asiento del piloto tras ajustarlo y salió del garaje, deseando haber tenido un padre como ese. O una madre. O un tío, aunque fuera.

Salir del pueblo fue refrescante, liberador. Gustavo puso la radio, momento en el que Gema le dio un breve golpe en el brazo.

-¿Y eso?

-¡Coche amarillo!

-¿Cuál?

-En el que vamos montados.

-Pero qué tonta eres...-musitó, feliz.

-¡Hala, qué falta de respeto! ¿A que nos damos la vuelta?

-No, no. Pero no vuelvas a hacer eso, que igual acabamos descalificados.

-¿Por?

-A ver, no creo que dejen a los muertos participar, e igual acabo estrellándome como me vuelvas a distraer.

Siguieron bromeando durante el camino, hablando de fantasiosos planes de futuro, hasta que oyeron en la radio cómo proseguía el juicio de un caso de corrupción.

-Hijos de puta...-susurró él, agarrando el volante con dureza-. Y los noticiarios suelen fijarse en los políticos, pero casi peores son los empresarios que los compran. Los ejecutaba a los dos.

Ella tardó en contestar, algo aturdida por esa contundencia.

-Bueno, es una forma de hablar, ¿no?

-No-sentenció él, serio-. Indirectamente, esta gente está haciendo daño al robar el dinero para la Sanidad, para la inserción social... no sé, ¿cuál es el coste indirecto en vidas de estos sinvergüenzas? Y, sin embargo, la gente de su partido va diciendo que no es para tanto, que no han matado a nadie. Pues no, porque el que mata al menos tiene los cojones de matar. Y estos no hacen el mal por sus circunstancias, sino por codicia, por lo que la reinserción no tiene sentido, ya que han demostrado que todas las facilidades que han tenido no han sido obstáculo para las putadas que hacen. No, yo creo que no se pierde nada si se mueren.

Ella se tomó su tiempo para contestar, algo aterrada ante esa demostración de rabia. Había hablado de la muerte con una pasión que hasta ahora solo había reservado para sus besos, y lo había hecho sin rastro de ironía.

-Pero... no sé, me parece algo fuerte. Quiero decir, son derechos humanos al final.

-Ya, pero es lo único que se me ocurre. El incentivo del dinero es demasiado poderoso y, con la cantidad de dinero adecuada, se puede evitar ir a la cárcel. O se puede ir y pasar solo unos meses. Pero de una ejecución no te puedes escapar.

-Ya, pero morirían muchos inocentes. No sé, es que me parece muy del siglo pasado lo que estás diciendo...

-A ver, yo comprobaría que todo el mundo fuera culpable, no lo haría indiscriminadamente.

-Ya, pero... no, no me parece bien. Aunque sea un miserable, creo que todo el mundo tiene derecho a la vida.

-Bueno, eso es como el derecho a la propiedad: tienes el derecho... hasta que interfiere en los derechos de los demás. Es igual que cuando un policía abate a un tío que va a matar a machetazos a alguien. Solo que, en vez de machete, amenaza la integridad de sus semejantes de otro modo.

-Ya, pero empiezas así y acabas matando a todo el mundo como... pues como en la Rusia soviética, que había muy buenas intenciones pero acabó como acabó. Oye, tú no serás comunista, ¿no?

-No, no, qué va. Bueno, de adolescente lo era. Pero no, es más complicado. ¿Y tú?

-No, no. A ver, yo soy de izquierdas: estoy a favor de... bueno, de la inclusión, de la igualdad y eso. ¡Bueno, tampoco es que sepa mucho de política! Pero no, comunista no soy.

-Ah.

-Y no me apetece continuar con esta discusión, pero ya me contarás luego cuál es tu ideología. Que, con alguien tan pedante como tú, seguro que tienes un manifiesto escrito por ahí.

Le dio un beso en la sien para permitirle seguir conduciendo sin distracciones, pero la inquietud que anidaba en su cabeza volvió a manifestarse. Si acababa de descubrir ese

elemento tan perturbador de su personalidad sin haber sospechado nada, poco quería imaginarse lo que quedaría por descubrir.

<<Ya tendré tiempo de preocuparme de eso. Ahora, tenemos que ganar>>.

Les sorprendió para mal la arquitectura uniforme de los edificios públicos dedicados a ese tipo de actividades. Aunque allí debía de haber muchos más recursos que en su pueblo, ni siquiera todas las riquezas de El Dorado podían suplir la falta de imaginación e interés. Entraron en aquel edificio de tétrica mediocridad, y se encontraron con un ambiente que hizo que Gema sintiera un encogimiento en el alma. El brazo de Gustavo, que le rodeó los hombros con cariño, no hizo mucho para tranquilizarla.

En ese lugar se habían dado cita unos variopintos personajes que hablaban entre ellos en distintos tonos, desde los susurros hasta las carcajadas. Algunos rondaban los cuarenta, pero eran una minoría: casi todos tenían su edad. La mayoría de los asistentes entraría dentro de la categoría de "friki", con camisetas pertenecientes a diferentes franquicias (Gema miró orgullosa hacia abajo para ver la que su novio le había regalado), pero la heterogeneidad de ese conjunto era sorprendente y aterradora. Personas de toda estatura y complexión, de distintas personalidades, juntas como en una lata de sardinas. Ella deslizó su mano hasta el bolsillo de su pantalón, donde llevaba una mascarilla. Decidió no usarla, al menos por el momento, pero no pudo quitarse de encima los noticieros con las cifras de muertos, las imágenes de hospitales colapsados. Tembló.

Su novio le cogió de la mano.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Lo que pasa es que tanta gente me pone nerviosa.

-Tú tranquila, la próxima vez solo estarán la mitad.

-Mira, tienes razón. Pero este ambiente no me va a venir bien para concentrarme. Deberían haber venido solo los jugadores, no los acompañantes. Me recuerda... me recuerda a la sede de un examen de oposición justo antes de una prueba.

-Buena comparación. Aunque a lo mejor es deformación profesional... bueno, no exactamente profesional... no sabría cómo llamarla...

-¡Ah, allí estáis!

Miraron hacia el lugar de donde había venido esa voz, y vieron al tipo que les había pedido los carnets la otra vez. Manuel, se llamaba. Y, a juzgar por el temblor de sus labios y el modo en que sus dedos se cerraban en torno a su tablet, estaba tan nervioso como Gema.

-Bien, sois... aquí estáis... Gustavo y Gema, ¿no?

-Así es-contestó él-. Hoy está movidito el día, ¿no?

-Sí. Se os separará en distintos grupos para llevar a cabo los combates. Yo les dije a los mandamases que hicieran el concurso en un solo día, pero nooo... tenían que estar dando por culo con esto durante semanas.

Olía a tabaco, pero sonaba a síndrome de abstinencia. A Gustavo le dio pena verle tan agobiado, y Gema se preguntó cómo sería ella después de diez o veinte años en el mismo puesto de administrativa. La respuesta no le gustó demasiado.

-Va, perdonad los exabruptos. Venga, firmad en la pantalla... con el dedo, así, ya sé que es un coñazo... pero es lo que toca. Así. Perfecto. Vale, ahora esperad, que os llamaré pronto.

Ellos asintieron y, mientras esperaban, discutieron en silencio estrategias. Los rezagados fueron llegando por parejas, y el representante de la empresa les explicó lo mismo. Situados cerca de la entrada, comprendieron el aburrimiento que abatía a ese hombre, que veía algo tan mágico como un concurso de ese tipo convertido en una formalidad repetitiva.

Al menos, hasta que algo rompió la monotonía.

Cuando Escarcha Roja entró por la puerta, uno habría jurado que el mundo se detenía. Las conversaciones paralelas siguieron castigándolos con esa interminable contaminación acústica, pero algunos de los concursantes se detuvieron para susurrarse a sí mismos que la reconocían. Y era ella, tal y como aparecía en las fotos, pero en tres subyugantes dimensiones.

A pesar de la delicadeza pálida de su cutis y de la fragancia flamígera que desprendía su cabellera pelirroja, eran sus pechos los que acapararon la atención, como un soberbio diamante que sobresale incluso entre valiosas monedas de oro. Aquellas dos protuberancias que se asomaban a través de su camiseta escotada parecieron alterar el campo gravitacional a su alrededor. Como si se tratara de cuerpos celestes, las miradas desviaron su trayectoria en torno a aquella masa, con lascivia, con envidia, mirando de manera descarada o furtiva, o girando la cabeza de un modo artificial para evitar que pensaran que la estaban mirando. Si el carisma tuviera una figura, sería esa.

Manuel le tomó los datos con una embarazosa dificultad, a ella y a esa compañera de streaming que quedó empequeñecida por la famosa líder de su equipo. Después de ese trámite, la recién llegada caminó hacia el banco con unos andares que parecían haber sido concebidos por un comité de profesores de danza.

Al pasar por delante de ellos dos, les dirigió una sonrisa.

-Anda, la parejita. Jugasteis muy bien... bueno, ella. Qué pena que tengamos que participar por parejas, ¿verdad?

-Pena para ti-repuso Gustavo, haciendo un esfuerzo por centrarse en sus ojos. Besó a Gema en la frente para hacer valer su respuesta, pero eso no tranquilizó a su novia-. Yo estoy encantado.

-Ay, qué monos.

Y se alejó con ese movimiento de serpiente, tan letal como atrayente, que atrajo miradas poco discretas.

-Qué maja-comentó Gema, sarcástica. Aquel intercambio le había sentado como un tiro, y no solo por su falta de modales, sino porque las tetas no se podían desarrollar haciendo sentadillas.

Después de que todos los concursantes llegaran, les fueron separando por grupos. Afortunadamente, no les tocó junto a esa mujer, que se fue con otro delegado de la empresa. A Manuel le tocó dirigir al grupo donde estaban ellos dos, y les dirigió hacia un aula donde una televisión cretácica mostraba ya la pantalla de inicio del juego.

-Bueno, ya sabéis las normas, ¿no? Pues... hostia, que lo tengo que grabar... vale, empecemos de nuevo...

Tras dar un discurso prefabricado, comenzaron los combates.

-Oye, Gema... ¿puedes dejarme que participe yo el primero?-le preguntó en un susurro mientras veían al revolucionario Mendoza destrozando a Musashi con sus pistolas-. Solo para variar.

Ella tardó en contestar y, cuando lo hizo, lo hizo con sequedad.

-Vale.

Cuando llegó su hora de competir, se sentaron en las sillas junto a sus dos rivales, un par de amigas con el pelo teñido de rojo y verde. Aquellos colores, que le recordaron a la ropa de Freddy Krueger, estaban repetidos de manera simétrica en sus dos cabelleras, que llevaban a juego. Seguro que a esa influencer de pacotilla también le habrían parecido adorables.

El escenario seleccionado fue el Pozo de la Perdición, una lúgubre ambientación pétreo y musgosa donde había que tener cuidado para no tropezarse con una liana y que los demonios que vivían en el inframundo no le quitaran a uno un buen cacho de vida. Daba igual. Estaba preparado.

El primer combate fue contra Musashi, por supuesto: en su empeño de usar a los personajes más capaces, aquellos frikis de mierda le habían quitado cualquier atisbo de variedad a la competición. Sin embargo, tenía que admitir que su traje alternativo, en el que aparecía llevando un demoníaco mengu, era bastante bueno.

También fue bueno el espadazo que le dio nada más comenzar.

Gustavo frunció el ceño y se concentró por completo en el juego. Se retiró, lanzando proyectiles que le quitaron poca vida a su enemiga pero que le permitieron contraatacar sin sufrir daño. No iba mal.

La otra jugadora hizo que su avatar se deslizara hacia él, obligándolo a saltar y a brindarle la ocasión para darle una estocada que le derribó. Quiso gruñir, desesperado por haberse encontrado con esa rival tan capaz, pero no estaba dispuesto a rendirse.

<<Demuéstrale a tu chica que no estás aquí de adorno, que no estás aquí por caridad, ni siquiera como recompensa por lo bien que te la follas. Demuéstrale que, como ella, estás aquí para ganar>>

Atacó con una serie de combos que hizo que su avatar rival se derrumbara y, una vez que estuvo abajo, se retiró para seguir lanzándole tinta. Incansablemente, de manera casi abusiva, hasta que un salto hizo que esa katana volviera a entrar en contacto con su personaje.

A partir de ese momento, ninguno de ellos utilizó ataques a distancia, sino que combatieron a puños como dos matones barriobajeros. Una retahíla de golpes hizo que a Gustavo le diera un vuelco el corazón: le quedaba poca vida y, aunque estaba convencido de que su magnífica novia vencería sin problemas, quería demostrarle que él también había aprendido. Se apartó de nuevo, evitando el filo de esa katana virtual. Saltó hacia atrás (cada uno de ellos tenía una fracción minúscula de salud) y se le heló el alma, aunque lo hubiera previsto, al ver el modo en que su enemigo se lanzaba a por él con una finta que recorría más de media pantalla. Si no lo había calculado bien...

...pero sí lo había hecho. Y por ello sonrió, satisfecho, al ver que Musashi era devorado por un agujero del suelo, de donde salían pavorosos tentáculos que le golpearon hasta matarlo. -¡Así es mi novio!- exclamó Gema y, aunque pareció cohibirse cuando las miradas se dirigieron hacia ella, no se retractó-. ¡Vamos, ánimo!

Sin embargo, aunque pudo lanzarle un tintero al cavernícola que apareció para luchar contra él, este le reventó en cuestión de segundos gracias a su porra.

Gema fue más brillante en su pelea, acabando con su rival sin apenas sufrir daño, pero los espectadores no observaron ese combate con la misma atención que el anterior. Todo el pescado estaba vendido y, desde que había empezado a jugar, esa chica había demostrado su superioridad como jugadora.

Los ganadores se chocaron la mano, triunfales y extasiados, alegres de haberse conocido, concentrando en unos segundos toda la alegría de esos meses de relación.

Por su parte, una de sus competidoras besaba en los labios a la otra. La besadora mantenía un sonriente ademán impermeable a las circunstancias, pero la besada no parecía tan satisfecha.

-Hasta aquí hemos llegado, gatita. Ya lo sacaremos de otro lado.

A pesar de aquel momento de amargura, los dos ganadores no se esforzaron en ocultar la felicidad. El premio (decenas de miles de deliciosos euros) estaba cada vez más cerca, y con él todo lo que vendría. Independencia, seguridad. Un futuro.

La jornada transcurrió sin demasiadas novedades. Escarcha Roja ganó, aunque perdiendo la mitad de la vida, y sus seguidores hicieron comentarios irónicos sobre ese hecho en un intento patético de tonto digital. Uno de los jugadores que preocupaba a Gema, un gamer profesional que solía protagonizar polémicas bochornosas en las redes y los foros, fue eliminado en parte por culpa de su compañero, al que estuvo a punto de agredir. Según les

contaron, solo su equipo rival había podido evitarlo. Gustavo comentó, sardónico, que le habría gustado grabarlo para colgarlo en algún foro dedicado a la zoología.

Los participantes se fueron yendo: aunque no les echaron, ya que aquel era un edificio que seguía abierto al público, no había mucho que hacer allí. Por esa razón, esa prueba seguía pareciéndose mucho a un examen de oposición. Y eso le recordó a Gema una fantasía que siempre había tenido, algo que nunca había creído que llegaría a hacer. Pero la vida daba muchas vueltas, y jamás se había sentido tan triunfal como en ese momento.

-Vamos.

-¿Qué?

-Que vamos, tonto. Sígueme.

Le llevó hasta la entrada de un baño, y él tragó saliva. Con disimulo, Gema miró a su alrededor. Le indicó que entrara en el lavabo de hombres y le dio un húmedo beso en la boca, un beso en el que la oratoria de sus lenguas le dijo casi todo lo que había que decir.

-Entra allí y dime si está ocupado... y si la puerta llega hasta el suelo.

Gustavo adivinó lo que tramaba y, cual espía, miró a izquierda y derecha. No había moros en la costa. Se metió dentro, prácticamente corriendo, y le mandó un mensaje a su generala confirmándole el éxito de la operación. Esta se dirigió al baño y, con los reflejos de un ninja y el subidón de adrenalina provocado por su victoria, corrió hacia el servicio. Al ver una puerta entornada (su corazón no le dejaba respirar), cruzó el umbral y la cerró. Y allí estaba su novio, con los pantalones bajados y una erección magnífica de la que, sin embargo, quiso deshacerse del modo más eficiente posible.

Gema se quitó los pantalones, también las bragas. Se apoyó contra la pared, mostrándole unas nalgas por las que muchas mujeres habrían matado. Su novio se incorporó e improvisó una mordaza con el papel de baño. Se la colocó en la boca, impaciente, y la sostuvo con sus manos.

A continuación, sin preliminares que entorpecieran la avidez del momento, la penetró con un salvajismo que hasta a él le sorprendió, y ella reaccionó con movimientos bestiales de cadera que hicieron temblar la puerta.

La fricción desmedida y el recuerdo reciente de esa tórrida streamer hizo que el polvo terminara de manera rápida pero satisfactoria para ambos amantes, cuyos labios se derritieron sobre los del otro antes de salir de aquel lugar. Les pareció que les miraban mal al salir por la puerta y caminar hacia el coche, pero les dio igual.

Durante el trayecto de vuelta, escucharon la radio sin que ninguno de los dos hiciera comentarios sobre las noticias indignantes que desfilaban por sus tímpanos. Alcanzado el orgasmo, las últimas polémicas de la inacabable guerra cultural parecían incluso más triviales que antes.

Capítulo 16: Política y biología

A veces, cuando Gustavo ofendía a alguien con su estilo seco, se apresuraba a asegurar que se estaba limitando a ofrecer su opinión sincera, y que la ofensa era una mera consecuencia imprevisible. Sin embargo, al comprobar que incluso un Gustavo domesticado y en una relación podía seguir suscitando la ofensa, se sintió patéticamente poderoso.

-A ver, no es tan sencillo, ya lo sé. Pero realmente creo que la democracia tiene los días contados. Se está viendo con el coronavirus: cada vez más gente está convencida de que las decisiones de la mayoría no tienen por qué ser las mejores, e incluso ha empezado a mirar a Estados autoritarios como China con cierta admiración. Y eso es por algo muy sencillo: porque la democracia se ha extendido a todos los ámbitos de la vida de manera invasiva... de esto ya hablaba Ortega... y, por tanto, la gente ha visto en sus carnes que no siempre funciona. Tú piensa en las elecciones a delegado del colegio, en los concursos por Internet donde la gente vota opciones estúpidas... incluso en democracia, no todo debe ser democrático, y el exceso de democracia acabará siendo su perdición. La democracia como principio universal terminará con la democracia como sistema político, y las bajas colaterales podemos ser cualquiera de nosotros.

-Ay, pero qué mono es mi pequeño Franco...-se burló Gema, dándole un besito en la barbilla. La entrada de una discoteca no era el lugar más idóneo para una discusión de esas características, pero el escaso porcentaje de alcohol de su tinto de verano había hecho que Gema se diera el gusto de pinchar a su novio de esa forma. Además, había que celebrar la victoria y, a juzgar por los jóvenes que les rodeaban, esa conversación estaba resultando interesante.

-No, no tergiverses, querida. Yo prefiero con mucho que se tomen las decisiones entre todos a que se tomen de manera arbitraria por un golpista. Pero eso no significa que el menor de los dos males no sea un mal también. Sigue siendo un ejercicio de voluntad en vez de un ejercicio de razón.

-Eso decía Proudhon-apuntó Carmen, para sorpresa y regocijo de Gustavo. A Gema, celosa por naturaleza, no le gustó el modo en que se iluminaron sus ojos al mirar a su amiga.

-¡Exacto! Pero yo no soy anarquista, no...

-Menos mal, porque no te veo haciendo pintadas-apuntó Guille, y él decidió ignorarlo. Gema le tocó el brazo en signo de apoyo. Qué buena era.

-Lo que quería decir es que no creo en el anarquismo, pero sí en su idea, y en la de muchos otros, de que la democracia es la tiranía de la mayoría. Quizás una tiranía preferible, pero tiranía al fin y al cabo-replicó, y se tomó un momento para eructar, en un estado de éxtasis etílico que solo reforzaba sus convicciones y su retórica-. Yo lo que haría, y quizás sea utópico, es una sociedad en la que las leyes en cada una de las distintas áreas sean establecidas por un grupo de expertos. Y esos expertos se establecerían por unos

cuestionarios durísimos, como los de unas oposiciones. Asimismo, habría una serie de mecanismos para controlar los posibles abusos de poder, y el sistema judicial estaría tan regulado, con unas leyes tan claras... desarrolladas por filólogos y no solo por leguleyos... que no darían lugar a la interpretación, sino solamente a su aplicación desapasionada. Así se evitaría que los sentimientos interfirieran en el ejercicio de un gobierno racional.

-No, imposible-intervino Carmen de nuevo-. Platón ya propuso algo parecido y quedó muy desencantado. Y no creas que me vas a comprar con lo de los filólogos. Si ya es imposible que unos estúpidos se pongan de acuerdo... como nos está pasando a nosotros... imagínate poner de acuerdo a gente inteligente, sobre todo si cada uno tiene el mismo rango. No, no. Los distintos departamentos estarían discutiendo todo el rato por los presupuestos. Sería imposible fijar unos criterios que todos aceptaran.

-Y, además-apuntó su colega Emilio-, quien controle el acceso a los exámenes para ministro controlará todo. Anda que no hay profesores cabrones, ¿y los vas a poner a dirigir el país? Venga, hombre.

Gustavo tuvo que rendirse, para regocijo de Silvia y Gema, que se habían mantenido ajenas a esa conversación; y de Guille, que no había tenido mucho que aportar. Los seis se encontraban esperando a que el gorila de la entrada les dejara pasar, y solo eso les había hecho hablar de un tema tan complicado y aburrido como la organización política que cada uno quería para sí. Por supuesto, Gustavo era el único que tenía todo un manifiesto germinando en su interior, pero Carmen siempre había sido fervientemente democrática, muy interesada en la política. Gema la admiraba, aunque eso no pudiera preocuparle menos.

Cuando pasaron, cada uno se pidió una copa (menos Gema, que reservó su consumición para el que más rápido se bebiera la suya), y se pusieron a bailar o, más adelante, a apoyarse en la pared. Excepto Emilio, que siguió bailando con la energía inagotable de un chaval de cinco años. Ni su sobrepeso ni sus inhibiciones habituales parecían obstáculo para esa diversidad desinhibida, para esa celebración del éxito de su amigo y del suyo.

Y es que él también había tenido éxito: aunque no sabía explicar cómo funcionaba el minado de criptomonedas, sí sabía lo que podía comprarse gracias a sus inversiones. Hablaba de ello todo el rato: de comprar, vender, esperar, deshacerse. Como un broker de los años veinte, sudando porcinamente mientras llamaba por teléfono o firmaba documentos. En las fotos con Guille, salía comiendo en restaurantes caros, yendo a conciertos y festivales... y, aunque le había invitado a muchas de esas actividades, Gustavo había tenido que decir que no. Por respeto a sí mismo, por respeto a sus principios, para recordarle a su colega que su nuevo modo de vida era falible y frágil.

Y para que no se le notara la envidia.

El baile con Gema fue intenso y guarro, y ambos demostraron una desinhibición que solo sus victorias compartidas podían explicar. Allí se olvidaron de sus inseguridades, recordando el

caliqueño pasional con el que habían sellado su triunfo en el torneo. Ambos se plantearon echar uno en el baño de la discoteca, pero la gran cantidad de gente les habría resultado molesta. Por eso, se limitaron a abrazarse y agarrarse, a compartir una celebración pública de su juventud y de los momentos que tarde o temprano desaparecerían.

La vuelta fue algo ridícula: Emilio, Guille y Silvia estaban borrachos como cubas, y sus gritos estuvieron a punto de hacer que un vecino llamara a la Policía. Gema, cansada, les hablaba de los problemas de salud a largo plazo que provocaba el alcohol.

-Y, Emilio, ten cuidado con las criptomonedas. Yo vendería todo y estudiaría un ciclo.

-Sí, mamá-contestó Silvia por él, revolviéndole el pelo a su sobreprotectora amiga.

...

-¡Así! ¡Venga!

Wolfgang derrotó en cuestión de segundos a Puk, cuyo compañero Mendoza ya había caído antes. Gustavo experimentó una primitiva sensación de triunfo al haber derrotado a dos jugadores seguidos, y su novia le pellizcó la mejilla en un refuerzo positivo que, aunque le habría resultado condescendiente visto desde fuera, le hizo emocionarse en sus propias carnes. Al menos, hasta que la amargura de siempre volvió a hacerse hueco en su sistema nervioso.

-¿Esto es a lo que estáis jugando? Pues no parece tan difícil.

Los dientes de Gustavo rechinaron al oír a su madre, cuyas torrijas no compensaban en absoluto por el modo en que les estaba jodiendo la partida habitual.

-Puedes probar tú si quieres, a ver si es tan fácil.

Su madre torció el gesto y, aunque se calló sus reflexiones, Gema notó de dónde le venía la mala leche a su pareja.

-No. Es muy violento. No deberían hacer juegos de estos, que les dejan la cabeza frita a los niños con tantos golpes y tanta sangre.

-Si observas la carátula, verás que está recomendado para mayores de dieciséis años.

-¡Pero lo juegan los niños! El hijo de la Mari juega a uno de mafiosos, ¡con putas y todo!

-Bueno. ¿Qué propones entonces? ¿Que, en toda la ficción del mundo, hagamos solo productos prefabricados, blancos, insulsos, para no sorprender a los niños ni ofender a mentes sensibles?

-Ay, hijo, qué cosas más desagradables dices. Y cómete una torrija, que estás en los huesos. A regañadientes, tomó ese pedazo de pan mojado con canela y lo devoró. Tenía que admitir que estaba bueno, aunque hacerlo le jodiera.

-Bueno, cariño, yo me voy-le dijo Gema después de un rato-. Y recuerda practicar contra Jack Slack, que nuestros próximos rivales lo usan y siempre te suele dar problemas. Y también contra Báthory.

No hizo falta que le dijera por qué. Se limitó a asentir y, en la puerta, a besar a esa mujer con una pasión que no le sirvió para sublimar el apetito que le consumía. Ese apetito que, con solo una pareja, se veía limitado para saciarse por las coordenadas espaciotemporales en las que se encontraba Gema y por la capacidad de abstracción y fantasía de su cerebro. Recordaba Londres con cierta nostalgia engañosa, a las inglesas, esas noches de fiesta interminables, esa falta de responsabilidades más allá de levantarse a trabajar... sí, quizás hubiera cometido un error al volver.

Pasó esa noche insomne informándose sobre los competidores. Por lo visto, sus próximos enemigos serían unos hermanos bastante conocidos, pero no tanto como la rival que, con suerte, vendría detrás de ellos. Y, guiado por otros órganos que no tenían nada que ver con el cerebro, acudió a su página.

Al principio se fijó en las descripciones, pero eran tan insulsas como su contenido: consistían en alguna llamada a ver su último vídeo, en una pregunta picante pero ambigua o en unos textos lamentables que ella llamaba poemas y que consistían normalmente en palabrotas separadas por puntos y aparte.

Pero las fotos... joder, qué fotos. Lo que echaba de menos de la soltería era precisamente eso: ver a una hembra como esa y saber que existía una mínima posibilidad de yacer con ella. Ahora podía fantasear, sí, pero sabía que no era lo mismo. Sabía que, por más que lo deseara, no podría estar con otra mujer sin que la culpabilidad le consumiera con la misma rapidez con la que él había engullido la torrija.

Se desabrochó los pantalones, aprovechando que la bruja se habría dormido ya, y recorrió sus fotos una a una.

Extendió la paja durante todo el tiempo que pudo, mirando obsesivamente aquel cuerpo que, de haber contenido una mente mínimamente compatible con la suya, le habría resultado irresistible. Se puso vídeos de su canal de YouTube, que ella resubía desde Twitch, y le sorprendió su elocuencia. Entre inclinación de cabeza para mostrar canalillo y frase sugerente, hacía sabias y justas observaciones sobre videojuegos, mangas o series de terror. Detrás de esa fachada superficial que servía de motor para las fantasías de tantos, había una cierta sabiduría soterrada, un conocimiento íntimo de los mecanismos de la psique humana y las pasiones que los movían.

Continuó con su ejercicio de onanismo, aminorando periódicamente el ritmo para reparar fuerzas, alargando hasta el hartazgo esa sensación artificial de triunfo. Cuando acabó, se derramó sobre un trozo de papel higiénico, y dejó que unos espumarajos descendieran desde su boca. Apoyó la cabeza en el teclado durante un buen rato, sintiéndose culpable por el tiempo dedicado a ese pasatiempo sin recompensa visible, tan improductivo y con un potencial de autodestrucción tan notable. Pero, durante esa hora que había estado sentado delante del ordenador, no había pensado en las consecuencias del colapso del Estado del

bienestar ni en la falta de recursos ni en todas las profecías de desolación futura que aparecían de vez en cuando en sus pesadillas. Durante esa hora, había embotado su inteligencia, se había visto reducido a un animal que solo pensaba en comer, follar y dormir. Y le había gustado.

El sueño empezó a hacer mella en él. Fue al baño y, al volver, se dispuso a cerrar el ordenador y dormir, con la esperanza de que una de las ofertas de trabajo que mirara al día siguiente fuera la buena. Pero, en cuanto consultó su Instagram de nuevo, vio que había una notificación. Una petición de amistad, para ser más concretos.

Y, en esa concreción, vio que pertenecía a la famosa streamer e influencer Escarcha Roja.

Capítulo 17: Victoria truncada

-Si no quieres jugar fatal...

-...¡visita nuestro canal!

Los gemelos que conformaban el Equipo Basura terminaban las frases del otro, y eso les resultó perturbador a ambos. Casi tan perturbador como su falta de higiene y las manchas sospechosas de las camisetas que llevaban puestas. Esos dos hermanos, de barba desordenada y una obesidad que sobresalía a través de su ropa, se habían hecho conocidos por la irreverencia de sus intervenciones y su compenetración a la hora de jugar. A Gustavo le parecieron indeciblemente ridículos, y el hedor le distraería cuando tuviera que enfrentarse a ellos. Tal vez era esa su estrategia.

-¡Buenos días, verdaderos gamers!-saludaba uno de ellos. Manuel, que ya había dado el discurso de bienvenida, puso los ojos en blanco, en señal de solidaridad-. ¡No se veía un acontecimiento tan *vuelamentes* como este desde el crash de Atari!

-¡O desde la venida del 3D y de la Play!-le apoyaba el otro homúnculo-. ¡Vuestro equipo favorito de guerrilleros basados está a un solo combate de conocer a la diosa de nuestras fantasías... y de darle nuestro autógrafo!

Por lo visto, según habían investigado el día anterior, ese par de cerdos le había prometido a sus seguidores que, cuando les tocara competir contra Escarcha Roja, le pedirían firmar en el escote. Gustavo había comentado que eran demasiado presuntuosos al pensar que iría escotada, pero Gema se había limitado a hacer un comentario que habría provocado el escándalo entre sus amigas feministas.

El escenario escogido fue el desierto arenoso, sin demasiadas trampas. El combate comenzó con Jack Slack contra la sensual Elsa, algo que suscitó gruñidos por parte de uno de esos hediondos gemelos. Gema no pudo evitar morderse los labios, sujeta a un escrutinio que le hizo sentirse como una mierda. Todas sus inseguridades se hicieron una en aquella partida donde se lo jugaban todo.

El vaquero disparó varias veces contra la nazi, que solo con su látigo pudo parar esos proyectiles antes de que la mayoría impactara sobre ella. A continuación, saltó sobre él, quitándole una cantidad de vida considerable con su fusta. Se dispuso a hacerle sufrir con un combo, sanguinaria e impulsiva.

Entonces, su compañero tomó el relevo. El cowboy se retiró y su gemelo, el guerrero indio Toro Furioso, salió despedido hacia ella. Su hacha le envió hacia el otro extremo de la pantalla, reduciendo su barra de vida hasta la mitad.

-¡A fregar!-exclamó el puerco.

Ese comentario hizo que Gema perdiera los nervios por completo, desatando sobre ese nativo americano una serie de arañazos que lo tiraron hacia atrás. El combatiente se retiró con un salto por parte del personaje y con un exabrupto por parte de su jugador. Gema, furiosa, hizo

que su avatar esprintara hacia su rival. En su ira, ni siquiera se dio cuenta de que había pisado uno de los cactus repartidos por el escenario. Eso solo le quitó un fragmento diminuto de vida, pero le impidió moverse.

<<Son buenos>>-pensó ella, deseando haberse centrado en ese par de contrincantes en lugar de en la más llamativa Escarcha Roja. <<Me están poniendo de los nervios aposta, no es por ser unos niñatos. O no solo por eso>>.

Se tomó unos segundos para pensar, retirándose de la acción.

-Vale. Vale, solo tengo que...

La flecha que le lanzó el indio hizo que actuara de manera más impulsiva, pero su memoria muscular contribuyó a evitar su proyectil. Se dispuso a descender en picado contra él, pero... ..pero, de nuevo, su compañero tomó su lugar. Jack Slack lanzó su estrella de sheriff hacia arriba, reduciendo su vida a menos de un décimo. Ella le correspondió con una serie de golpes que le quitaron poca vida pero que le sirvieron para recuperar la compostura. Pero ya había perdido demasiada vida, y las balas de ese vaquero siguieron impactando en su avatar.

Hasta que (<<¡mierda!>>) su vida se redujo a cero. Y, automáticamente, Wolfgang tomó el relevo. Gema se apoyó en su asiento, con la mandíbula temblorosa. Había calculado que, entre lo que le había quitado a los dos, habían perdido más de lo que correspondía a la vida de un jugador... pero, si su novio la cagaba, no estaría allí para ayudarlo.

<<¿Cómo puedo ser tan estúpida!?!>>

No despegó la mirada del monitor en ningún momento. Contempló el espectáculo, que comenzó de forma prometedora, con Wolfgang lanzando proyectiles al vaquero. Cuando el indio tomó el relevo, Gustavo tuvo la precaución de apartarse, de echarse atrás y contraatacar. Sin embargo, los hachazos de ese piel roja le quitaron un cuarto de salud. Gema apoyó las uñas en la silla y miró a su novio.

Su rostro endurecido reflejaba una concentración sobrehumana, una seriedad estoica que no habría desentonado en las Olimpiadas. Él tenía mucho más que perder si fracasaban.

Se arriesgó, lanzándole un tintero a Toro Furioso para que saltara, y se deslizó hacia él. Una vez descendió, lo recibió con un ataque aéreo que le debilitó, dejándole al borde de la muerte. Llamaron de nuevo al vaquero. Gema apretó los dientes: era como si esos dos imbéciles fueran uno solo. Se movían al mismo tiempo, se dirigían gruñidos y guiños, castigaban a sus rivales con la coordinación de un solo organismo. El cowboy disparó a Wolfgang en el estómago, reduciendo drásticamente su vida, y le dio una serie de puñetazos que hicieron que su salud bajara del ecuador. Gustavo se arriesgó con un contraataque que le hizo una gran cantidad de daño al pistolero pero que permitió que este le diera una patada. El novio de Gema pegó un respingo al ver que su barra de vida se había reducido a un décimo. Se apartó otra vez, lanzando tinteros que su rival fue esquivando. Este se acercaba a él, sacaba su pistola...

...pero, por suerte, uno de sus proyectiles había acertado. Jack Slack había caído en combate. Toro Furioso salió disparado del otro extremo del escenario, con su hacha lista, atacando sin ton ni son, saltando por toda la pantalla. Ella contuvo la respiración: aunque aquella estrategia no era nada aconsejable a largo plazo, sí lo era cuando estaba en las últimas. Solo necesitaba acertarle una vez para matarlo.

<<Por favor, Gustavo, te lo pido por favor...>>

Una gota de sudor le corrió por la sien. Su rival lanzó una patada al aire, saltó. Wolfgang permaneció inmóvil frente a él. Quieto. Su novio pulsó un botón, esperando haber acertado en su cálculo.

Homero no podría haber descrito un momento más épico que ese. Gema dejó escapar un suspiro de alivio al ver que la patada de Wolfgang acertaba a su rival. Habían ganado.

Se abrazaron, y ella le dio con sus labios la merecida recompensa del héroe. Sus dos rivales se limitaron a disculparse delante de sus seguidores. Uno de ellos (¿importa cuál?) dijo al micrófono:

-¡No pasa nada! Haremos la propuesta a Escarcha Roja de todos modos. ¡Seguro que quiere darnos ese premio de consolación!

-¡Y no olvidéis introducir el código "Trashcan" para obtener un cofre de botín gratuito en...

Abandonaron a esa nauseabunda pareja para celebrar entre risas su triunfo. Aunque aquel día no pudieron repetir el polvo conmemorativo, sí dieron un espectáculo de besos húmedos a los acompañantes de los demás competidores, que no sabían aún si habían ganado o no, pero que sí sabían que ellos dos se querían. Habían oído rumores de que la prensa de videojuegos se personaría en la próxima competición, y eso hizo que Gema fantaseara sobre poder mostrarle al mundo que él era suyo, y que ella era de él, y que todos esos elementos tóxicos de las relaciones tradicionales se habían redimido en su persona.

...

Antes de subir al coche, Gustavo le mandó un mensaje de forma disimulada a Escarcha Roja. No estaba haciendo nada malo, pero algo le decía que Gema no se lo tomaría bien si lo descubría. Así que, ignorando la observación mordaz e hiriente que había hecho su futura oponente sobre el intervencionismo estatal en su última discusión, le preguntó:

"¿Tú qué opinas de los influencers que ofrecen cajas de botín? Ya sé que a ti, que no tienes corazón, te dará igual... pero quería confirmarlo".

Se guardó el móvil para ver cómo Gema había sacado el suyo, legitimada en su falta de educación por la falta de educación de su interlocutor. Iba a hacerle, en broma, un comentario similar a los que la zorra de su madre hacía cada vez que cogía el móvil durante un milisegundo, pero verle la cara hizo que se detuviera.

Estaba lívida.

-¿Qué pasa?

Temblando, con una expresión de rabia y pena, le tendió su teléfono para que viera el mensaje privado que alguien le había mandado por Instagram. Temió que su voluptuosa rival le hubiera enviado una captura de sus conversaciones, quizás sugiriendo que estaban teniendo una aventura (¡y era todo menos eso!), pero la foto de perfil del interlocutor le tranquilizó... al menos durante los dos primeros segundos. Era la imagen de un anime, algo que le puso los pelos de punta al recordar sus interacciones con esa clase de bichos digitales. Leer el mensaje hizo que quisiera destrozar el móvil allí mismo, como si sus astillas pudieran alcanzar los ojos del pajillero zampadoritos que se había atrevido a meterse con su chica.

"Tiene mucho mérito lo de tu equipo. Me refiero a tu novio, que tiene que tener mucho estómago para follarte a ti".

-Hijo de puta-masculló Gustavo, rojo de furia-. Guapa, ni se te ocurra pensar en esto. La audiencia de estos influencers de mierda suele ser tan infantil como ellos, y los defienden a muerte, como si les pagaran el alquiler. Denuncia, bloquea y punto.

Ella asintió: sabía que, al exponerse al público, se estaba arriesgando a algo así. Sabía que el anonimato sacaba a la luz lo peor de la humanidad, pero no había esperado que le golpeará tan fuerte, con algo a lo que llevaba haciendo frente desde antes de la pubertad.

-Estaba muy contenta-sollozó-. Estaba muy contenta y...-se le ahogó la voz-. ¿Por qué no puede durar?

<<Hija mía, si los seres humanos supiéramos eso, tendríamos la mitad del camino hecho>>- pensó mientras abrazaba a su llorosa novia.

-Tranquila. Esos tíos son patéticos. Tú eres mejor... y, cuando ganemos el premio, nos vamos a reír en su cara desde nuestro destino favorito de vacaciones. Te quiero. Te amo. Te adoro. Pero el amor de un individuo que se había molestado en conocerla bien no podía distraer a Gema de la impenable verdad: era fea. Aunque la belleza era subjetiva, si hicieran una encuesta, la mayor parte de la gente diría que era fea. Aunque obtuviera el éxito laboral o empresarial, o creativo, o vital, aunque formara una familia, plantara un bosque entero o escribiera una biblioteca, seguiría siendo fea.

Gustavo se sintió impotente. ¿Cómo consolar a esa pobre mujer? Cualquier frase humanista y motivadora sonaría a falsa en su cínica boca, y no podría decirla sin sufrir arcadas. Cualquier frase sincera (<<mueertos, todos somos iguales de feos>>) sería devastadora y, ahora que lo pensaba, esa oración era igual de falsa: a fin de cuentas, existían los necrófilos, y ellos también tendrían preferencias estéticas.

-Te quiero-repitió. Eso sí que era verdad.

Pasado un rato, ella se secó las lágrimas y soltó una risa seca y agridulce.

-Qué mal se te da consolar a la gente, cabrón.

Se metieron en el coche y él condujo de vuelta al pueblo, lanzándole besos ocasionales a su querida e irremplazable Gema. Sin embargo, pensaba en la frase. Pensaba también en cómo

le mirarían con envidia por la calle si fuera caminando con una mujer como esa influencer, y...

<<Ni que fueras Emilio, cabrón. A ti nunca te ha importado cómo te miren por la calle>>.

Sin embargo, no pudo quitarse ese pensamiento de la cabeza.

Al llegar al pueblo, la dejó en su casa. Su padre estaba allí y, aunque era un tío enrollado, lo que quería hacer con ella era incompatible con su presencia en ese edificio. Por ello, se despidieron en la entrada, mitigando con sus manos lo que las manos de ese depravado internauta habían provocado.

-¿Sabes?-dijo él-. Yo me metía con Leibniz y otros filósofos cuando decían que vivimos en el mejor de los mundos posibles, que todo el mal acaba desembocando en un bien mayor. Me parecía ingenuo, me parecía incluso ofensivo para toda la gente que sufre a diario. Pero te abrazo y... bueno, en este momento me dan igual las guerras y las enfermedades y las catástrofes. Porque sé que, si no hubiera existido el genocidio armenio o el tsunami de Sri Lanka, no habríamos llegado a estar aquí juntos. Es una mentalidad algo egoísta, pero me hace feliz.

Ella le contempló como quien contempla a un alienígena, pero no a uno malo, sino a uno de esos alienígenas buenos de las películas. Uno que los protagonistas rechazaban al principio por lo extraño que resultaba pero que al final contribuía a que aprendieran alguna valiosa lección sobre la vida y el universo.

-No sabes cómo te quiero, tío raro.

A pesar de sus bellas palabras, la vuelta a casa fue un tormento para él. Fue como un domingo por la tarde, como el último día de las vacaciones de verano. En su hogar le esperaba la bestia, y sabía que le haría algún comentario hiriente con doble sentido sobre el "jueguito" en el que había estado participando.

Por suerte, la bestia había salido, y pudo hacerse una cena rápida sin tener que aguantarla. Al volver, la despachó enseguida y pudo ponerse con el ordenador.

Vio que Escarcha Roja le había contestado.

"No es mi problema que la gente se enganche a las tragaperras. Solo le estoy haciendo un favor a la sociedad aplicando las teorías de Darwin. Si eres lo suficientemente estúpido como para volverte adicto al juego por un influencer, te mereces todo lo que te pase".

Puso los ojos en blanco, repugnado y atraído al mismo tiempo. Quiso darle una hostia (preferentemente un azote) por decir eso, pero al mismo tiempo le sorprendió su falta de hipocresía.

"Personalmente, creo que la sociedad debe cuidar de todo el mundo, incluso de los estúpidos. Y debería primar, antes que el mejoramiento de la sociedad (¿con qué objetivo, si la sociedad sirve precisamente para proteger a los más débiles?), el bienestar de sus miembros".

Con un suspiro, como si alguien le obligara, se desabrochó la cremallera para hacerse otra paja pensando en ella. A veces se preguntaba si, de ser el sexo individual tan placentero como el sexo por parejas o por equipos, sobreviviría la especie humana, y si seguiría estando con Gema. Quiso pensar que sí, quiso pensar que había algo más allá de ese determinismo que parecía guiar cada uno de sus pasos.

Cuando llegó un mensaje de Escarcha Roja, se mordió los labios.

"Bueno, eso no importa. Lo que importa es que dentro de poco nos veremos de nuevo. ;) A ver si tu novia se va a poner celosa".

Y eso era precisamente lo que le preocupaba. Con ese pensamiento rondando su cráneo, deseó que Emilio (o incluso Guille) le ofreciera un buen porro que poder aceptar a regañadientes.

...

Gema comentó la jornada con su padre, incluyendo el desafortunado comentario que había recibido en su Instagram. Este la abrazó, la consoló y le bañó con esas mentiras gentiles y sencillas que nunca pasaban de moda. Aunque Gustavo era su consolador oficial, él la consolaba mucho mejor.

Cuando llegó a su cuarto, intentó estudiar con escaso éxito, pero consiguió acabar algún test que tenía por ahí. Luego, al ver que era incapaz de concentrarse mucho más, jugó de nuevo, demostrándose a sí misma que seguía siendo la mejor. Eso consiguió tranquilizarla.

Sin embargo, poco después empezó a ver vídeos de aquella zorra jugando, y aquello hizo que apretara los nudillos con temor. Era buena, quizás tanto como ella. Quizás algo más. Vale, tal vez no pudiera presumir de ser la mejor. ¿Y qué?

Pasó quince minutos rebuscando en todos sus perfiles algún signo de debilidad, algún punto débil que aprovechar a la hora de competir contra ella. Escudriñó su vida con un detalle obsesivo, con aquel comentario grosero sobre su fealdad dando combustible a sus dedos. Llegó al Instagram de ese odiado pendón y notó algo. Algo que estuvo a punto de ignorar por lo sutil que era pero que, una vez visto, le hizo llevarse la mano a la boca. Gustavo la seguía.

Capítulo 18: Teaser

Al día siguiente, Gema seguía pensando en ello. Esta vez, no lo comentó con su padre, ya que no quería condenar a Gustavo ante sus ojos si todo resultaba ser un malentendido. Y eso era lo que quería: que aquella fuera la prueba de fuego que solía aparecer en las películas románticas y empalagosas que se tragaba los domingos, ese rutinario obstáculo al final del segundo acto para afianzar la pareja. Deseó que salieran más fuertes de ese bache pero, antes que eso, deseó que todo hubiera sido fruto de su imaginación. Una paranoia más.

Y, sin embargo, al mirar su perfil volvía a aparecer ese aviso, ese tétrico aviso: la seguía. Su novio la seguía en Instagram, seguía a esa zorra repulsiva, a esa musa de pajilleros y mediocres incapaces de usar su imaginación para masturbarse. ¡Él! ¡Él!, que ella había soñado como aquel hombre tan distinto, tan interesante, un sabio cínico por encima de los placeres terrenales! Y, como todos, se la había colado. Era estúpida.

<<¡Estúpida! ¡Te mereces todo lo que te pase, imbécil! Imbécil! Imbécil!>>

Se frotó las manos, se rascó el cabello, tiritó. Y, con la pesadez de un martillo cayendo sobre una res, acudió al chat de sus amigas.

Desesperada, pidió consejo con un atropello delirante, sin saber cómo tranquilizarse. Hizo flexiones en su habitación, aunque ese día no le tocaba, y ansió con todas sus fuerzas que la hora de entrenar en el gimnasio llegara cuanto antes. Caminó por su cuarto como una loca, hambrienta de esas endorfinas que necesitaba generar.

Cuando su móvil vibró con la respuesta de sus amigas, creyó que se le paraba el corazón.

...

Gustavo continuó leyendo el *Leviatán*, tomando notas para mejorar esa semilla de manifiesto político que tenía dentro. Y luego... ¿luego qué? Podría publicarla en Internet, sí, pero solo alcanzaría el éxito si la compartía algún grupo político, y ya había comprobado en su revolucionaria juventud que no trabajaba bien en equipo. Habría preferido mil veces que su pensamiento y su persona acabaran en el olvido antes de volver a juntarse con esos paletos que se aferraban a sus ideas anacrónicas tanto como a sus litronas.

Atrapado en su propia torre de marfil, un mensaje le sacó de su letargo autofelatorio. Miró el chat para comprobar que se trataba de Emilio. Y no le mandaba un meme ni un chiste, por lo que se preocupó.

"Tío, ¿podemos vernos? Necesito hablar con alguien".

Pese a su tendencia natural a la contemplación, no tardó un segundo en levantarse de la silla y en comenzar a vestirse. Le envió un mensaje rápido citándolo en el parque y, para sus adentros, le agradeció que le hubiera sacado de la casa. Aunque fuera para hablarle de alguna desgracia.

Se encontraron en ese parquécillo donde habían jugado de niños, donde habían fumado porros a escondidas (¡qué rebeldes se habían sentido, qué hinchidos de orgullo por esa

estupidez!), donde ninguna modificación posterior del panorama urbano podía eliminar el recuerdo de su infancia.

Su amigo llevaba una camiseta negra y un pantalón de chándal, sin los excesos a los que solía tenerle acostumbrado y, aunque seguía pesando lo mismo, daba la sensación de haber perdido cinco kilos. Su palidez también le asustó.

-¿Cómo va todo, tío? Que me has asustado.

-Nada, hombre. Quiero decir... no me voy a morir ni nada, pero estoy jodido.

-¿Y eso?

Su colega se tomó su tiempo para contestar, con la terca reticencia de un niño reconociendo a sus padres que debería haberles hecho caso:

-Lo he perdido, tío. Lo he perdido todo. Me he quedado a cero. ¡Peor! En números negativos. Aunque esperaba aquel desarrollo, Gustavo no pudo reaccionar con la rapidez acostumbrada. Sí, era consciente de que aquello podía pasar, pero siempre había sido un futurible por llegar. Como todo, supuso. Poca gente estaba preparada realmente para el porvenir, aunque este fuera evidente a años de distancia.

-¿Es mucho dinero?

-¿Qué?

-La deuda. ¿Es mucho?

-No, no. Unos cien euros.

<<Bueno. Podría haber sido peor>>.

-Pero solúciala cuanto antes, ¿vale? No lo vayas dejando para luego.

-No, no...

Se sentaron en un banco, justo delante de los toboganes, pese a las turbias acusaciones que los padres sobreprotectores pudieran formular contra ellos. Gustavo seguía aturdido por la revelación, pese a todas las veces que había fantaseado con ella y la había dado por supuesta. Así eran todas las estafas piramidales desde el Fórum Filatélico hasta el sistema de pensiones: unos pocos ganaban mucho para que unos muchos perdieran un poco... o todo.

Pero, joder, ¿tenía que tocarle a su mejor amigo?

-De repente, me enteré por el grupo de Telegram de que la moneda no valía nada. La intenté vender como pude, pero nadie la compra. Y ahora ni siquiera puedo cambiarla por unos céntimos.

-¿Y lo que sacaste antes?-preguntó, esperanzado-. Lo que usaste para pagar las cenas, y la ropa, y...

-Pues ahí está-contestó, molesto, como si un obús le hubiera derribado desde un globo aerostático que desprendía humo de marihuana-. En las cenas y en la ropa, y en la maría, y... ¡y, sí, en las putas! Pero ya no está en mi cuenta bancaria.

Le puso la mano en la espalda. Las primeras frases que se le ocurrieron eran recriminatorias, acaso hirientes. Y se las diría con el tiempo porque verdaderamente creía en ellas, pero no era eso lo que necesitaba ahora.

-Bueno, lo importante es que te has llevado la hostia a tiempo de recapacitar. Pide a familiares que te ayudan y busca un curro o lo que sea.

-Ya, ya, si me gustaría. Vamos, de hecho voy a hablar con mi tío, que igual me puede enchufar como mozo de almacén. Dice que no me promete nada, pero por ahí puedo tirar con suerte. Con mucha suerte. Pero...

Un sollozo hizo que Gustavo quisiera arrancarles la cara a todos los estafadores con tatuajes, barba y coches de lujo alquilados que habían hecho que la jovialidad de ese tío tan cojonudo se echara a perder.

-¿Pero qué?

-Pero es que creía que esta era la buena, ¿sabes? Creía que por fin había encontrado algo que se me daba bien, y que iba a poder tener una vida tranquila. No quería lujos, ¿sabes? Solo quería tranquilidad, poder invitar a mis amigos a cenar y tener una casa algún día. Creía que eso me lo iba a dar, pero...

Se encogió de hombros. Aunque estaba aguantándose las lágrimas como un campeón, su rostro enrojecido le delataba.

-Hombre, algo de lujo sí que querías.

Emilio le dio un golpe cariñoso en el brazo.

-Ya, ya, lo sé. Pero no es solo eso, es que he... le he hablado a Guille, le he pedido que me mande pasta y...

Enmudecido por el dolor, le pasó una imagen del chat. Ese cabrón había contestado con un meme. "Así es el mercado, amigo", decía una imagen de Shrek con sombrero de copa y monóculo.

-Qué hijo de puta.

Su amigo asintió, dándose cuenta por fin de que había gente que nunca estaría con él a las malas, pero eso no le consoló:

-E iba a quedar con una tía del Tinder, y la iba a invitar a cenar. Y ahora... joder, mírame-dijo, y se agarró las lorzcas con desprecio-. ¿Qué le voy a ofrecer yo a una tía, si no es la pasta?

Sus llantos de bebé indefenso, acompañados de una triste e indigna mucosidad, hicieron que se le encogiera el corazón. No era un hombre que soliera llorar porque sus podcasts le habían dicho que era un sinónimo de debilidad, y que lo hiciera demostraba que estaba devastado.

-¿Cómo que qué le vas a hacer? Eres buena gente, eres gracioso... mira, no te lo voy a repetir porque tenemos esta conversación cada poco tiempo, pero es la verdad. Así que queda con ella para dar un paseo y lo que sea, y luego mira cómo pagas la deuda. Y luego, hacia adelante.

Su colega le dio la razón sin decir nada, compartiendo un vínculo que había sobrevivido a cosas peores que aquella. A Gustavo, sin embargo, aquella noticia le había dejado con muy mal cuerpo, le había confirmado algunas ideas que tenía. Sobre el éxito o la falta de él, sobre la inutilidad del esfuerzo y de las vías alternativas de triunfar sin esfuerzo. Su semblante se ensombreció al pensar en el tiempo que su mejor amigo había dedicado a ese trabajo estéril y al compararlo con el concurso en el que él mismo estaba participando.

Su teléfono vibró, librándole de odiosas comparaciones, pero no quiso consultarlo.

-Anda, míralo, a ver si va a ser tu señora. Que no quiero que se enfade conmigo por tu culpa, que ya soy lo suficientemente inútil...

-Te prohíbo que vuelvas a decir eso. Solo te lo puedo decir yo.

Y, riendo entre dientes, consultó su teléfono. Efectivamente, era su señora.

...

Gema decidió recibir a su novio desde su casa, sin ir al portal ni encontrárselo en algún punto intermedio. Le había pedido encontrarse con cierta frialdad que él había notado al preguntarle si estaba enfadada o le había pasado algo. Ella había contestado con un escueto "no" que, esperaba, hubiera empezado a provocar sospechas.

Se sentó en la mesa del comedor, esperando a que llegara, pensando en los consejos de sus amigas. Que fuera él quien se metiera en el lío, que fuera él quien revelara lo que pasaba o dejaba de pasar.

<<Es un malentendido>>-pensó ella, jugueteando con los dedos-. <<Es solo un malentendido que vamos a resolver. Y, entonces, nos abrazaremos y nos besaremos, y todo volverá a ser como antes>>.

Cuando llegó, le abrió la puerta con parsimonia y le dio un frío beso en los labios. Los besos en los labios nunca deberían ser fríos, pero así había sido, y eso hizo que experimentara un pesimismo mortal hacia la conversación que iban a tener.

-¿Qué tal va todo?-preguntó él.

-Bien.

-Ah, me... me alegro.

Parecía afectado. ¿Afectado por qué? No lo sabía, y eso solo empeoró su situación. ¿Era culpabilidad? ¿Tenía el descaro de sentirse culpable?

-He estado estudiando a nuestra próxima rival-dijo ella, como si nada, según le había propuesto Silvia-. Me he metido en sus redes, he visto sus vídeos... todo eso. Creo que hay que informarse bien, ¿sabes? Porque es una jugadora muy buena y, si no sabemos nada de ella, nos puede dar para el pelo, como dices tú. Pero nosotros tenemos una ventaja: no somos influencers. Nosotros la conocemos, podemos estudiar cómo juega a través de mil vídeos. Ella no sabe nada de nosotros, y debe seguir siendo así. Nuestro anonimato es nuestra mejor baza.

<<Venga, por favor, demuéstreme que no estoy en lo cierto, que soy una loca celosa e histérica. Te estoy dando la oportunidad de demostrarlo en bandeja. Hazlo, por favor>>.

Él asintió, sonriente, pero su novia notó que tragaba saliva. ¡Estaba nervioso! Por ello, no pudo contenerse más y habló, pese a que Carmen le había recomendado que no sacara el tema de buenas a primeras. Haciendo un mohín, formuló su acusación:

-Entonces, ¿cómo es que tú la sigues en Instagram... y ella a ti?

Pronunció la segunda mitad de su frase mirándole fijamente a los ojos, sin agresividad pero sin cariño. Completamente fría.

Gustavo suspiró, y a ella le habría encantado que suspirara de un modo melancólico. ¡Pero no! ¡Esbozaba un gesto de fastidio, como si no tuviera derecho a hablarle de ello, como si Gema se estuviera metiendo con él, como si estuviera cansado de ella! ¡Después de haberle ocultado eso, se atrevía a tratarla de ese modo!

-¿Y bien?-insistió, cortante como el cuchillo con el que le había cortado el primer bocadillo que le había hecho.

-No es nada, Gema. No le he dicho nada sobre nuestro juego, no sabe nada de nosotros. Podemos competir normalmen...

-¿Por qué no me lo has dicho?

-Mira, no tengo por qué...

-¡¿Cómo que no!? ¡¿Por qué no me lo has dicho!?

La camiseta de tirantes que llevaba Gema le permitió apreciar lo tensos que estaban los músculos de sus brazos, pero le habría bastado mirarle a la cara para hacerse una idea de lo cabreada que estaba.

-No es importante. Solo hemos estado hablando distendidamente, puedes mirar el chat si quieres. Y, sinceramente, no tengo por qué decirte todo lo que hago.

Ella se tranquilizó o, al menos, aparentó tranquilizarse. Extendió la mano.

-Déjame leerlo, por favor. No tienes por qué hacerlo, pero me gustaría.

Gruñendo, le dejó el móvil para que lo leyera, y Gema lo hizo. Al hacerlo, aunque sus peores temores murieron sin ser confirmados, otros de menor calado tomaron su lugar.

Y es que esas eran las conversaciones que no podía tener con ella. Conversaciones sobre política o sobre una película de hace setenta años, conversaciones inteligentes, bromas de humor negro que a ella solían escandalizarla. Aquella mujer, aquella mujer tan guapa y tan lista, aquella mujer con su propio negocio, que era todo lo que ella no.

No lo podía soportar.

Le dio el móvil con la mano temblorosa y se alejó: no quería que la viera así. Al llegar a la cocina, cerró la mano en un puño y alzó el brazo, dispuesta a hacerlo caer con un estruendo. Aquella imagen de violencia tiñó de rojo su sentido de la vista, le trajo recuerdos de todas las humillaciones que había padecido en tiempos pretéritos.

<<No. No, Gema, tranquilízate. No es nada. No estás loca. Tranquila. Tranquila>>.

Pero ese enfado, que no pudo vaporizarse en gritos, se condensó en violentos sollozos acompañados de temblores.

-Eh, venga...

Gustavo se acercó a su novia, sin atreverse a tocarla.

-Lo siento, no... no tendría que haberme puesto así.

-Tranquila. Yo tendría que habértelo dicho también, es solo que...

Solo que, después de lo de Emilio, no quería más drama en su vida para dos o tres lustros. Pero, como su amigo le había prohibido hablar del tema, tuvo que improvisar.

-...no quería que te pusieras nerviosa antes de la partida. Pero una cosa es segura: la vamos a aplastar. Vamos a acabar con ella y con quien venga después, y nos vamos a llevar la pasta. Cuando la tengamos, te voy a comprar un ramo de rosas que va a batir un récord Guinness.

Ella tuvo que sonreír, a pesar de que todavía le quedaban muchas lágrimas que sacar de sus entrañas.

-No, pero... me he comportado como una loca. Soy... soy patética.

-No e...

-¡Déjame hablar!-vociferó, cerrando el puño-. Lo siento. ¿Ves? Soy una cobarde, una persona horrible. No puedo... no puedo hablar de mí misma ni de mis inseguridades sin ponerme a temblar y... y, cuando exploto... me convierto en una persona desagradable. Mira, me he encontrado con muchos imbéciles en mi vida, pero la que ha solido arruinar mis relaciones soy... soy yo. Por mis celos y por mi cobardía.

Él le besó en la frente y luego le pellizcó la mejilla.

-¿Qué estás diciendo? Estás estudiando una oposición, estás apostando años de tu vida. Y los dos estamos participando en un concurso de videojuegos donde solo puede quedar uno. Nos vamos a morir de todas formas, princesa, así que nos la estamos jugando porque no tenemos nada que perder. Eres una de las tías con más ovarios que conozco.

Aunque a Gustavo le costaba hacer de terapeuta de sus amigos y conocidos, no le había salido nada mal. El abrazo que compartieron fue el más corto que jamás se dieron, también el más sobrio. No necesitaron grandes muestras de cariño para saber que el otro les apoyaba.

-Me alegra que seamos lo bastante maduros para hablar de esto-dijo ella, abrazada a él como si estuvieran bailando-. Me alegra que no hayamos estado días o semanas enfadados por esta tontería. Te quiero, guapo.

-Gracias, guapa. Digo... yo también te quiero. Y nada va a cambiar eso.

Ojalá fuera así, pensaron ambos.

...

El día de las semifinales, los dos se mandaron un mensaje exactamente a las ocho de la mañana. "Te quiero. Mucha mierda". Habían acordado hacerlo para asegurarse de que ninguno de los dos se dormía, sellando esa promesa con sus dos meñiques derechos. Había sido una semana algo rara, y a Gema no se le había pasado el enfado completamente, pero sabían que tenían que hacer todo lo posible por ganar.

Gustavo había despertado quince minutos antes de ese mensaje, con andares de zombi y el objetivo expreso de no levantar al ogro con el que convivía. Sin embargo, pudo oírse un gruñido que provenía de su habitación:

-Joder, a ver si haces menos ruido. Más te vale ganar y sacarme de pobre.

Gema no había podido dormir durante más de dos horas, lo que la había llevado a hacer flexiones para intentar cansarse, lo que a su vez la había llevado a cansarse más pero no a dormir, lo que a su vez la había llevado a buscar artículos sobre el efecto de la falta de sueño en la concentración y la salud, lo que a su vez la había llevado a llorar delante del espejo.

Al encontrarse, sin embargo, todas las preocupaciones se retiraron a un lado. Gustavo hizo una graciosa reverencia delante de ella, ella le recompensó esa humillación con un beso largo con lengua.

-Ojalá no haya mucha gente y podamos usar los baños...

Llegaron al coche y, como siempre, condujo él. A Gema le gustaba verlo concentrado en esa tarea, con aquel gesto varonil e impertérrito. Pero, como todo, esa vigilancia también acababa volviéndose aburrida con el tiempo. Pensó en encender la radio para distraerse, hasta que se acordó de los enervantes comentarios apocalípticos que su novio hacía después de cada noticia. Por eso, sacó el móvil y buscó información sobre el torneo. Y, al escribir *Tempus Fighting* en el buscador, hubo algo que apareció justo después.

El número dos. La empresa acababa de sacar un teaser confirmándolo.

Puso el vídeo, mesmerizada por las posibilidades que aquello encerraba. En él, se podía ver un majestuoso templo griego que creía recordar como una de las ocho maravillas del mundo antiguo, un portento arquitectónico, una muestra nívea de compleja y hermosa civilización. Permaneció así durante unos segundos, con unos acordes pacíficos que acabaron desembocando en una nota discordante.

Entonces, el mármol empezó a quebrarse, el fuego empezó a devorar esa perfecta obra de arte. En el cielo cristalino, unas enormes grietas aparecían.

Y, contemplando esa desolación, un samurái de espaldas desenvainaba su espada. Musashi había vuelto.

La música de *Tempus Fighting* arrancó, tan evocadora como el primer día.

Capítulo 19: El gran combate

Gema había creído que la menor afluencia de participantes supondría un respiro para su ansiedad, pero el anuncio había hecho que aquel lugar se llenara de intrusos. Supuso que estaría sucediendo lo mismo en todos los otros concursos celebrados a lo largo del mundo, pero eso no tranquilizó a ninguno de los dos. Cuando llegaron, aquello estaba infestado de periodistas de páginas webs sobre videojuegos, de bloggers, de youtubers y de curiosos con pinta de no haberse duchado en semanas. Se agarraron de la mano.

El centro de las miradas era, como siempre, ella. Escarcha Roja, con un vestido naranja tan ceñido como atractivo. Y ese día, el día en que la prensa se encontraba allí, llegar tarde había perdido el glamour que la influencer parecía haber apreciado en todas las demás ocasiones. Llevaba en ese sitio mucho tiempo más que ellos, y era la clara protagonista de la jornada.

Pero ella, por mucho que fantasearan los pajilleros de sus seguidores, no podía sola con tantos hombres. Por eso, los periodistas se dirigían también hacia el resto de los competidores, aunque dedicaran miradas furtivas y poco disimuladas hacia su objetivo prioritario, intentando dilucidar cuándo estaría libre.

Un grupo de reporteros fue hacia ellos, lo que hizo que Gema se mordiera los labios con nerviosismo. En aquel caótico maremágnum de preguntas y respuestas, en aquel desorden provocado por una cuidadosa estrategia de marketing destinada a favorecer la expectación, la voz aterciopelada de la modelo se dejó notar:

-¡Oh, claro que no estoy nerviosa! Al final, lo que importa es que nos divirtamos. Y ya sabéis que yo soy una mujer muy divertida...

-...a ver, estoy estudiando una oposición, pero ahora mismo no trabajo...

-...pues en paro, por eso estoy aquí. No me mires así, ¿o es que vas a ofrecerme trabajo?

-...en realidad, creo que mi empleo es más agobiante que cualquier trabajo físico. Es decir, estar sometida a tanta presión como figura pública es inaguantable, y los videojuegos me ayudan...

-...no, a ver, a mí me gustan mucho los videojuegos, pero no tengo consola de última generación, así que el *Tempus Fighting* me recuerda a cuando jugaba de pequeña...

-...para olvidarme momentáneamente de la llegada inevitable de la muerte y...

-...será una pasada y, si el primero ya parecía hecho para mí, estoy deseando ver qué outfits nuevos me puedo probar...

-...muy emocionada, la verdad, y quiero ver qué nuevos períodos se exploran...

-...espero que no sea un sacacuartos, pero lo probaré cuando vaya a gorronear a casa de mi adorable novia.

Dicho esto, Gustavo besó a Gema en la sien, y esta se limitó a esbozar una sonrisa tímida que no habría desentonado en el adorable personaje de un anime. Pero, por dentro, quería morir.

-Quiero jugar ya-susurró a su novio, hecha un manojito de nervios-. Al menos, si perdemos, me lo quito de encima cuanto antes.

-Ya, ya. Entiendo lo que dices. Todo esto de los reporteros...

-Sí. No puedo soportarlo. No es por nada, es que ya sabes que tanta gente...

Lo que no quería admitir, aquello en lo que pensó mientras se encaminaba al edificio con esa parsimonia tan propia de los condenados a la horca, era en la de desalmados que verían sus imágenes, en la de comentarios saliendo de aquel hueco de podredumbre que eran las cajas de comentarios en redes sociales. Y los fans de esa vampiresa voluptuosa superaban con mucho a los de sus anteriores rivales.

Sentados en la sala de conferencias junto al resto de participantes, tuvieron que escuchar cómo Manuel carraspeaba y se dirigía a su expectante público:

-Bueno, estamos aquí para...-leyó la nota de Chrono Entertainment-... para celebrar los videojuegos como un ámbito cultural y competitivo y para dar oportunidades a los jóvenes, así como para celebrar el creciente legado de *Tempus Fighting*. Este título, que ha ganado un estatus de culto con el paso del tiempo, celebra el poder... el progreso humano y, por ello, la empresa Chrono Entertainment no puede dejar de apoyar los futuros proyectos de vida de sus jóvenes jugadores y...

A Gustavo le pareció una presentación obscena y paternalista, como seguramente se lo habría parecido al tipo que la leía si se hubiera detenido en pensar sobre ella. Estaba bien tener esa oportunidad, sí, pero no quería depender de un concurso, de un chanchullo o de un pelotazo. Quería tener un trabajo, aunque fuera un trabajo de mierda, y vivir de él, y que le diera para comprar una casa. Si no se sentía realizado, ya encontraría algo con lo que entretenerse en su tiempo libre. Y, si no podía tener eso, casi prefería quemarlo todo y dedicarse a vivir de ayudas... o lo preferiría, si no tuviera a esa mujer al lado, al vínculo perpetuo con esa realidad que tanto le huía cuando pasaba demasiado tiempo en casa. Dios, cuánto la quería.

Por suerte, ese discurso hipócrita acabó pronto, y se separaron en dos grupos. Manuel les guió hacia una habitación con un televisor, donde se encontraron Escarcha Roja, su compañera y ellos dos. La influencer les miró desde un pedestal construido por ella misma y sostenido por millones de "me gusta":

-Bueno, por fin nos encontramos. Eres más guapo en persona-le dijo, y Gema apretó los puños-. No entiendo cómo estás... en fin, mejor me callo.

Pero lo había dicho mirando fijamente a su novia, sin dar lugar a dudas sobre su verdadero mensaje.

En ese momento, él la vio con otros ojos, con unos mucho menos favorecedores. Todo su atractivo se desvaneció, esa mística se perdió al reconocer a una de tantas aprendices de bruja que solo podía enaltecerse al humillar a los demás.

-No puede decirse lo mismo de ti-dijo Gustavo, dirigiéndole una mirada condescendiente-. El Photoshop te sienta bien.

La influencer reprimió un gemido ahogado que permitió apreciar las capas de su maquillaje, y Gema sonrió. Ese era su hombre.

-Dejad las peleas para el juego-ordenó Manuel, con desgana y fastidio-. Venga, empecemos cuanto antes. Y no me preguntéis sobre qué putos personajes van a incluir en la secuela porque no sé nada y no me podría importar menos. Anda, dadle.

Cada pareja se sentó donde le correspondía. Gema y Gustavo se dieron la mano, y él la besó con fuerza. Ya estaba. Solo esa pelea y, luego, otra más. Y podrían ponerse a jugar a cualquier otra cosa, preferentemente con esposas o mordazas involucradas.

El delegado de la empresa encendió las cámaras y habló:

-Bueno, como sabéis, estamos aquí...

Aunque no se encontraban con ellos, se podían sentir los miles de ojos que los vigilaban, todos los comentarios, las visitas, los euros en publicidad. A Gustavo se le ocurrió que, de haber sabido que esa competición iba a ser tan viral, podrían haber creado un canal para sacarse algo de calderilla. Gema solo podía concentrarse en el momento, desear en que aquello se acabaría de un modo u otro.

Seleccionaron a sus luchadores. Gustavo a Wolfgang y la compañera de Escarcha Roja, a Robota. Por lo visto, según habían leído en la red, le obligaba a escoger en cada ocasión a un personaje distinto para dificultar que la gente la reconociera. No sabían si era cierto, pero no les extrañaría.

El combate tendría lugar en el castillo maldito, un territorio de aspecto gótico en el que la iluminación de antorchas alteraba ligeramente los contornos de los personajes. Gustavo casi se compadeció de esa pobre muchacha que tenía que vivir a la sombra de su famosa compañera... pero se alegró de que su enemiga los tomara en serio. Si no, no habría puesto a su lacaya a pelear contra ellos para cansarlos, sino que se habría ocupado ella misma de derrotarlos. Les consideraba una amenaza. Y estaría a la altura, o eso esperaba.

Su enemiga comenzó lanzando un proyectil contra él, al que solo pudo reaccionar agachándose como un novato. Bueno, no exactamente: un novato se lo habría comido enterito.

Gema le miró, y se alegró al ver que él daba el primer golpe efectivo. Un tintero en la cara era un clásico y, además, lo acompañó de un tajo con la pluma. Sin embargo, su discreta oponente hizo una llave con la que le tiró al suelo, quitándole aún más vida. Pudo escucharse un gruñido saliendo de su boca que ni siquiera él anticipó.

-Mierda...

-Como pueden ver, mi aliada ha demostrado una frialdad admirable-comentó la influencer-, y nuestro primer rival ya empieza a ponerse nervioso. Es como si le hubieran chupado la... sangre.

Furibundo, volvió a atacar con la pluma, retirándose a tiempo para que la androide no pudiera contraatacar. En un alarde de autosuficiencia, le dedicó un guiño a Escarcha Roja, que no comentó nada.

Continuaron intercambiando golpes cautos, cada uno intentando contentar a la persona que tenían al lado, a aquella jugadora mucho mejor que ellos. Mientras llevaban a cabo ese baile tenso y tedioso, Gustavo sintió una empatía enorme por esa mujer de cuyos rasgos y voz se olvidaría un par de días después, sintió una conexión hacia esa mediocridad digna y sobria. Cuando un misil explotó en la cabeza de Wolfgang, poniendo fin a ese período de guerra fría, esa empatía se desvaneció.

Para recuperar el aliento y la ventaja, la mantuvo a raya con una serie de proyectiles. Luego, placó a la androide y la lanzó volando con una serie de certeros puñetazos. Quién le habría dicho que, después de tan poco tiempo, entendería perfectamente por qué la gente se emocionaba tanto jugando a videojuegos. Entendía la tragedia, la gloria, el hambre de victoria, de una victoria en la que uno no arriesgaba el pescuezo pero que podía proporcionarle grandes recompensas.

Robota fue dejando minas en el suelo, y él supo que tendría que aterrizar al menos en una de ellas. Por ello, enfadado, se aseguró de que uno de sus tinteros aterrizara sobre ella, dejándole con un fragmento diminuto de vida. Algo más de lo que él tenía.

<<Tienes que hacerlo, vengas. Tienes que aguantar este asalto y hacerle un arañazo a Báthory, aunque solo sea para darle ventaja a Gema. Ella confió en ti cuando jugabas como un novato. Demuestra que no se equivocaba>>.

La explosión le echó hacia atrás y su rival aprovechó para caer en picado sobre él con su puño de martillo, algo que acabaría con toda su vida. Apretó los dientes, consciente de que el movimiento que debía llevar a cabo era muy arriesgado. Pero no había otra.

Pulsó el botón de salto (el martillo se acercaba), su personaje comenzó a saltar (el martillo se encontraba a unos centímetros de su cuerpo), pulsó el botón de patada. Esperó. Contuvo el aliento. Siguió esperando por un segundo que pareció un siglo.

Y, cuando la vida de su enemiga se redujo a cero, expulsó un suspiro de alivio.

<<No te relajes. Te va a derrotar, pero hazle algo de daño antes de que suceda>>.

Cuando vio a la vampiresa aparecer, intentó tirarle al menos un tintero, para no jugársela demasiado con combos complejos. Pensó que sería imposible de esquivar.

Ella le demostró que se equivocaba, con un control envidiable sobre su avatar. Para ella era una segunda piel, era su modo de vida, era un símbolo de su estatus y de su personalidad.

No era un juego ni una recompensa, sino algo mucho más profundo. Se dio cuenta de ello en cuanto, sin poder evitarlo, las uñas de Báthory acabaron con el pobre Wolfgang.

<<¡Mierda!>> Pero no tenía tiempo de desesperarse.

Miró a su novia, depositando todas sus esperanzas en ella. Gema ya había agarrado el mando, y Elsa aparecía en la pantalla. Aquello se resolvería con una batalla de mujeres fatales, pero ese pensamiento no le excitaba. No cuando estaba en juego su dinero y la felicidad de ella.

La influencer se había deshecho de toda su parafernalia verbal, limitándose a gruñir de vez en cuando mientras su avatar lanzaba lágrimas sangrientas contra Elsa, que las rechazaba con golpes desesperados de su fusta.

Gema se dio cuenta de que estaba a la defensiva, de que se había limitado a sobrevivir contra una enemiga que más bien parecía un desastre natural, que desataba contra ella una serie de proyectiles destinados a destrozarse sus nervios y dejarla vulnerable para los arañazos con los que intentaba abatirla. Por suerte, solo la había logrado rozar una vez, pero se dio cuenta de que no podía continuar así. Tenía que jugársela, tenía que arriesgarse. Por ello, le atacó con un latigazo que consiguió darle en la cabeza, se acercó para devolverle los arañazos.

Entonces, vio cómo las uñas de la vampira se hundían en su avatar y le succionaban la sangre. Hizo un esfuerzo consciente por no chillar al ver que su vida se reducía a la mitad y que su enemiga recuperaba todo lo que le había quitado gracias a ese ataque drenador. Algunos jugadores habían abogado por el baneo permanente de Báthory en eventos competitivos por ello, pero finalmente se había permitido que los jugadores escogieran a ese personaje, para desgracia de Gema. De nuevo a la defensiva, le lanzó los escasos proyectiles de su personaje, que le quitaron una cantidad testimonial de energía.

<<Tranquila. ¡Tranquila, joder! Esto es como cuando te caes durante los cinco primeros segundos de una plancha. Te vuelves a levantar y punto>>.

Con un molesto hormigueo en el cuerpo, se retiró unos segundos para luego sorprenderla con un latigazo, y se echó hacia atrás antes de que pudiera reaccionar. Seguía perdiendo. Daba igual. Podía con esa zorra. O eso tenía que creer.

Recuperó algo de ventaja con puñetazos que le quitaron poca vida a su adversaria y, sobre todo, defendiéndose de los combos con los que intentó castigarla. Las dos mujeres miraban al avatar de su rival como si fuera una representación espiritual de la otra, una suerte de muñeco vudú en el que zanjar violentamente esa rivalidad.

Una gota de sudor se le metió a Gema en el ojo derecho, pero decidió ignorarla. No despegó la mirada de la pantalla, y habría jurado que la frecuencia de sus parpadeos se había reducido significativamente.

Entre salto y salto, comenzó a ver patrones en la hipnótica danza virtual de su enemiga, y a calcular en base a esos patrones. Tragó saliva al comprobar que se disponía a caer sobre

ella desde arriba y a golpearle con sus zarpas, seguramente para quitarle más vida. El pecho le dolió al pulsar una serie de botones, al hacer ese cálculo tan arriesgado.

Mereció la pena. Recibió con una sonrisa el desarrollo de acontecimientos, en el que su látigo se cerró en torno al cuerpo de Báthory y su personaje hizo que se estrellara contra el suelo. La vida de su enemiga seguía siendo ligeramente superior a la suya, pero estaban igualadas. Miró por el rabillo del ojo a Escarcha Roja, y su rostro colorado no auguraba nada bueno. Continuó a la defensiva, comprobando que ella se volvía más agresiva.

Su enemiga encadenaba movimientos que Gema habría considerado poco prácticos para un torneo, pero que su rival manejaba con una destreza envidiable. Del cielo caían chorros de sangre y patadas voladoras que bloqueaba como podía, pero que siempre se apañaban para que la barra roja de arriba se fuera vaciando paulatinamente. Las uñas de Elsa le hicieron algún daño a Báthory, pero siempre se mantuvo algo por debajo de ella, de esa mujer perfecta, independiente, atractiva, lista. Consiguió adelantarla por un instante, gracias a la fusta de su dominatrix predilecta y al hueco que le había dejado en mitad de un combo. Eso supuso una llamada de atención para su rival, que a partir de ese momento le atacó con asaltos rápidos y huidas cobardes. Ella hizo lo mismo, tiritando, y pronto perdió la ventaja.

Los siguientes cuarenta segundos fueron agobiantes, sudorosos. Golpe, bloqueo, golpe, bloqueo. Seguramente, los frikis que seguían el combate se quejarían de lo aburrido que resultaba, pero ellas no pensaban en nadie más. En ese momento, no manejaban a su personaje: eran su personaje, y se sentían como si la vida les fuera en ello.

Al menos, hasta que le quedó una micra de vida, menos de un solo golpe. Entonces, Gema se dio cuenta de que no era una nazi tetona, sino una pobre muchacha que perdería esa caldera de oro al final del arcoíris si cometía otro error. En ese momento, actuó por instinto, con todo el rencor comiéndole por dentro, y espetó:

-Juegas muy bien. Qué pena que tus fans no se fijen en eso.

Aprovechando su confusión, hizo un movimiento para enrollar su látigo alrededor de la vampiresa. Mientras su avatar reaccionaba, no miró a la pantalla sino a Escarcha Roja, porque la suerte ya estaba echada. Vio que esa belleza casi ultraterrena se convertía en una representación grotesca de la ira y la frustración.

Y, entonces, explotó la imbatible Estrella de la Muerte, escaparon de la prisión de Alcatraz, encontraron el One Piece tras años de búsqueda. Gloria. Gloria y celebración.

Habían triunfado. Y, aunque solo fueran las semifinales, se sintieron como si les acabara de tocar la lotería.

La pareja intercambió un beso largo con lengua. Ambos se habían preguntado cómo reaccionaría la influencer si era derrotada, pero ninguno se molestó en mirarla para comprobarlo.

Capítulo 20: Una oferta irrechazable

-¡Por los futuros ganadores!-exclamó Emilio, algo que Carmen y Silvia repitieron como un eco. Era esa última quien había conseguido colarles en aquella coctelería donde había trabajado, asegurándose de que obtenían la primera copa gratis.

Pero los protagonistas, claro, eran ellos dos, además del propio Emilio, futuro mozo de almacén. Los mojitos de ellas y los martinis de ellos, que en otras circunstancias habrían servido como un paliativo para sus fracasos cotidianos, actuaban ahora como la guinda que confirmaba la perfección de ese instante. Pronto, sus bebidas se redujeron a la mitad, y hasta Gema había bebido un poco.

-Ay, mira a mi niña-comentó Silvia, con cariño-. Que se va a llevar toda la pasta y nos va a invitar a margaritas a todas...

-Bueno, no cantemos victoria antes de tiempo.

-No, no-intervino su novio, agarrándola de la cintura y dándole un beso en la mejilla-. Abandonemos los grilletes del pensamiento racional por hoy y digamos: ¡vamos a ganar! ¡Vamos a ganar, hostia!

Chocaron de nuevo sus copas, con la ingenua creencia de que aquella juventud duraría para siempre, de que nunca acabaría esa fiesta perpetua en la que intentaban amortiguar ese futuro que se antojaba desolador.

-Bueno, mi ranita Gustavo, yo solo te estoy diciendo que esto es como el cuento de la lechera: no hay que contar con ello hasta que no lo tengamos.

-Bueno, pero has dicho que los que nos tocan ahora son peores, ¿no? Me acuerdo de que me lo dijiste, que hemos tenido muy mala suerte con nuestros primeros rivales.

-Sí, amor. Pero incluso un jugador malo puede derrotar a uno bueno. No tenemos que confiarnos.

Ahí estaba la Gema que conocía, la persona más prudente que hubiera visto jamás y, a la vez, la menos cobarde. Él la miró con los ojos vidriosos, paralizado por la alegría y la incredulidad.

-Te quiero.

-Yo más.

-Improbable. Yo más.

-Imposible.

Se besaron, rodeados de sus amigos, rodeados de decenas de personas que compartían esa experiencia.

-¿Y esto?-preguntó Emilio a Carmen, cuya mirada se perdía entre los jóvenes de instituto que probaban su primera gota legal de alcohol-. ¿Alguna interpretación filológica sobre esos chavales a los que les estás echando el ojo?

Ella contestó con calma, como en un estado de sabiduría zen:

-No sé, pero me gusta ver a la gente así. Yo no me cambiaría por mí misma en el instituto, y seguro que Gema tampoco, pero sí hay algunas cosas que echo de menos... como la sensación de que podías comerte el mundo. ¡Y el tiempo! Me gustaría haberlo aprovechado más. Haber leído más, haber follado más...

-Bueno, a ver, para eso todavía estás a tiempo-comentó Emilio, de pasada, mientras le echaba un trago a su copa.

-¿Eso es una insinuación?-comentó, y no parecía disgustada.

-¡No! No, no quería...

Gustavo le dio una palmada en la espalda, riendo a mandíbula batiente. ¡Qué bien le iban las cosas a ese cabrón, después del susto que se había llevado!

Demasiado bien, en realidad. Y, aunque la pareja disfrutaba enormemente de esa realidad que había decidido reconfortarles, existía la posibilidad (la certeza) de que no duraría. De que al padre de Gema le diera un cáncer, de que algo se interpusiera entre ambos o de que un puto terrorista les arrollara con una furgoneta.

No hay bien que cien años dure. Ambos lo pensaron en distintos momentos a lo largo de la noche, aunque ninguno se atreviera a decirlo en voz alta. Pero, obedeciendo el consejo de Carmen, decidieron aprovechar el poco tiempo que tenían para volver a casa de Gema, deseando que aquella buena racha no se acabara nunca.

Aquella noche, ella se comportó como una fiera. Cabalgó encima de él, convertida en ese avatar tan problemático y seductor que siempre escogía en el *Tempus Fighting*, en una cavernícola que invertía sus paleolíticas normas sociales al derrotar a su rival y tomar como premio a su hombre. Hubo momentos en los que Gustavo pensó que le iba a asfixiar, pero nunca le pidió que parara. Más bien al contrario: le pidió, le imploró que le agarrara del cuello con más fuerza.

Pese a que solía sentirse abrumado ante el caos que había aprendido a reconocer en el universo, la falta absoluta de control no le molestó. En vez de abrumado, abrazado; en vez de abandonado, protegido. Rendido.

Y ella se sintió como una diosa del Olimpo.

...

Fue como si un filete podrido cayera junto a una jauría de perros hambrientos.

Manos cansadas le dieron al clic de manera rutinaria, decenas de alarmas se activaron en decenas de correos electrónicos, padres preocupados avisaron a esos hijos que se pasaban el día encerrados en su cuarto, hijos adolescentes avisaron a unos padres que no tenían los conocimientos informáticos necesarios para contemplar el apetitoso trozo de carne. Decenas de enlaces en WhatsApp, decenas de índices ávidos pulsando sobre ellos con nerviosa rapidez, decenas de excusas para no acudir, decenas de complejos cálculos improvisados

sobre la posibilidad de mudarse o de alquilar un coche. Y, al final, centenares de famélicos chuchos que se lanzaron babeantes sobre aquella oferta cubierta de mohos y moscas que el dueño del Centenario había decidido publicar en InfoJobs.

Lunes a viernes, con posibilidad de trabajar los fines de semana. 8 horas diarias. 1.080 euros al mes. Se exige disponibilidad inmediata, buena presencia, actitud positiva y flexibilidad de horarios. Se valorará la experiencia.

Seis horas después de la publicación, 212 personas habían optado a ese puesto.

...

-¡Gema, vas a llegar tarde!

-¡No! La entrevista es a las doce y media, el Centenario está a quince minutos de aquí, y son...

Mientras se iba poniendo su camisa y sus pantalones, lo vio: las doce y cinco. Su padre, como siempre, tenía razón. Por ello, hizo un recorrido exprés por su cuarto, calzándose a velocidad récord y situándose en la salida a las doce y diez. Como una militar lista para un desfile.

-Bueno, tú solo recuerda...

-Que sí, papá. Sonreír mucho y creer en mí misma. Bueno, o que lo parezca.

Él le dio un gran abrazo que, dos o tres años antes, habría levantado del suelo a esa Gema tan delgada. En su lugar, se limitó a hacerle crujir las vértebras.

-No sabes lo orgulloso que estoy de ti.

-¡Pero si me lo dices todos los días!-contestó, guiñándole un ojo-. Claro que lo sé.

Salió corriendo de allí, recorriendo las calles como un alegre animalito de dibujos animados. Seguiría estudiando la oposición, pero ese trabajo le vendría de miedo. Pensó, como esa lechera de cuento a la que no quería parecerse, en el dinero que ganaría con ese curro y con el premio. Pensó en las copas que podría comprarle a sus amigas y en los libros dedicados que le regalaría a Gustavo. Pensó en usar el dinero con él, en compartir una cena en París y hacerse una foto justo debajo de la torre Eiffel.

<<Tranquila, Gema. Veamos si te viene bien>>.

Entró en el bar, y su decrepito dueño la llevó hasta un cuarto donde temió que se quitara los pantalones. Por suerte, en aquella habitación con olor simultáneo y paradójico a lejía y suciedad no le esperaba un miembro arrugado y flácido. Lo más parecido a una insinuación sexual era la maciza de un calendario que tenía pinta de tener más años que ella.

-Anda, siéntate, chica. Hoy estamos de entrevista todo el día. ¡Y eso que me han dejado aquí solo y tengo que ocuparme de la barra! Y encima sin avisar. Desde luego, no vuelvo a contratar a un panchito en la vida. Pero, bueno, cuéntame por qué crees que te mereces el trabajo.

<<No me lo merezco>>-pensó, pero desechó esas ideas con una velocidad que le sorprendió hasta a ella. Iba a ganar el campeonato de *Tempus Fighting*, había derrotado a una influencer

con miles de seguidores, y era la mujer más valiente que conocía Gustavo. Si había podido con una vampiresa, podría con ese vejestorio asqueroso.

-En primer lugar, por la experiencia que he tenido en hostelería. Sé que no es mucha, es... es verdad, era una campaña de solo un mes, pero quedaron encantados conmigo. He... he adjuntado su número a la oferta que he enviado por Internet...

-Ya, ya. Sí, mi hijo me ha imprimido el currículum y me ha dicho eso. A ver, a decir verdad, estoy entre ti y otros tres, porque el resto o eran de otros pueblos o eran unos inútiles. Eso sí, yo no he tenido nunca una camarera mujer. ¿Crees que puedes con un trabajo tan duro? Tragó saliva. Tranquila, se dijo, tranquila.

-Sí. Creo que soy una persona resolutiva con fuerza de voluntad y, sobre todo, estoy dispuesta a trabajar.

-¿Y por qué has decidido trabajar en este lugar?-preguntó, sin mirarla, con los ojos todavía fijos en el papel.

<<Por el dinero>>-pensó, e intentó imaginar alguna mentira para enmascarar esa triste realidad.

-Por el... bueno, sinceramente, porque me vendría bien el dinero.

Basilio el Enterao alzó la mirada sin mover la cabeza, y esbozó una sonrisa.

-Coño, sinceridad, eso me gusta. Mi hijo, que está trabajando de Recursos Humanos en una empresa, me dice que siempre coja a los que se presentan a la entrevista por dinero. Hay muchos que dicen que quieren el trabajo por la experiencia y por el aprendizaje, y que tienen muchas ganas de aprender... pero las ganas se pierden pronto. Cuando uno necesita la pasta, le da igual no estar motivado.

Ella movió la cabeza en un gesto afirmativo. Ese tipo no le caía bien, pero iba de frente. Al menos, sabía lo que esperar con él.

-Estoy de acuerdo.

La entrevista continuó con las preguntas rutinarias sobre sus estudios y trabajos anteriores, con las explicaciones de las condiciones laborales (dejó caer que tendría que hacer horas extras sin cobrar) y los ocasionales comentarios de cortesía.

-Bien, bien. Pues todavía me quedan algunas entrevistas, pero la verdad es que estás bien posicionada. Eso sí, te tendrías que incorporar cuanto antes, antes de que te haga el contrato. La semana que viene la tengo hasta arriba de curro.

-Ah, ¿y... y eso?

-Hay un campeonato regional de fútbol sala, y el entrenador de uno de los equipos ya me ha prometido que vendrán aquí todas las tardes. Esto se va a petar, como decís los jóvenes, así que te voy a necesitar ya mismo.

La semana que viene. Gema tuvo ganas de chasquear la lengua, pero no quiso faltarle al respeto a ese hombre. Aun así, sintió un regusto amargo al hablar:

-Bueno, yo... la verdad es que la semana que viene tengo la final de un concurso el miércoles. De verdad que quiero este trabajo, y le agradezco mucho haberme dado esta oportunidad, pero creo que tendría que cogermelo ese día. ¡Pero podría hacer más horas el siguiente o el anterior!

Pensó en su precioso novio, en cómo sonreiría al ganar. Pensó también en el dinero, claro.

-Mira, Gema, pareces una buena chica, pero no puedo aceptar eso de buenas a primeras. Además, el miércoles lo tengo bastante cargado, y necesito estar seguro de que tendré ayuda. ¿No puedes pedirle que lo cambien?

Sacudió la cabeza, sintiéndose como si le acabaran de quitar media barra de vida con un combo especialmente dañino.

-No, imposible.

Su entrevistador expulsó un jadeo prolongado. Tal vez le había caído bien, pensó con la esperanza estimulada por sus victorias más recientes, seguro que se ofrecía a...

-Pues entonces tienes que elegir. A ver, si finalmente me decido por ti, ¿puedo contar contigo? <<Veinte mil euros, diez mil para mí... pongamos que dos mil se van en impuestos, mil por cada una de las dos mitades. Me quedaría con nueve mil, lo que equivale a nueve meses trabajando aquí, nueve meses con menos tiempo para estudiar y que quizás ni siquiera complete porque este hombre me echará antes>>.

Sí, le salía más a cuenta participar. Pero había un minúsculo detalle que frenó su lengua. El premio no era seguro. Y sabía que Gustavo le habría dicho que se arriesgase, que solo tenían una vida, pero...

¿Pero qué?

Pero nada. Tenía a su padre, gracias a Dios. Tenía sus estudios, tenía un 50% de posibilidades de alcanzar la gloria y la pasta. No necesitaba ese trabajo de mierda.

-Me temo que no podré serle de utilidad. Lamento mucho haberle hecho perder el tiempo.

-Nada, mujer, por lo menos has sido sincera. Espero verte de cliente, de todas formas.

No la había insultado. No se había metido con su decisión. ¡No le había gritado!

Al salir del antro, tuvo que sonreír, y no solo por haberse librado del hedor que impregnaba cada centímetro cuadrado del lugar. Sonreía porque por fin había adoptado esos manidos consejos sobre cómo ser más asertiva, porque acababa de demostrarse a sí misma que la mayoría de la gente era buena o tenía un mínimo de vergüenza y que nadie le gritaría por hacer valer sus intereses. Y, si le gritaban, que se jodieran.

Volvió a casa tarareando una canción alegre.

...

-Venga, no te pongas así. Con esa actitud, no me extraña que no te quieran coger en ningún sitio.

Había dos cosas que Gustavo odiaba más que nada en el mundo: a su madre y a la gente que atribuía cualquier desarrollo de acontecimientos a la actitud. Ver a esos dos grupos converger desplazó cualquier sentimiento de alegría que pudiera tener por sus triunfos más recientes.

-Lo único que estoy diciendo es que seguramente me mande a tomar por cu... por saco.

-¡Esa boca, coño! Y agradece que te esté dando esta oportunidad, porque no todo el mundo haría eso. El Enterao es un hombre bueno, y un currante de los que ya no quedan. ¡Tendríais que aprender los jóvenes de hoy!

Añoró la futura libertad que tendría cuando ese fósil abandonara su vida o el mundo en general. Casi le daba pereza enfrentarse a lo bueno por conocer, a aquel período de transición entre una rutina y otra, pero eso no quitaba que quisiera abandonar ese antihogar cuanto antes.

-Ya, ya. Tendríamos que aprender a ser un viejo que compensa su impotencia sexual metiéndose con los pobres sicarios que tiene a su mando.

Su madre se santiguó.

-Ay, Dios mío, no sé quién le ha enseñado eso... pero, mira, inténtalo. Y consíguelo, porque estoy harta de pagarte tus caprichos y tus juegucitos. Si no, te voy a dar de hostias hasta en el carné de identidad. Que, como no comes nada, me sería fácil.

No dijo nada, qué le iba a decir. Salió de allí guardándose el sollozo en las tripas. Rememoró todas las apologías de la resiliencia que había leído en un intento de dar combustible a su odio por los charlatanes y los cursos de autoayuda, y decidió reconvertir esa mala experiencia en una motivación extra para la entrevista. Pensó en lo que le habría dicho Gema, en su dulzura y cautela, en esa dulce domesticación por la que había intentado convertirlo en alguien respetable. Al aceptarlo, se acordó de esos perros nacidos y criados en una familia, que condensaban en una sola existencia un proceso de control y sumisión perfeccionado a lo largo de siglos de experiencia y eugenesia. Y, aunque a él le parecía inmoral tener mascotas, podía aprender algo de ellas.

Lo tenía decidido. Sería sonriente, sería elegante, sería odioso, pero no odioso en su sentido habitual, sino odioso para gente como él. Como todos esos autómatas de carne a los que detestaba por lo felices que parecían. Pues, cojones, habría que empezar a ser tan feliz como ellos.

Recorrió las calles (las viejas y familiares calles) hasta el Centenario, un lugar que odiaba con más fuerza cuanto más pensaba en lo vacío que quedaría el pueblo sin él. Sí, el bar era tan importante para Gustavo como esos negocios que había descubierto cerrados durante su vuelta de Londres, esos testimonios incontestables de que tarde o temprano le haría un comentario a alguien quince o veinte años menor que él y no lo entendería. Y, entonces, descubriría que todo el vigor de juventud que debería haber empleado en escribir una obra

maestra o iniciar una revolución había sido desperdiciado en pasatiempos inútiles e intentonas de follar que, independientemente del éxito que hubieran tenido, ahora le parecían patéticas.

Por ello, se aventuró en el local con el cariño incondicional con el que se trata a un anciano moribundo. Sin embargo, entrar en el despacho del dueño estuvo a punto de echar toda su actuación por tierra, como cuando el mismo viejo demente de la metáfora hace un desprecio casual a la inexperiencia del conversador que tiene al lado.

-Anda, el londinense. ¡Ya decía yo que tu cara me sonaba de algo! Pasa, pasa, que será breve.

Temió que le hubiera dado la bienvenida solo para hacerle perder el tiempo, pero supuso que Basilio también le tendría aprecio al suyo. En un ejercicio inédito de buena fe, apoyó el culo en la silla frente a él.

-Bueno, chaval, cuéntame. ¿Por qué has decidido venir aquí, después de que te diera largas la otra vez?

<<Porque me sigue haciendo falta el dinero, imbécil>>.

-Porque... porque sigo pensando que esta es una buena oportunidad de desarrollarme, ¿sabe? Porque creo que este es un local muy querido en el pueblo y me gustaría participar en esa tradición.

El hostelero expulsó una risita autosuficiente, completamente enterado de la mentira tan obscena que le acababa de soltar.

-Seguro, seguro... mira, no soporto a los mentirosos, pero sí me gusta la gente con cojones, la gente que lo vuelve a intentar aunque fracase. Y entiendo que, si estás desesperado, no me pondrás pegas.

En ese timbre escuchó a su madre. Esa voz chocha que le decía que nunca serviría para nada, que no sabía lo que era el esfuerzo, que no estaba dispuesto a hacer sacrificios. Sintió un impulso salvaje no de arrancarle las cuerdas vocales (aunque seguía siendo una idea atractiva), sino de demostrarle que se equivocaba.

-Pues... a ver, sinceramente, hace bastante que no trabajo y me vendría muy bien. Así que sí, me gustaría currar aquí. Sé que la hostelería es dura, ya he trabajado en ella, pero merece la pena. Las condiciones no son malas, dentro de lo que cabe. Y, aunque a lo mejor no puedo conversar con los clientes con tanta soltura como otros camareros, no le fallaré.

El Enterao le contempló con cierto interés, como quien mira a un perro haciendo un truco. Finalmente, su labio inferior sobresalió en un gesto de reticente respeto.

-Está bien. Entiendes que algunos días tendrás que trabajar más horas que las que pone en tu contrato, ¿no?

-Claro-replicó, y creyó que la lengua le sangraría de tanto mordérsela.

-Y sabrás también que tendrás que aguantar a más de un gilipollas y ponerle buena cara.

<<Ya estoy practicando>>.

-Sí, qué le vamos a hacer.

-Vale. ¡Bien! Pues empiezas la semana que viene. Y todos los días, ¿eh? De lunes a domingo. Antes de que me lo preguntes, no. No puedo darte ningún día, no esta semana. Siento ser tan brusco, pero o lo tomas o lo dejas. ¿Qué dices?

El tiempo pareció detenerse. Acababa de acordarse. La final. Mierda. La mirada inquisitiva del individuo penetró en su cerebro. <<¡Piensa!>> Y pensó.

-Sí. Sí, claro que puedo.

Capítulo 21: Derrota

No escuchaba la voz de Gustavo desde hacía dos días. Por el contrario, se habían comunicado a través de mensajes de texto bastante escuetos. Aunque seguía en pie la quedada de ese día después de practicar, aquello era raro. Normalmente le habría pasado alguna noticia acompañada de un extenso comentario de indignación, o quizás uno de los memes de *Tempus Fighting* que estaba empezando a descubrir.

En otra situación, Gema habría pensado algo malo, habría hecho como siempre y se habría puesto en lo peor. La estaba engañando, le habían diagnosticado una enfermedad rara, se había muerto su madre y había descubierto que después de todo no lo deseaba. Pero, teniendo en cuenta lo sencillas que habían sido las pruebas a superar y lo agradable que había sido superarlas juntos, casi sentía la tentación de pensar que su vida seguiría siendo una comedia romántica sin final, una aventura constante en la que la soledad no tenía cabida. Se sentía optimista, positiva, tanto que incluso Silvia lo había notado. Cuando salió a recibir a su novio para practicar antes de la final, no podía concebir que ese día terminara con ella llorando.

Sin embargo, ya percibió que algo malo sucedía al abrazarlo. Se sintió como si estuviera abrazando a un maniquí, y uno de esos que ni siquiera tienen una cara que les permita fingir que son humanos.

-¿Estás bien?

Hubo una pausa. Una ominosa pausa.

-Sí, claro.

No le creyó, pero atribuyó su descontento a alguna discusión con su madre o a algún fracaso laboral. O, siendo optimistas, a algún artículo que hubiera leído sobre la disminución de la esperanza de vida o sobre un conflicto armado en un país que nadie conocía. Le cogió de la mano y se la besó, coqueta.

-Venga, guapo. Vamos a echar una partida que se te van a poner los pelos de punta. Y luego vamos a echar alguna cosa más.

Le dedicó un lúbrico guiño, pero él no reaccionó como Gema habría querido. Su sonrisa era una sonrisa de cortesía, y un ademán abiertamente hostil no la habría perturbado tanto. La naturalidad perenne de su novio era ahora una calculada prudencia en la que no dejó de pensar hasta que llegaron arriba. Pero, incluso entonces, seguía sin poder imaginar lo que había sucedido. Su confianza en él seguía siendo ciega.

La partida que echaron fue casi tan breve como la primera: aunque Gustavo pudo defenderse un poco más gracias a los reflejos que había adquirido, fue derrotado sin dificultad por su novia. Esta le acarició el pelo, empática.

-Mira, sé que te pasa algo y sé que no me lo quieres contar. Te intentaré convencer, tú me dirás que no te pasa nada y al final me lo contarás. Así que vamos a ahorrarnos el paso intermedio, ¿vale?

Él asintió con la cabeza gacha, pero las palabras parecieron quedarse pegadas a las paredes de su garganta, como si le costara decirlas. Gema recordaba sus épocas de mayor fobia social, y ni siquiera durante ellas se había comportado con ese distanciamiento. Cuando habló, lo hizo despacio, como un domador de fieras ante un león hambriento:

-Verás, es que he vuelto a ver una oferta de trabajo en el Centenario. Me apunté como la otra vez, mi madre me estuvo presionando para que fuera... en fin, te harás una idea. Y el caso es que fui, y me dijo...

-Te dijo que tenías que trabajar durante la semana que viene, ¿no? Incluso durante el día del torneo.

Gustavo elevó la mirada como un condenado a muerte ante el público de su ejecución:

-¿Cómo lo sabes?

-Ay, tonto, porque yo también estuve allí. Me apunté a la oferta, como tú, y también me dijo eso.

-Ya...

Ella le pellizcó la mejilla, tan adorable como ingenua. En ese momento, al lado más cínico de Gustavo se le ocurrió que el grado de amor de una persona podía medirse por su distanciamiento de la realidad.

-¡Pero no te preocupes! Ya tendrás otra oportunidad. A mí también me ha fastidiado no tener ese trabajo, pero al menos estaremos parados juntos. Y, si ganamos, seremos un par de parados con veinte mil euros en el bolsillo.

-Ya, si lo que...

-No, no. Te prohíbo que ese anciano te haga sentirte mal por haber rechazado la oferta. Entiendo que te fastidie la falta de seguridad, a mí también. Pero, si estamos juntos, no habrá jefe final que pueda pararnos.

Sus brazos se cerraron en torno a él como grilletes de algodón. La cara de su novia desapareció en su pecho, pero él la seguía viendo. Por eso, tuvo que apretar la boca y secarse una lágrima antes de admitir:

-Acepté el trabajo.

Aquella frase, lo supiera o no el hombre que la había pronunciado, había marcado un punto de inflexión. Ese punto de inflexión en todas las parejas fallidas donde nada volvería a ser como antes, donde una ruptura era solo cuestión de tiempo. Era el momento en que el individuo A y el individuo B se alejan tanto que los hilos que los unen acaban rompiéndose irremediabilmente, aunque no sea de manera inmediata.

Cuando Gema dejó de sonreír, Gustavo supo que ese se trataba de uno de esos momentos.

-Más te vale tener una buena explicación-susurró ella, con la mirada confusa y rabiosa de una bestia. Primera fase: negación.

Él parecía acorralado, sin siquiera poder mirarla a los ojos. Habló en otro susurro:

-Lo hice porque las condiciones no son tan malas y... bueno, dentro de que es un explotador, conozco a gente que ha currado ahí y... no está tan mal. Lo hice por...

-¿Y no te acordaste de tu compromiso?

Cuando pronunció la palabra "compromiso", con una lentitud fría, algo le dijo que no se refería únicamente a la final del concurso.

-Ya, Gema, lo entiendo. Pero esto es seguro.

Ella permaneció diez segundos sin emitir otro sonido que sus pesadas respiraciones.

-¿Qué es lo que es seguro?-preguntó, en un tono grave-. ¿Que te va a exprimir hasta la última gota de sangre y que te va a echar cuando no le convengas? ¿Eso es más seguro que una... ¡¿eso es más seguro que una puta partida contra un par de niños que solo han tenido suerte hasta ahora!?

Segunda fase: ira.

-Mira, lo primero de todo: es decisión mía-replicó él, deseoso de ganar terreno. Vio en esa mujer histérica el retrato grotesco de todas esas amas de casa de tamaño XXL que poblaban las viñetas de los dibujantes más rancios de la generación langosta, el retrato de todas las esposas tiránicas, de todas las madres castrantes. Y no se iba a amilanar tan fácilmente.

-¡Me lo prometiste!-gritó-. ¡Me prometiste que participaríamos juntos hasta el final! ¡Y ahora lo vas a joder todo para estar viviendo mes a mes, vas a joder la mejor oportunidad que has tenido en tu puta vida! ¡Y me estás haciendo daño a mí!

Gema caminó por la sala de estar, nerviosa, sin querer mirarlo a los ojos. Su rostro parecía a punto de estallar. A algunas mujeres las abandonaban por el deber o por la posteridad, o por una cantidad obscena de dinero. A otras, por una supermodelo o una influencer con talla 120 de pecho. Y a ella la habían traicionado por el sueldo mínimo.

-Mira, Gema, entiendo que estés cabreada. De verdad que lo entiendo. Pero no tienes por qué meterte en mi trabajo, ni controlar lo que hago. Es enfermizo.

Esa acusación hizo que ella se distanciara de ese duelo dialéctico, no queriendo empeorar la situación con las previsibles consecuencias verbales de su enfado. Lo peor de todo era que, si esa respuesta le resultaba tan desagradable, era porque no podía evitar verle un punto de razón.

-No. No estoy enfadada porque has conseguido un trabajo, estoy enfadada porque has faltado a tu promesa sin consultarme. A mí también me habría venido bien ese curro, ¿sabes? Me habría venido muy bien. Pero lo rechacé porque sabía que, aunque fuera más seguro que el concurso, yo ya me había comprometido a participar. No entiendo cómo has podido...

-Claro que no lo entiendes-comentó, torciendo el gesto mientras su mirada se desviaba hacia su alrededor-. Solo hay que mirar esta casa y solo hay que mirar a tu padre. Tienes donde caerte muerta, Gema, yo no. No puedes esperar que tome las mismas decisiones que tú cuando tú tienes esas ventajas.

Lo que le jodió no fueron sus palabras, bastante razonables si las hubiera analizado en frío. Lo que le jodió fue su tono de voz condescendiente, el modo en que parecía dirigirse a ella como si fuera una cría desconectada del mundo real. Había oído esa entonación muchas veces, y ninguna le había gustado.

-¿Ahora me vienes con esas? Que no estás en una favela, joder. ¿Y no eres tú el que siempre habla de arriesgarse? ¿No eres el que habla siempre de acelerar el colapso del capitalismo tardío, de que hay que matar políticos? Pues, para hablar tanto, te has dejado avasallar por un viejo mediocre. Por más que lo intentes ocultar con tus fantasmadas, eres un puto cobarde. Gustavo no había dormido bien, ya que había pasado toda la noche intentando concebir una forma de contarle la verdad a Gema sin hacerle daño. En un ejercicio de bondad extrema (y, como todas las bondades extremas, también inútil), había intentado pulir sus palabras hasta alcanzar un grado de corrección propio únicamente de notas de prensa o anuncios de cursos de idiomas. Cuando todo eso había fallado, había intentado ser sincero.

Y así se lo pagaba.

-Mira, a mí no me hablas así. He intentado contarte la verdad sin adornarla...

-Claro, después de jugar. Cuando yo te he sacado el tema. ¿Pensabas echar un polvo antes? ¿Solo por si acaso? ¿Por si me daba cuenta de cómo eres y decidía dejarte? ¡¿Es eso!?

Golpeó una mesa con tal violencia que pareció a punto de derrumbarse.

-No, no es... mira, Gema, no es justo que me hables así. Me estás tocando los cojones con tanto grito y...

-¡¿Yo!?

-¡Sí, tú! ¡Joder, yo... vale, voy a tranquilizarme. ¿Ves? Estoy tranquilo.

Miró al suelo y, con un autocontrol propio de un buda, prosiguió hablando:

-Mira, Gema, yo he cambiado por ti. Me has hecho un hombre nuevo. Ahora soy menos cínico, soy más responsable. Cuando fui a la entrevista, pensé en lo que habrías hecho tú. Y, siendo sincero, nuestra relación... nuestro amor... no depende de un juego. Ahora soy como tú querías que fuera, y no sé por qué no te gusta.

Gema dejó escapar una risita algo cruel. Qué irónico.

-Pero yo no te pedí que cambiaras. A mí me gustabas así. Sincero y leal. Sobre todo, leal. Y esto que me has hecho ha sido una guarrada.

Tercera fase: negociación.

-Ya, bueno, siento que lo veas así, pero...

-No es que yo lo vea así, es que es así. Pero no es demasiado tarde todavía: puedes decirle... no sé, puedes decirle que te has puesto malo o algo así.

-No. Podría ver que estoy en el concurso y me la podría liar. Y ten en cuenta que es antes del contrato, se buscaría a otro. Pero, cariño, esto no tiene por qué afectarnos. Seguro que, si dices que estoy enfermo, puedes participar con tu padre, por ejemplo. Y esos no van a comprobarlo: mientras promocionen su jueguito, les dará igual quién juegue.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

-¡Eso no importa, joder! ¡Ni siquiera sé si mi padre trabaja o no ese día! ¡Y, aunque lo hiciera, ese no es el problema! ¡El problema es que ni se te ha ocurrido hablarlo conmigo! ¡Así que, o lo dejas, o me dejas a mí!

No le gustó ese ultimátum, no le gustó la agresividad hipertrofiada que se marcaba en los contornos de su carne. Pero no se echó atrás, y contempló a su pareja con una expresión de piedra. Ahora o nunca.

-No me puedes hacer esto.

A ella le habría gustado que llorara, pero él parecía sencillamente lánguido y exhausto. Luego, Gema se arrepintió de ese pensamiento y quiso consolarle, quiso decirle que todo era broma. Pero no lo hizo. Demasiado había sufrido ya.

-Parece que ya has elegido. Vete de mi casa, por favor.

-Gema...

-¡Que te vayas, hostia! ¡No te quiero volver a ver! ¡No te quiero volver a ver en mi puta vida! Lo que más le dolió no fue eso. Lo que le dolió fue Gema diciendo palabrotas, comportándose con esa brutalidad desinhibida. Lo que le dolió fue saber que él había hecho que esa ira se manifestara de un modo tan brutal en una persona tan pura como ella.

Abandonó la habitación en silencio, derrotado. Gema permaneció de pie, sin querer reconocer lo que había sucedido. Sin querer hablar con ningún tercero que le confirmara que eso no había sido una pesadilla.

Golpeó varias mesas hasta que sus muñecas se hincharon, y luego se sentó en el sofá. Luego, lloró.

Cuarta fase: depresión.

...

A Gustavo, el insomnio le había acompañado como un persistente enemigo desde su adolescencia, abandonándole durante algunas épocas para volver con fuerza durante otras. Era una putada pero, sin duda, había algunas ventajas. Una de ellas era el entumecimiento, no solo físico, de todo su cuerpo. Aunque en teoría era menos productivo sin haber disfrutado del refugio del sueño, la falta de sensibilidad siempre le había hecho más valiente y había impedido que su estado natural de apatía lo terminara de devorar por completo.

Por ello, mientras caminaba hacia su casa por las calles de siempre, solo pensó en la agri dulce belleza estética de ese momento, con su figura solitaria transitando con la velocidad de una tortuga anciana. Se sintió solo y no le molestó. Eso era lo que había querido siempre, ¿no? Un desafío, un revés, algo que le permitiera ejercer su libertad desde un prisma desapegado, sin tener que contar con sus exasperantes compañeros de mundo.

Y libertad era lo que tenía. Se había librado de esa histérica que ni trabajando le quería. Ahora podría volver a babear por las muchachas de Tinder, podría volver a pensar en las mujeres que conocía como potenciales oportunidades, podría salir hasta las tantas sin darle explicaciones a nadie, podría volver a despotricar contra todo y contra todos. Cuando se fuera de casa de su madre, se iba a hinchar a follar.

Entonces, ¿por qué había llegado con lágrimas en los ojos?

Siendo justos, no era uno de esos llantos desesperados e indignos que salían sin control. No chilló, no sollozó, nadie notó la humedad de su rostro, pero estaba allí.

Al entrar en su casa, se hizo una paja, intentando que los mecanismos de felicidad primitiva de su sistema hormonal le permitieran verle el lado bueno a esa situación. Aunque hacía siglos que no veía un vídeo porno, se puso uno especialmente guarro, y planeó hacer lo mismo varias veces durante las siguientes dos horas. Sin compromisos, sin medida, sin reservar su virilidad para el día siguiente. Sin preocuparse por ella o por el mañana.

Sin embargo, al terminar, no quiso hacerse otra, ni siquiera sintió la relajación habitual que seguía a sus ejercicios de onanismo. Pensó en pasarle a Gema un meme que se había descargado, pero lo recordó de pronto. No quería volverlo a ver.

En su lugar, guiado por una fastidiosa serenidad insomne, le envió un mensaje a Emilio en el que explicaba lo que había sucedido. Como aborrecía los mensajes de voz, tuvo que poner un empeño excesivo en sintetizar en pocas palabras lo que había pasado. Al hacerlo, se dio cuenta de que había sucedido de verdad, de que se había dejado derrotar, de que no se había esforzado todo lo que habría podido en esa conversación.

De que, en verdad, era un puto cobarde.

...

Gema había comunicado la noticia a sus amigas a través del grupo, algo que a todas les había sentado como un revés. A ella también. A ella también, sí, pero no iba a echarse atrás hasta que se disculpara. Porque tenía que disculparse, ¿no? Tenía que pedirle perdón, tenía que arreglarlo todo. Acabaría cediendo, y luego ni siquiera se acordarían de ese momento cuando leyera el discurso de su boda.

¿O no?

Porque tenía que considerar la posibilidad de que aquello hubiera sido definitivo, de que ese venazo mutuo supusiera la muerte de algo bonito. Y, esperando en casa a que llegara su

padre, quiso tener a mano unos bombones rellenos de praliné o, mejor aún, unas simples patatas de bolsa repletas de aditivos y colorantes. O un helado de chocolate. O...

Bah, qué más daba. Ninguna de esas cosas iban a cambiar el hecho de que la habían traicionado otra vez.

<<Estás siendo demasiado dura con él>>-le dijo una voz interna, una voz demasiado razonable como para escucharla-. <<A lo mejor puedes ponerle un mensaje para volver a hablar>>.

Antes de que la razón pudiera imponerse al orgullo, su padre llegó a casa. Eso hizo que su corazón se le encogiera. ¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a contarle todo lo que había pasado sin ponerse a llorar, sin que pasara las próximas semanas o meses tratándole con una condescendencia propia del padre de un bebé?

Con una lentitud fatal, se acercó a él, que venía tan alegre como siempre, o al menos aparentándolo. Se preguntó si la paternidad tendría como consecuencia esa capacidad casi sobrehumana de fingir normalidad, de evitar que los problemas se manifestaran de manera violenta o evidente.

-¡Hola, cariño! ¿Qué tal?

Ella contestó con un hilo de voz:

-Bien, bien. Oye, una cosa. No tienes que decirme que sí, pero... ¿podrías participar conmigo el próximo miércoles? ¿En el torneo?

La sonrisa tierna con la que había llegado a la casa fue descendiendo hasta tomar la forma de un ademán neutro de preocupación.

-Claro, creo que lo tengo libre. Pero, cariño, ¿por qué no puede ir Gustavo? ¿Le pasa algo? Intentó hablar, pero se ahogaba con cada proyecto de palabra que se quedaba en su boca. Emitió un leve sonido antes de abalanzarse sobre él para aterrizar sobre su abrazo. Entonces, comenzó a temblar, con sacudidas empapadas de lágrimas.

<<Lo hemos dejado, papá>>-pensó, pero no lo diría hasta que hubieran pasado unos cinco minutos de llanto.

Capítulo 22: Wolfgang y Elsa

Gema había sentido una furibunda quemazón en cuanto un youtuber le había preguntado por qué había venido sin su camiseta del *Tempus Fighting*. Esa había sido, sin embargo, la única muestra de emotividad que había dado durante la final. A la hora de combatir, se había mostrado fría, sin mirar ni siquiera a sus dos rivales ni a su padre, centrada únicamente en los monigotes de la pantalla.

A Manuel casi le había dado un infarto cuando, por teléfono, le había avisado de que Gustavo no jugaría con ellos por una enfermedad. Sin embargo, ahora contemplaba la pelea con satisfacción, ya que Gema estaba dando un espectáculo impresionante. Aunque Elsa había recibido algunos arañazos, su barra de vida se había mantenido casi intacta durante el primer combate, sin tener que recurrir al segundo jugador. La comandante nazi acabó enseguida con Tutankamón, que dio paso a...

...a Wolfgang.

Torció el gesto, pero procuró mantener la cabeza fría. Los proyectiles del poeta le hicieron algo de daño al principio. Daba igual. Había derrotado a ese arrogante hipócrita en decenas de ocasiones durante los últimos meses, sabía perfectamente cómo romper sus defensas y aprovechar sus debilidades.

Si le gustaba competir, además, era porque cualquier otra consideración desaparecía hasta que el combate había terminado. Incluidas las heridas de corte emocional.

Acabó con su rival sin siquiera utilizar un combo ni un movimiento especial, sin dar fin a ese combate de una forma estéticamente atractiva para la audiencia que les seguía. Derrotó a su enemigo de manera funcional, con una serie de latigazos medidos al milímetro.

Los aplausos le confirmaron que había alcanzado el tesoro al final del arcoíris: era veinte mil euros más rica. Sin embargo, cuando oyó ese ruido y vio que las cámaras se dirigían hacia ella, solo quiso irse de allí lo antes posible.

Después de anunciar su victoria y hacer las fotos de rigor, Manuel dio un discurso emotivo y prefabricado, con las mismas ganas que ella de salir de ese lugar.

-Y, por último, quería agradecer en nombre de la empresa a todos los participantes, hayan ganado o no. Sin vosotros, jugadores, esto no sería posible. Y, pensando en vosotros, os hemos traído a propósito un vídeo que os gustará...

A continuación, un vídeo en el que se mostraba metraje del juego. Musashi luchaba contra un nuevo jugador, una especie de asesino enmascarado y armado con un machete. Jackson, así se llamaba, tenía un diseño tal vez demasiado barroco para los slashers que parecían estar intentando homenajear, pero era divertido verle en acción. Los gráficos habían mejorado mucho, evidentemente, y las estocadas hacían temblar los árboles del bosque donde estaban luchando. Era impresionante, sí, y seguramente se forrarían porque todo el mundo hablaba en redes sociales de ellos, pero...

...pero le faltaba encanto. Alma. Con esos gráficos tan realistas, la gente se daría cuenta de lo ridículo que era ver a un revolucionario mexicano enfrentándose a un robot, o a dioses grecorromanos lanzando rayos sobre un robot del futuro. Su estética uniforme, conservadora, mercenaria, hizo que Gema deseara volver a la época donde salió el primer juego, en la que leía fanfictions y miraba fanarts en Tumblr, antes de que sus páginas favoritas de relatos decidieran que la libertad de expresión debía tener unos límites establecidos por moderadores biempensantes. La época en la que se partía de risa por un meme con la cara de un troll y creía que Internet serviría para favorecer el sentido crítico del ser humano.

<<Es una tontería y lo sabes. Eras tan miserable en esa época como en esta>>.

Maldijo a su novio (<<exnovio, estúpida>>) por haberle contagiado esa negatividad que le impedía disfrutar hasta de una victoria que llevaba esperando tanto tiempo.

Cuando la presentación llegó a su fin, comenzaron las preguntas y los vídeos. Aunque su padre respondió como pudo, no era él el protagonista. Los reporteros y los youtubers querían hablar sobre la mejor jugadora del torneo, conseguir sus preciados clics, convertirla según su línea editorial en una muestra del avance del feminismo en el videojuego o de la emasculación progresiva de los jugadores masculinos. Al menos, hasta que surgiera la próxima noticia.

Escuchó con atención pero sin interés las preguntas, que respondió como bien o mal pudo.

-¿Qué opinas sobre la polémica de...

-¿Qué polémica?-preguntó somnolienta, en un intento de acercarse unos segundos más a la preciada siesta.

-Bueno, la empresa ha organizado el torneo sin contar con las asociaciones de fans que llevaban haciéndolo desde hace años. ¿Piensas que esta es una falta de respeto, como han dicho algunos?

Se encogió de hombros.

-Así es la vida. Algunos tienen la idea y otros se aprovechan de ella, muchas veces sin reconocer a los que vinieron antes de ellos. ¿Y qué se va a hacer? Quiero decir, que... que son sus personajes, es su producto, y pueden hacer lo que quieran con él. Es muy triste, eso sí. Pero ahora, si te soy sincera, no puedo estar triste. No después de ganar.

No era sincera, pero sonrió como si lo fuera.

Se despidió de Manuel, al que no volvería a ver en la vida.

-Chica, no sé lo que te ha pasado con tu novio, pero lo de la enfermedad no se lo cree nadie. Arregladlo, anda, que hacíais buena pareja.

Bufó.

-Creía que te la sudaba todo.

-¿De la empresa? Seguro. Cuando pueda, me largo de aquí. Pero, fíjate, os he acabado cogiendo cariño.

No supo cómo tomárselo, así que optó por tomárselo bien.

Al subirse al coche, solo pensó en dormir, en caer inconsciente en la cama y refugiarse en un mundo donde no existía la competición ni el desengaño. Tras las felicitaciones precocinadas de rigor, permanecieron en silencio durante diez minutos, mientras su padre conducía y tarareaba las cíclicas canciones de Rock FM. Quiso seguir así, callada, pero él no iba a permitírselo.

-Cariño, una cosa...

-Dime.

-A ver, sé que no es asunto mío, pero todavía no me has dicho por qué has cortado con Gustavo.

-Papá...

-No lo digo por meterme en tus asuntos, cariño. Lo digo porque quiero saber si te ha hecho daño, quiero saber qué le pasa a mi hija. Eso es todo, amor mío.

Sonrió, aunque tuviera que contarle todo lo que le había pasado. Por lo menos, se callaría los malos pensamientos que había tenido.

-Verás, ¿te acuerdas de la entrevista a la que fui para el Centenario?

-Sí.

-Pues...

Le explicó con pelos y señales lo que había sucedido, y para ello tuvo que confesarle también que ella misma había renunciado al trabajo. La expresión de su rostro mudó al decirle eso, pero no la interrumpió en ningún momento.

-Y... bueno, eso es. Eso es todo. Por eso lo dejé con él.

-Ya-respondió, con la atención casi tan fija en ella como en la carretera-. ¿Puedo hablarte con sinceridad?

-Sí, claro, para eso te lo he dicho.

-Creo que hizo bien en aceptar el trabajo.

Su percepción de la realidad se hizo añicos en un instante, y los cristales resultantes parecieron incrustarse en su cerebro.

-¿Cómo?

-Que no ha hecho mal en coger el trabajo. Es algo seguro, es algo que le puede venir muy bien. Tendría que habértelo dicho, sí, pero tú también tendrías que haberme dicho por qué no lo aceptaste.

-Pero te habría sentado mal.

-Sí, pero ahora me ha sentado peor. ¿Cómo tienen las patas las mentiras, guapa?

-Muy cortas-admitió, renuente.

-Hija mía, es que creía que sería algo mucho más grave. Estaba muy enfadado con él, te lo juro.

-Ya.

-Pero, según lo que me has dicho, no lo veo algo insuperable. Igual me equivoco, pero tengo experiencia con estas cosas y creo que los dos habéis reaccionado de forma muy impulsiva. Haced lo que queráis, pero tu madre y yo no habríamos durado nada si nos hubiéramos comportado de esa forma. A veces, las relaciones tienen baches, es así.

-Ya...

Le costaba imaginar a sus padres discutiendo como ellos, sufriendo esos arrebatos pasionales que habían amenazado su relación tantas veces. Verlo tan humano... no, no estaba bien. No le gustaba. Pero tal vez tuviera razón.

-Sabes que te voy a apoyar, hagas lo que hagas, ¿no?

-Sí, papá.

...

El jueves por la mañana, Gustavo vio el vídeo de la competición. Se había negado a mirar los resultados, tal vez porque temía el desenlace y quería postergarlo lo máximo posible. Además, Emilio le había insistido en verlo juntos.

-Joder, qué buena es-musitó, con un cierto tono nostálgico, a pesar de que no había pasado ni una semana desde el incidente-. Qué bien juega y qué bien responde a las preguntas, por Dios.

Sentado en aquel banco del parque junto a su mejor amigo, mirando el torneo a través del móvil, se preguntó si su participación habría servido de algo o si, por el contrario, ella podría haber vencido sola. De todos modos, estaba de acuerdo con todo lo que había dicho en la entrevista y había disfrutado del combate, aunque algunos momentos habían estado a punto de hacer que se levantara de su asiento.

Emilio le contempló con una conmiseración que solía llamarse paternal, y él se preguntó si los padres normales miraban así a sus hijos.

-Tío, vuelve con ella. Aún estás a tiempo.

-Que no. No. Se comportó como una loca, me estuvo dando por culo con lo del torneo... no, tío. Es que, como volvamos, sé que esto va a volver a pasar. Se va a cabrear por un "me gusta" en Instagram, o porque no me he acordado de tal fecha, o porque he dicho algo que le ha parecido insensible. He intentado cambiar y no ha servido de nada, tío. No me intentes convencer.

Su colega pareció reflexionar por unos instantes que le sirvieron para tirar el porro que se estaba fumando y para contestar con una drogada tranquilidad:

-Vale, es tu decisión. Pero, por cómo has hablado de ella, parece que está claro que la quieres.

-Coño, pues claro que la quiero. Pero, en el mundo real, eso no basta.

Caminaron por el parque, como tantas otras veces, pero ese lugar parecía empañado de melancolía. Al menos para él, ya no se trataba de ese casi onírico vergel donde había pasado

la infancia, sino de una representación a escala reducida de las rutinas absurdas que acabarían consumiéndolos. Tres días llevaba en el Centenario y ya deseaba morir antes de tener que acudir de nuevo por la tarde.

-Mierda...

-¿Qué?

-Vamos por aquí, que no nos vean...

-¿Por qué? ¿Quién... hostia! ¡Hola!

Gustavo quiso arrancarle la cabellera de un tirón cuando Carmen y Silvia, que habían decidido hacer cardio en aquel lugar, se dirigieron a ellos. La primera sonreía, tan relajada como de costumbre, mientras que la segunda los miraba con una frialdad en la que ninguno de los dos quiso indagar demasiado.

-Buenas.

-Buenas.

El intercambio de hechos y opiniones fue tan incómodo como se había temido cuando, durante el cénit de la relación, había predicho lo que sucedería si cortaban. El vínculo que unía los dos grupos se había cortado y ya no había vuelta atrás. Volverían a quedar algún día, diciéndose a sí mismos que podían sobrevivir a ese bandazo, y luego quedarían otro día más, y en varias otras ocasiones. Pero, pronto, sus encuentros empezaban a distanciarse por semanas, luego por meses. Y, algún día, se preguntarían qué había sido de Carmen o de Silvia, o incluso de Gema, pero les daría vergüenza incluso mandarles un mensaje para preguntarles.

Esa certeza aportó un tétrico barniz a la conversación. Sin embargo, Emilio no pareció notarlo y, en su santa inocencia, estuvo agradeciéndole a Carmen que le hubiera recomendado aquella peli de Berlanga que le había acabado gustando tanto.

-Joder, yo te llevo recomendando pelis viejas toda la vida, y ni puto caso...-se burló Gustavo, con una media sonrisa. Ver a Silvia mirando impaciente a los lados, deseosa de marcharse, impidió que disfrutara de las pullas entre colegas como habría querido. Por suerte, esa tortura llegó pronto a su fin, gracias a la aplicación de Silvia que le avisó de que no estaba quemando ninguna caloría en ese momento.

-Bueno, nosotras nos piramos ya. Pasadlo bien, chicos.

<<Por fin>>.

-Bueno, ya nos veremos. Oye, una cosa, ¿qué tal está...

No le hizo falta completar la frase para que la muchacha adoptara una expresión vomitiva.

-Está bien, o eso dice. Pero, si tanto te preocupas por ella, igual deberías llamarla tú. Mira, no eres mala gente, pero no te voy a hacer el trabajo sucio. Usa el móvil para hablar con ella en vez de para descargarte el Tinder.

Lo había dicho en un tono jocosos, pero los dos sabían que no lo había dicho en broma.

Las vio alejarse, congelado en el sitio, convertido en una estatua de sal que a pesar de su maldición seguía girando el cuello para mirar atrás. No añadió nada más, porque... joder, ¿qué iba a decir después de eso?

Emilio observó que le temblaban las manos.

-¿Qué te pasa, tío?

-Nada...

...

El mensaje de Gustavo felicitándola por su victoria era corto pero afectuoso, y tal vez fuera mejor así. Ni siquiera el sofá de su amiga, tan mullido como una cama, le habría permitido afrontar con dignidad un mensaje largo.

"Felicidades, Gema, sabía que tú podrías. ¿Qué tal estás?"

¿Cómo que lo sabía? ¡Si lo hubiera sabido, no le habría abandonado! ¡Habría cogido el dinero, habría compartido el éxito con ella! ¡No habría aceptado tan fácilmente la derrota!

<<Si hubieras sido tan competitivo como yo, seguiríamos estando juntos>>-pensó, con una sonrisa turbia. Bloqueó el móvil otra vez, aunque no quitó el WiFi como solía, tras contestar un simple "gracias".

Volvió a concentrarse en *Mamma Mia*, que Silvia les había puesto por centésima vez. Aunque ella habría optado por algún largometraje ochentero de ciencia ficción, se trataba de una de las películas oficiales de relax del grupo, aquella que veían para olvidarse del mundo real siempre que había un problema. Sin embargo, ni siquiera cantar a todo pulmón las canciones de Abba con sus amigas le había ayudado a deshacerse de esa sensación de vacío.

-Venga, que luego nos dices a nosotras que estamos todo el día con el móvil-le apremió Carmen, ya con los ojos vidriosos, para que se centrara en la peli.

-Ya, ya. Es solo que...-quiso guardarse el mensaje para sí, pero ellas dos giraron el cuello hacia su rostro con tanta premura que parecían a punto de saltar sobre su pellejo si les defraudaba-... nada, no es nada. Que Gustavo me ha felicitado por la victoria. ¡Pero no pasa nada! Quiero decir, no es como si lo odiara, pero...

-Pero no te ha sentado bien.

Miró a Carmen, resoplando. ¿Por qué tenía que tener siempre razón?

-No, claro que no. ¿Y qué? Es normal. Ya se me pasará.

Silvia, sin decir nada, paró la peli. Gema quiso gritarle y decirle que la pusiera, que no le pasaba nada y lo había superado, pero habría estado feo. Sobre todo, en su casa.

-¿Qué?-preguntó en su lugar.

-Que si sabes ya lo que vas a hacer.

-¿Cómo que qué voy a hacer? Pues lo de siempre. Estudiar, sacarme la plaza y vivir bien con el sueldo y con el dinero que he ganado.

-Ya sabes de qué te estoy hablando...

Un "umpf" salió de su boca, cansada como todo su cuerpo después de una mañana dedicada al tren inferior.

-Pues no sé. A ver, él me ha tratado siempre muy bien, ya lo sabéis. Y, sin él, no habría ganado los dos combates anteriores, así que... joder, supongo que después de los impuestos tendré que pagarle algo.

-¡Qué dices!-exclamó Silvia-. ¡Él se echó atrás! Mira, si no tuvo huevos de jugársela, es su problema. El que no arriesga, no gana.

Carmen estuvo pensando unos instantes antes de intervenir:

-Ya, pero en teoría no ha participado por enfermedad. Legalmente, tiene derecho al dinero. Y... bueno, no creo que te demande si no te lo da, pero yo me cubriría las espaldas.

Seguramente no se había atrevido a decir nada más para no herir la sensibilidad de la susceptible Silvia, pero Gema estaba convencida de que también le parecía bien dárselo por motivos morales. Y no podría habérselo rebatido.

-Pues... sí, eso haré. Supongo. Darle el dinero y... no sé, ver qué dice. Ver cómo reacciona y...

No pudo seguir. Su cuerpo comenzó a experimentar sacudidas que poco o nada tenían que ver con las agujetas, sus ojos expulsaron unas lágrimas que hicieron que su anfitriona extrajera un pañuelo de su caja.

-Venga, cariño. Venga, no pasa nada...-susurró Carmen.

-¡En esta casa no se llora por ningún hombre, ni aunque tenga la polla de oro!

-Silvia, tía, eso tiene que ser incomodísimo...

-Tengo una lámpara, por si quieres probar.

A pesar de todo, sus amigas consiguieron que riera. Bueno, quizás ni siquiera se le podía llamar reír a eso, pero al menos sintió alivio durante unos escasos segundos. Y, aunque la tristeza volvió, lo hizo mitigada. Todo estaría bien. Aunque lo echara de menos, todo estaría bien.

Pero lo seguía echando de menos.

-Mira, si de verdad eras tan feliz con él, vamos a hacer algo-sugirió Silvia-. Le vas a dar la mitad de lo que corresponda a las competiciones que ha ganado contigo, sin contar impuestos. Se lo vas a decir y vas a esperar a ver qué te dice. Si se ofrece a pagar los impuestos o, mejor, si renuncia a su parte... pues sabes que se preocupa por ti, que te respeta. Aunque luego no te quedes su parte, ¿sabes? Pero, antes de perdonarlo, tienes que saber que se arrepiente.

En ese momento, aquello le pareció la mayor brillantez que hubiera pronunciado una boca humana.

Todavía aturdida por su arranque de llanto, asintió con la cabeza. Se le podían poner mil objeciones a ese plan, pero no puso ninguna. Iba a hacerlo, pasara lo que pasase. Y ojalá pasara algo bueno.

...

-Ya verás, bro. Me ha dado el chivatazo el Alberto, ¿te acuerdas de él?

-Sí, el del instituto. ¿Qué fue de él?

-A ver, estuvo en Madrid de camarero y luego estuvo como año y medio sin trabajar después del COVID, y ahora se ha metido en un módulo de informática. Pero eso es lo de menos: él y sus colegas van a dejar el piso que te digo, que está de puta madre.

Gustavo escuchó con atención desde la barra. Era martes e iban a chapar pronto, la mayoría de los clientes se había marchado y solo le quedaba cerrar. Aunque el empresario que ejercía como jefe de ese local le caía peor que un tumor, sentía cierto orgullo al saber que confiaba en él para echar la llave, o que al menos su desconfianza no era tan pronunciada como para sobreponerse a su pereza.

Eso sí, estaba deseando que su colega se terminara su caña para marcharse a casa.

-Venga, que me estás quitando más tiempo que las pajas.

Volvieron a casa de Emilio, cuyos padres estaban fuera. Allí, el colega de Gustavo se encendió un buen petardo, sin una pizca de tabaco, como le había gustado a él en tiempos pasados.

Lo contempló, algo envidioso del modo en que reía como un imbécil con cada calada. La gente, pensaba él, tomaba drogas por dos motivos: para distraerse de la realidad o para encontrarse a sí mismos. Había un tercer grupo que juraba haber encontrado verdades trascendentales con la mescalina o drogas similares, pero sospechaba que podrían enmarcarse también dentro del segundo. Él siempre había sido del segundo tipo de fumados, y quizás por eso había dejado la hierba: porque no le gustaba lo que había descubierto.

En esas veleidades pensaba cuando recibió un mensaje de Gema. Lo abrió sin demora, ignorando las canciones de rap que Emilio cantaba al son de su ordenador.

"Aquí tienes lo que te corresponde de los combates que ganaste. La mitad serían 10.000 euros y tú jugaste cuatro de cinco, así que te quedan 8.000".

Los detalles no importaban, el dinero tampoco. Aquel mensaje llegó a su móvil como una carta bomba, una que hizo que tuviera que bloquear la pantalla inmediatamente. E, inmediatamente después, el mohín de su rostro le reveló a su amigo que algo sucedía.

-¿Estás bien, bro?

-Sí.

-Pero...

-Que sí, coño.

Pero era una mentira tan burda que no creyó por un momento que se la hubiera tragado. Era una mentira que le ofendió hasta a él mismo, porque estaba muy lejos de estar bien. El teléfono casi se le cayó de las manos, y el mareo que experimentaba no se debía a un ascenso meteórico hasta la cima que para otro podría haber supuesto el dinero, sino a una caída en picado.

Lo primero que pensó era que no merecía ese dinero: al renunciar al torneo, había renunciado a todo, igual que si hubieran perdido en la tercera o cuarta ronda. De poco importaba el esfuerzo hecho hasta el momento cuando las circunstancias le habían golpeado como todos sus rivales juntos. Había sido demasiado cobarde y, por tanto, aquel era un gesto de caridad más que de justicia.

¡Caridad! ¡Con lo que detestaba esa palabra, con la de disertaciones improvisadas que había protagonizado sobre aquellos que la presentaban como la solución a todos los problemas del mundo! Y ahora, esa caridad que no merecía se presentaba como su billete de ida al añorado piso, a una vida sin la bruja que le amargaba la existencia.

Pero, claro, luego quedaba el asunto de Gema. Se la imaginó haciendo la transferencia con una aguja en el corazón, acaso con lágrimas. Se la imaginó, tal vez, esperando que él le propusiera devolverle el dinero o incluso pagarle únicamente los impuestos. Se la imaginó esperando una disculpa. Pero no había hecho nada malo.

<<No dices la verdad. Es decir, sí. No has hecho nada malo. Tomaste una decisión y afrontaste las consecuencias. Ella solita ha querido darte el dinero. No le debes nada a nadie. Pero, si vas a quedarte con la pasta, no es por eso>>.

Lo sabía. También sabía lo que iba a decidir, aunque no lo hubiera decidido oficialmente. La parte racional de su cerebro tardó un poco en asimilar lo que la otra mitad había decidido desde el principio, pero no peleó con mucho ahínco por la dignidad. Había cosas que valían mucho más.

Y, sin embargo, no era justo. No era justo, pensó entre lágrimas. No era justo, pensó abriendo la boca en un amago de alarido, mordiéndose los nudillos. ¡No era justo!

"Gracias", respondió a Gema. Y, luego, sollozó.

-¿Qué te pasa, colega?

Sacudió instintivamente la cabeza, cegado por la rabia, y retomando sus pensamientos sobre las drogas. Antes las había tomado esperando descubrir algo, esperando atravesar invicto las puertas de la percepción. Pero ahora solo quería huir de las preguntas incómodas. No quería pensar en el significado o la falta de él de esa relación, en qué había aprendido, en qué había sacado en claro de ella.

<<8.000 euros. Eso es lo único que has sacado>>.

Le indicó con la mano que le pasara el porro y tomó una calada.

PARTE 3: DLC

"En definitiva, no estamos hablando de una disparidad inocente de intereses, y la diferencia entre el modo que una cultura y la otra miran al futuro tiene poco que ver con las características esenciales de su ser y mucho con sus circunstancias históricas.

Mientras que la sociedad de los países en desarrollo es una sociedad con metas que alcanzar, con una visión clara de lo que se pretende conseguir y la esperanza (ingenua o no) de que se logrará eventualmente, las sociedades modernas han caído en una apatía que quizás no se corresponda con la realidad (quizás sí), pero que ha tenido consecuencias nada desdeñables sobre nuestra forma de percibirla.

Uno no deja de preguntarse si nuestra incapacidad de vislumbrar un futuro más igualitario, más justo y más seguro que nuestro presente se debe a que dicho futuro es inalcanzable. Quizás las sociedades solo puedan alcanzar un estado determinado de bienestar, a partir del cual únicamente cabe esperar la degeneración. Quizás, por arte de una suerte de determinismo mcluhaniano, el desarrollo tecnológico necesario para garantizar nuestra actual esperanza de vida sea el que indefectiblemente provoque las fisuras sociales que nos impiden ir más allá.

Quizás tenía razón el cabrón ombliguista de Fukuyama y habíamos llegado ya al fin de la historia. Quizás solo nos quede un tortuoso camino hacia el primitivismo más atroz, disfrazado de progreso.

Pasad un buen día"

Era el último párrafo de su artículo comparando la ciencia ficción china con la occidental, una idea que había tenido tras haber leído la deprimente *La posibilidad de una isla*. Sería el cuarto artículo de su blog, seguramente con menos visitas aún que el anterior. Sin embargo, a falta de revisarlo, haberlo terminado le hizo experimentar un aumento temporal pero notable en su autoestima. Eran textos cortos, textos autoconclusivos, no esos grandes proyectos que se había autoimpuesto en el pasado. Ya tendría tiempo para escribir su manifiesto. O no.

-¿Qué estás haciendo?-preguntó la voz tenue de esa muchacha que había decidido compartir con él la noche anterior-. Anda, dame un beso...

<<Ojalá tu voz fuera tan bonita como tus piernas>>-pensó, arrepentido ya de haber quedado con esa clienta que le había parecido tan atractiva en la barra del bar.

-Nada-contestó, dejando en la encimera el móvil donde había escrito ese artículo para aprovechar el insomnio.

-Joder, me parecías más interesante ayer...

Se la quitó de encima con un polvo a medio gas y algún comentario superficial sobre la horrible canción de reguetón que ella le había cantado la noche anterior. El sexo no había estado mal, es cierto, pero soportar la turra que le había dado con el horóscopo y las energías había estado a punto de volverle loco. No la volvería a llamar.

Después, miró las paredes de su cuarto, desnudas y solitarias. Por algún modo, aquel nuevo hogar le parecía un refugio temporal, un fuerte del que huir algún día. Por ello, había dejado la decoración tal y como había estado al comienzo de su estancia. Se distrajo evaluando posibles formas de cambiarla, pero no se decidió.

El resto del día se lo pasó languideciendo, consciente de que volvería al Centenario en menos de veinticuatro horas. Cuatro meses en ese puto antro y ya estaba harto de él. Pese a ello... en fin, el piso estaba de puta madre, sobre todo porque la puta de su madre estaba bien lejos. Aunque, eso sí, el olor a marihuana que venía del cuarto de Emilio le asfixiaba por momentos. Quizás su colega fuera de esos que salían de una adicción para entrar en otra, aunque esta llevara años gestándose ya.

Después de cenar, encendió la consola para jugar al *Tempus Fighting II*, donde descubrió que el entrenamiento y la fuerza de voluntad no siempre ayudaban: aunque hubiera pasado meses practicando a diario con su predecesor, seguía siendo un paquete con la nueva entrega.

-¿Qué pasa, tío? ¿Cómo vamos?

Aunque Emilio solía quitarle la tele para ponerse a ver las telenovelas a las que se había aficionado, su amigo se sentó a su lado para verle jugar. Contempló con interés cómo Gustavo intentaba lanzar un proyectil con Gandhi, su personaje. Su rival, Robota, lo bloqueó.

-Hostia, ¿han metido a Gandhi en un juego de lucha?

-Ya ves. Por lo visto ha habido polémica por parte de grupos pacifistas, pero a los japoneses se la suda todo.

-¿Por qué no juegas con Wolfgang?

-Porque los muy cabrones no lo han metido en este juego. Por lo visto, es de los personajes menos populares. Esa es otra prueba de que la democracia no funciona.

Su colega soltó una risita que devino en risota al ver cómo la androide se deshacía de su raquítico combatiente.

-Joder, tío. Pues llama a Gema a que te dé consejos.

El escaso buen humor que le quedaba ese día se le acabó con más rapidez que la barra de vida de su irreverente personaje.

-Mira, no. Lo nuestro estuvo bonito, sí, pero fue como... como un videojuego. Siempre hubo obstáculos entre nosotros. Éramos muy distintos, pasó la movida esa de la influencer... y el jefe final fue, de todas las cosas que podían haber sido, el puto Centenario. Y, como no pudimos superarlo, perdimos. No merece la pena intentar recuperarlo.

Emilio parecía querer decir algo, pero tardó en hacerlo.

-No es una metáfora muy exacta.

-¿Por?

-Porque, cuando pierdes contra un jefe, puedes volver a intentarlo.

¿Lo había hecho a propósito? No supo si era una brillantez tontorrón o una lúcida idiotez, no supo si era una constatación fatalista de su destino o una llamada a la acción. Tampoco se atrevió a preguntar. Pero, durante la media hora de juego que siguió a esa frase, en la que su amigo se fue a dormir y ese histórico activista fue trepando por el modo arcade, pensó en ello. Aunque esperaba un final hilarante para Gandhi, teniendo en cuenta lo ridículo del concepto, no tuvo la fuerza de voluntad necesaria para continuar con la competición, después de tantas palizas.

Sabiendo que aún no estaba lo suficientemente cansado para dormir, y sin la fuerza de voluntad requerida para hacer frente a la necesaria reescritura de su artículo, se puso a jugar al modo online, contra otros jugadores. Lo hizo por masoquismo o por nostalgia, no habría sabido decirlo.

Perdió todas las peleas, evidentemente. Como si aquel juego hubiera decidido que no merecía ni siquiera una vía de escape sin trascendencia.

Suspiró mientras buscaba la próxima batalla.

...

Gema contempló sonriente el final de *Bad Dudes VS. Dragon Ninja*, un delirante arcade ochentero donde dos tipos duros tenían que rescatar a Ronald Reagan de un comando de ninjas asesinos.

<<Seguro que Gustavo me habría animado a que dejara de jugar para que los ninjas lo ejecutaran>>.

Rechazó el recuerdo de esa relación y siguió contemplando la pantalla.

Había que tener en cuenta que los juegos de maquinitas, que ella solo había conocido en su declive, no eran lo mismo y jamás podrían ser lo mismo en un emulador: se había perdido el frenético vocerío de los parroquianos, la tensión incontenible de haber gastado la última moneda y estar enfrentándose al jefe final. Pudiendo introducir créditos ilimitados con el botón "Shift", era imposible que la derrotaran. Ya no jugaba, solo pulsaba botones.

Y, en cierto modo, era lo que necesitaba. Un equipo de competidores del *Tempus Fighting* le había ofrecido participar en sus filas, pero aquello habría sido atroz para su salud mental. Ahora jugaba a esos juegos arcade que ni siquiera consumía como juegos, sino como una suerte de arte pictórico interactivo. Ya no le interesaba tanto el desafío sino los sprites, los gráficos, el despliegue casi surrealista de creatividad. Verse transportada a un mundo que nunca podría replicarse.

Pasó las dos horas siguientes consultando periódicamente el portal del INAP, donde esperaba la lista provisional de aprobados. No le había ido mal al revisar las respuestas con la plantilla, pero quería estar segura. Necesitaba estar segura.

La cena fue ligera, como le gustaba a ella: una ensalada de atún y pasta que su padre había preparado.

-¿No ha salido nada?-preguntó él, como quien no quiere la cosa. Y, como quien no quiere la cosa, ella contestó que no-. Bueno, tú tranquila. Y deja de estudiar tanto, que seguro que has aprobado.

-No sé yo...

-Que sí, mujer, y no me gusta ver cómo le dedicas tanto tiempo a eso. ¿No has lavado la ropa?

-Pues... no, no me ha dado tiempo. ¿Por?

-Nada, nada. Pero hazlo.

Solo después de la manzana que había tomado de postre se fijó en la camiseta que llevaba puesta, en la que no había pensado durante toda la tarde. Por supuesto. *Tempus Fighting*. Suspiró. Era bien cómoda.

Tras una sesión de estiramientos, llegó el momento más esperado del día. *Tempus Fighting II*. Mucho más espectacular que el primero, aunque sin su encanto. Solo había que ver los torneos paralelos a aquel en que ella había participado, los importantes, los de Japón o Norteamérica, solo había que ver cómo se emocionaba su multitudinario público cuando alguien hacía un combo o ganaba con una micra de vida. Las multitudes eran así, cierto, pero no podía imaginarse aquella pasión furibunda manifestada por ese juego tan distinto.

<<Habrà que ver>>-pensó. Pero no merecía la pena ser negativa, porque ser negativo le hacía a uno cobarde y traicionero. Lo sabía por experiencia.

Seleccionó al marqués de Sade, el único personaje que no había conseguido dominar hasta el momento. Se trataba de un combatiente cómico que se golpeaba a sí mismo para hacerle a su oponente el doble de daño, con movimientos lentos que debía calcular para no quitarse demasiada salud si su oponente le golpeaba antes de completarlos. Ganó un par de combates, pero seguía sin pillarle el punto. Por suerte, su fetiche videojugabilístico favorito no era el masoquismo, sino lo contrario, y ya estaba echando de menos a su luchadora predilecta.

Elsa dio buena cuenta de la mayoría de rivales con los que se encontró, demostrando un estilo sanguinario, elegante, que no daba explicaciones ni pedía perdón. En esta nueva entrega, aunque ya no tenía simbología nazi ni siquiera en la versión original, la habían hecho mucho más sexy, con caderas y pechos absurdamente desproporcionados y un escote infartante. Por lo visto, el cambio había suscitado una de esas soporíferas polémicas y muchos habían pedido que cambiaran su aspecto en un parche. Ya había que tener ganas de perder el tiempo.

Pero a ella le encantaba manejar a esa mujer espectacular y violenta, con tanta seguridad en sí misma, con esa personalidad tan insolente y atractiva. Se sentía poderosa al derrotar a sus oponentes con el combo más humillante y difícil de realizar, se sentía como si toda su vida

fuera a ser una victoria constante. Solo el tiempo de carga entre una pelea y otra, mientras la consola buscaba a su futuro enemigo, apagaba las llamas que Elsa encendía en su interior. Pronto, se acostumbró a ese subidón artificial de dopamina, y miró la hora de su móvil, sabiendo que enseguida tendría que dormir. O intentarlo.

La consola le indicó los rivales disponibles. Se dispuso a seleccionar al primero de ellos cuando vio su nombre en letras blancas.

Y, en su propia casa, Gustavo vio el nombre de la persona contra la que se suponía que iba a jugar.

Alucard98. Elsa97.

No había equivocación posible, no había posibilidad de que fuera una coincidencia. Miraron esos caracteres que tanto significaban y que resumían someramente unas emociones que aún no habían cicatrizado, que quizás nunca lo harían. En esa combinación de letras y números se concentraban dos avatares que habían colaborado y habían luchado, la gloria, la pérdida, todo. O, quizás, los delirios infantiles de dos bobos que no querían madurar.

Fijaron la vista en esos nombres y, dubitativamente, los apuntaron con el joystick. Ese texto blanco se iluminó con un tono rojizo, esperando a que lo seleccionaran con una pulsación de botón.

Esperando. Esperando. Esperando...